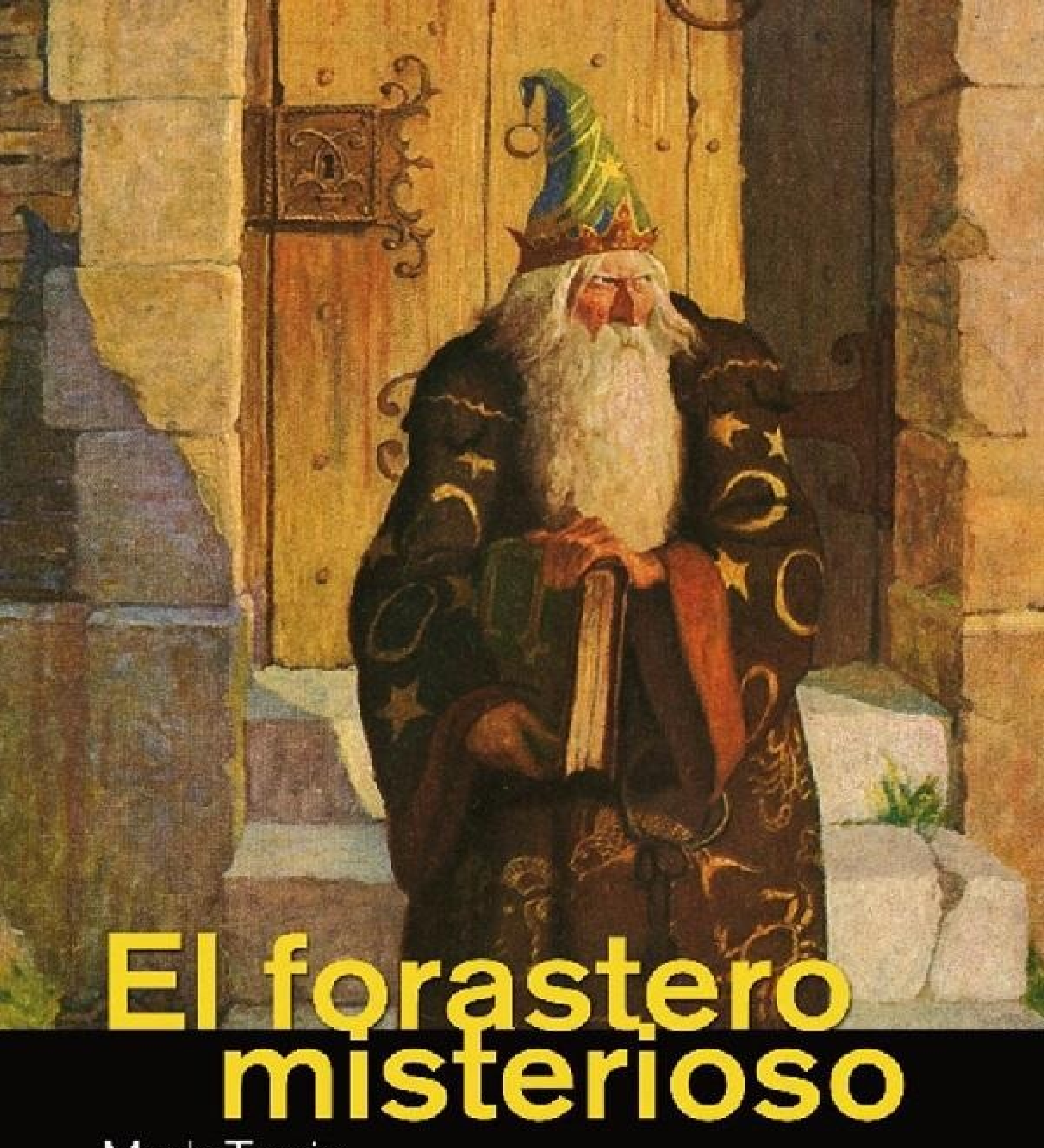


El forastero misterioso

Mark Twain

Traducción de Susana Carral
Ilustraciones de N. C. Wyeth

Un invierno de 1590 un extraño personaje llega por sorpresa a Eseldorf, una aldea de Austria. Se llama Satán y es capaz de hacer cosas prodigiosas. El forastero misterioso no tardará en poner patas arriba a todo la vecindad, y no sólo por sus espectaculares obras sino también por su empeño en ridiculizar la condición humana, para él mucho más salvaje que el mundo de los animales. Con un derroche de imaginación que traspasa la frontera de la literatura fantástica, Mark Twain se ríe de los ritos religiosos y de la crueldad social mediante un humor ácido y provocador, mucho más amargo del que utilizó en la mayoría de las obras que le han hecho famoso. Considerado uno de los títulos más satíricos y mordaces de su autor, Twain encargó a su albacea literario que *El forastero misterioso* no se publicara hasta después de su muerte. La primera edición no apareció hasta 1916 y supuso un acontecimiento literario, gracias también a las ilustraciones al óleo del gran artista N. C. Wyeth que acompañaban al texto. Todas ellas han sido recuperadas a color en este volumen.

Lectulandia

Mark Twain

El forastero misterioso

ePub r1.0
Titivillus 18.08.16

Título original: *The mysterious stranger*
Mark Twain, 1916
Traducción: Susana Carral Martínez
Ilustraciones: N. C. Wyeth

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

NOTA DEL EDITOR

NO FUE FÁCIL la vida de Samuel Langhorne Clemens (Florida, Missouri, 1835 – Redding, Connecticut, 1910), a quien el mundo conoce como Mark Twain. Huérfano de padre desde los 12 años, tuvo que abandonar los estudios para ponerse a trabajar como aprendiz de tipógrafo. Las imprentas le animaron a escribir y el río Misisipi le ofreció un montón de historias que contar —sobre todo durante su etapa como piloto de un barco de vapor—, entre ellas *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), sus dos obras más universales.

Gracias a estas novelas se convirtió en un clásico de la literatura y en un excelente humorista, capaz de sacar el aspecto cómico a cualquier situación, y de enfrentarse a la vida con un optimismo a prueba de cualquier contrariedad, como por ejemplo la pérdida de la Guerra de Secesión, en donde luchó como soldado confederado.

Si fracasaba como maderero o minero se hacía periodista, y si el dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes se lanzaba a dar conferencias por su país y por medio mundo. Inasequible al desaliento, durante un año escribió diariamente cartas de amor a Olivia Langdon —su querida Livy—, hasta conseguir que ella aceptara casarse con él en 1870.

Sólo Livy y la familia que formó con ella pudieron con este atleta del optimismo. Dos años antes de cumplir los 60, una mala inversión lo dejó en la ruina. Por esa misma época su hija Susy murió de meningitis, su mujer se quedó inválida y otro de sus hijos falleció a causa de un descuido del propio Twain; nunca se lo perdonó a sí mismo.

Inmerso en el desánimo conoció por primera vez el pesimismo en toda su dureza, lo que le llevó a sentir una profunda aversión hacia la especie humana. Su humor se tornó tan negro que dio instrucciones para que lo que entonces salía de su pluma no se publicara hasta después de su muerte. Y su amigo y albacea literario, Albert Bigelow Paine, se encargó de que su voluntad se cumpliera a rajatabla.

Fue en 1916, seis años después de la muerte de Twain, cuando Paine decidió que ya había llegado el momento de dar a la imprenta *El forastero misterioso*, una novela satírica y mordaz en la que la especie humana constantemente sale malparada en comparación con los animales. La protagoniza un ángel llamado Satán, que siente la misma consideración por los hombres que por las cucarachas.

La publicación póstuma de esa obra *maldita* impidió que su autor corrigiera las pruebas de impresión, por lo que se deslizaron en el texto leves descuidos estilísticos que Susana Carral ha querido reflejar en su traducción, sin abusar de la paciencia de los lectores pero respetando el espíritu del original. El descuido del autor se evidencia también en un par de gazapos que la traductora ha localizado y anotado puntualmente.

Estos detalles no empañan la calidad de *El forastero misterioso*. Su presentación

ante el público supuso todo un acontecimiento literario en Estados Unidos, como prueba que la primera edición, impresa en Nueva York por Harper & Brothers, incorpora ilustraciones a color de Newell Convers Wyeth (1882 - 1945), discípulo de Howard Pyle y uno de los artistas plásticos norteamericanos más relevantes del siglo XX.



N. C. Wyeth, en una foto de 1920.

Los trabajos al óleo de N. C. Wyeth han recreado las principales novelas de clásicos como Robert Louis Stevenson —entre ellas *La isla del tesoro* y *La flecha negra*—, James Fenimore Cooper —*El último mohicano*— y Daniel Defoe —*Robinson Crusoe*—. Los bibliófilos las buscan incansablemente a través de las reimpresiones que Charles Scribner's Sons realizó durante los años ochenta y noventa, mejorando las técnicas de reproducción de las primeras ediciones.

Por desgracia, Harper & Brothers, actualmente HarperCollins, no ha vuelto a ofrecer una versión actualizada de las pinturas de Wyeth para *El forastero misterioso*, por lo que nos hemos visto obligados a trabajar a partir de las reproducciones de la edición príncipe de 1916, a veces fuera de registro o ligeramente brumosas debido a las limitaciones de los sistemas de fotomecánica e impresión de aquella época, muy superados por las técnicas actuales.

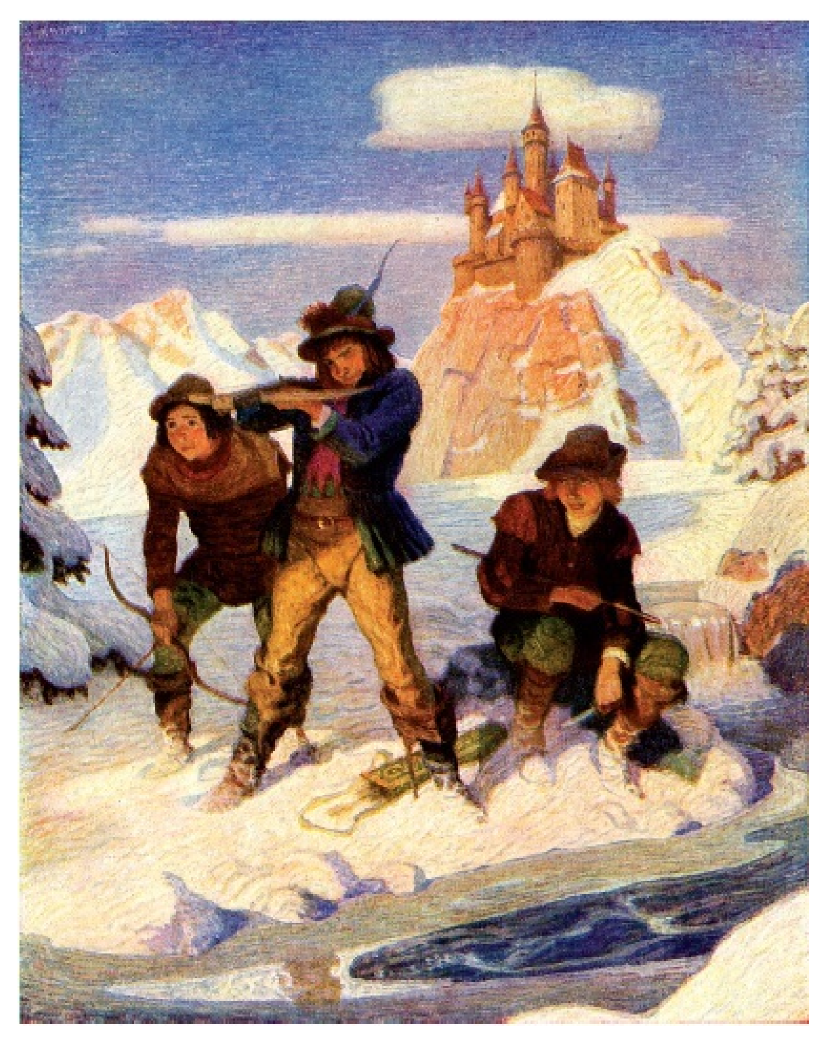
El resultado no es el óptimo, pero ha sido la única manera de ofrecer por primera vez en España estas ilustraciones de N. C. Wyeth —cuya calidad supera cualquier obstáculo—, que hace casi un siglo acompañaron a la novela de Mark Twain en su primera aparición ante los lectores.

EL EDITOR

CAPÍTULO I

FUE EN 1590, en invierno. Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida; allí aún reinaba la Edad Media y prometía seguir haciéndolo eternamente. Algunos hablaban incluso de siglos de retraso y decían que, según su reloj espiritual y mental, Austria seguía inmersa en la Edad de la Fe. Pero lo decían a modo de cumplido, no como insulto, y así era aceptado y todos nos sentíamos muy orgullosos. Lo recuerdo muy bien, a pesar de que sólo era un niño; también recuerdo el placer que me producía.

Sí, Austria se hallaba alejada del mundo, y dormida, y nuestra aldea se encontraba en medio de aquel sueño, porque estaba en el centro de Austria. Dormitaba tranquila en la profunda intimidad de un aislamiento montuoso y arbolado, donde las noticias procedentes del resto del mundo casi nunca llegaban a perturbar sus sueños; y era infinitamente feliz. Por delante de ella fluía el manso río: en su superficie se dibujaban las nubes y los reflejos de las arcas y las dragas; por detrás ascendían las boscosas pendientes hasta la base del elevado precipicio; desde lo alto del precipicio un enorme castillo observaba severo, con su largo tramo de torres y baluartes enmarañado de enredaderas; más allá del río, una legua a la izquierda, había una desordenada extensión de colinas cubiertas de bosques, hendidas por tortuosos desfiladeros en los que nunca penetraba el sol; y a la derecha, un precipicio dominaba el río, y entre éste y las colinas se desplegaba una amplia llanura, salpicada de pequeñas fincas encajadas entre huertos y árboles que daban sombra.



Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños.

Toda la región, varias leguas a la redonda, era propiedad hereditaria de un príncipe, cuya servidumbre mantenía siempre el castillo en perfectas condiciones de habitabilidad, pero ni él ni su familia se acercaban allí más de una vez cada cinco años. Cuando lo hacían, era como si hubiese llegado el amo del mundo, trayendo consigo todo el esplendor de su reino; y al marcharse, dejaban atrás una calma similar al sueño profundo que sucede a una orgía.

Eseldorf era un paraíso para nosotros, los niños. No nos molestaban demasiado con la educación escolar. Se nos formaba, principalmente, para ser buenos cristianos; para venerar a la Virgen, la Iglesia y los santos por encima de todo. Aparte de esos asuntos, no se nos pedía que supiéramos gran cosa; mejor dicho, no se nos permitía. El conocimiento no era bueno para las personas corrientes: podían sentirse descontentas con la suerte que Dios les había repartido, y Dios no toleraría el descontento con sus planes. Teníamos dos sacerdotes. Uno de ellos, el padre Adolf, era un clérigo muy entusiasta y vehemente, tenido en gran consideración.

Es posible que, en algunos aspectos, haya habido mejores sacerdotes que el padre Adolf, pero en nuestro municipio jamás se le tuvo a otro tanto respeto y de forma tan solemne. Y se debía a que no temía al Demonio en absoluto. Era el único cristiano que yo he conocido del que pudiera decirse eso sin mentir. Por ello, la gente le tenía

pavor: pensaba que debía haber algo sobrenatural en él, pues de lo contrario no podría ser tan audaz y estar tan seguro de sí mismo. Todos los hombres muestran su persistente rechazo al Demonio, pero lo hacen con respeto, no con ligereza; sin embargo, la actitud del padre Adolf era muy diferente: le atribuía cualquier nombre que su lengua fuera capaz de pronunciar, y todo aquel que lo escuchaba se estremecía; a menudo incluso hablaba con desdén de él y se burlaba; entonces la gente se santiguaba y desaparecía rápidamente de su presencia, temiendo que pudiera ocurrir algo terrible.

En realidad, el padre Adolf se había encontrado cara a cara con Satán más de una vez, y lo había desafiado. Era algo que se sabía. Lo contaba el propio padre Adolf. Nunca había querido guardarlo en secreto, sino que lo refería abiertamente. Y al menos existía una prueba de que contaba la verdad, ya que en esa ocasión discutió con el enemigo e, intrépido, le lanzó su botella: allí, sobre la pared de su estudio, quedaba el rojizo manchurrón, donde se había roto al chocar.

Pero era el padre Peter, el otro sacerdote, al que todos queríamos más y del que más nos compadecíamos. Algunos lo habían acusado de decir, en medio de una conversación, que Dios era todo bondad y encontraría la forma de salvar a los hombres, sus pobres hijos. Manifestar eso era algo terrible, pero jamás hubo una prueba irrefutable de que el pobre padre Peter lo hubiera dicho; además, decirlo no parecía propio de él, porque siempre era bueno, discreto y sincero. No se le acusó de haberlo dicho en el púlpito, donde toda la congregación podía oírlo y testificar, sino sólo afuera, charlando; y eso para el enemigo es fácil de inventar. El padre Peter tenía un enemigo, y de los poderosos, el astrólogo, que vivía en una vieja y ruinosa torre, en lo alto del valle, y se pasaba las noches estudiando las estrellas. Todo el mundo sabía que era capaz de predecir guerras y hambrunas, aunque eso no fuese tan difícil, porque siempre había una guerra y, generalmente, hambruna en algún sitio. Pero también sabía leer la vida de cualquier hombre, utilizando las estrellas, en un libro enorme que tenía, y además encontraba los objetos perdidos; por eso todo el mundo en la aldea, excepto el padre Peter, se sentía intimidado ante él. Incluso el padre Adolf, que había desafiado al demonio, mostraba auténtico respeto cuando lo veía atravesar nuestro pueblo con su gorro alto, puntiagudo, y su larga túnica suelta y cubierta de estrellas, en la mano su gran libro y un bastón que, según se sabía, tenía poderes mágicos. El propio obispo escuchaba a veces al astrólogo, o eso se decía, porque, además de estudiar las estrellas y profetizar, hacía gala de una gran piedad, algo que por supuesto impresionaba al obispo.

Pero el padre Peter no le daba importancia al astrólogo. Lo acusaba abiertamente de ser un charlatán, un farsante sin tipo alguno de conocimientos valiosos ni poderes que no fueran los de un ser humano corriente y bastante inferior; lo cual, naturalmente, hizo que el astrólogo odiase al padre Peter y deseara buscarle la ruina. Había sido el astrólogo, como creíamos todos, quien había dado origen al rumor relacionado con el escandaloso comentario del padre Peter, y se lo había trasladado al

obispo. Se decía que el padre Peter le había hecho el comentario a su sobrina, Marget; aunque Marget lo negó e imploró al obispo para que la creyera y evitara a su anciano tío la pobreza y el escándalo. Pero el obispo no la escuchó. Suspendió de sus funciones indefinidamente al padre Peter, aunque no llegó hasta el extremo de excomulgarlo por el testimonio de un único testigo. Y así el padre Peter llevaba ya dos años sin ejercer, y nuestro otro sacerdote, el padre Adolf, se ocupaba de su rebaño.

Habían sido años duros para el anciano sacerdote y para Marget. Antes todos los tenían en gran estima, pero eso cambió cuando el ceño fruncido del obispo les hizo sombra. Muchos de sus amigos se alejaron totalmente de ellos, y los demás se volvieron fríos y distantes. Cuando surgió el problema, Marget era una encantadora joven de dieciocho años con la mejor cabeza de la aldea. Enseñaba a tocar el arpa y con su trabajo ganaba el dinero necesario para sus gastos y su ropa. Pero sus alumnos habían ido marchándose uno a uno; la olvidaban cuando se celebraban bailes y fiestas entre la juventud de la aldea; los muchachos dejaron de pasar por su casa, todos excepto Wilhelm Meidling, que podía haberse ahorrado las molestias; el tío y ella se sentían tristes y desdichados en su abandono y su deshonra, y la alegría desapareció de sus vidas. Durante aquellos dos años, las cosas habían ido de mal en peor. Tenían las ropas desgastadas y el pan resultaba cada vez más difícil de conseguir. Y ahora sí que había llegado el fin. Solomon Isaacs, que había ido prestándoles dinero con la casa como aval, les había avisado de que, al día siguiente, ejecutaría el préstamo.

CAPÍTULO II

ÉRAMOS TRES AMIGOS que siempre estábamos juntos —y lo habíamos estado desde la cuna—, porque nos llevábamos bien desde siempre y el afecto había ido creciendo a medida que pasaban los años: Nikolaus Bauman, hijo del juez más importante del tribunal local; Seppi Wohlmeyer, hijo del dueño de la posada más importante, *El ciervo de oro*, con un bonito jardín de árboles frondosos que llegaba hasta la ribera del río, donde había barcas en alquiler para pasear; y yo era el tercero, Theodor Fischer, hijo del organista de la iglesia, que también era el director de los músicos de la aldea, profesor de violín, compositor, recaudador de impuestos del municipio, sacristán, y ciudadano útil en varios aspectos, respetado por todos. Conocíamos los montes y los bosques tan bien como los pájaros, porque vagábamos por ellos siempre que teníamos tiempo libre; al menos cuando no estábamos nadando, paseando en barca, pescando, jugando en el hielo o deslizándonos cuesta abajo.

Y teníamos libre uso de los jardines del castillo, algo que muy pocos tenían. Se debía a que éramos los preferidos del criado más anciano del castillo, Felix Brandt; y a menudo íbamos allí por las noches para que nos hablase de los viejos tiempos y de cosas extrañas, para fumar con él (nos había enseñado), y para tomar café; porque había servido en las guerras y participado en el asedio de Viena; y allí, cuando los turcos habían sido vencidos y expulsados, entre los objetos capturados encontraron bolsas de café, y los prisioneros turcos les explicaron qué era y cómo se convertía en una bebida agradable, por lo que ahora siempre tenía café, tanto para beberlo como para asombrar a los ignorantes. Cuando había tormenta nos dejaba pasar allí toda la noche; y mientras en el exterior tronaba y relampagueaba, él nos hablaba de fantasmas y horrores de todo tipo, de batallas, asesinatos, mutilaciones y cosas de esas, haciendo que el interior nos pareciera agradable y acogedor; y lo que contaba procedía, en buena parte, de su propia experiencia. Había visto muchos fantasmas en su vida —y brujas y magos—, y en una ocasión se perdió en medio de una tormenta devastadora, de noche y en la montaña, y al resplandor del rayo pudo ver la ira del Cazador Salvaje, imparable, con sus perros espectrales corriendo tras él entre la enorme masa de nubes. También había visto un íncubo y, varias veces, había divisado al gran murciélago que chupa la sangre del cuello de las personas mientras duermen, abanicándolas suavemente con sus alas, lo que las mantiene somnolientas hasta que mueren.

Nos animaba a no temer lo sobrenatural, como los fantasmas, y nos decía que no hacían daño, que vagaban porque se sentían solos, afligidos y querían que les hiciéramos caso, buscaban nuestra compasión. Con el tiempo aprendimos a no tener miedo, e incluso bajábamos con él, por la noche, al aposento encantado de las mazmorras del castillo. El fantasma sólo apareció una vez: se paseó muy tenue, flotando silencioso en el aire, y luego se desvaneció; pero nosotros casi no

temblamos, así de bien nos había enseñado. Nos contó que, a veces, por las noches, el fantasma subía a su zona del castillo y lo despertaba pasándole la mano, fría y húmeda, por el rostro, pero que no le hacía daño; sólo buscaba comprensión y respeto. Aunque lo más curioso de todo era que había visto ángeles —ángeles de verdad, de los del cielo— y había hablado con ellos. No tenían alas, llevaban ropa, y hablaban y se comportaban como cualquier persona normal; resultaría imposible reconocerlos como ángeles de no ser porque hacían cosas excepcionales que los mortales no podían: por cierto, desaparecían de repente mientras se hablaba con ellos, otra de las cosas que un mortal no puede hacer. Nos contó que eran simpáticos y alegres, no deprimentes y melancólicos, como los fantasmas.

Después de pasar una noche de mayo charlando de estas cosas, nos levantamos al día siguiente, desayunamos con él, salimos del castillo, cruzamos el puente, y ascendimos las colinas de la izquierda, hasta llegar a una cima boscosa que era uno de nuestros lugares preferidos; allí nos tumbamos en la hierba, a la sombra, para descansar, fumar, y hablar de esas cosas extrañas, porque aún seguían en nuestras cabezas y nos tenían impresionados. Pero no podíamos fumar porque, en nuestro descuido, habíamos olvidado la piedra de chispa y el metal.

Pronto apareció un joven caminando tranquilo hacia nosotros entre los árboles; luego se sentó y se puso a hablar muy simpático como si lo conociéramos. Pero no le contestamos, porque era un forastero y nosotros, que no estábamos acostumbrados a los forasteros, desconfiábamos de ellos. Vestía ropa nueva y de buena calidad, era apuesto, poseía un rostro encantador y una voz agradable, y se le veía natural, elegante y desenvuelto, no torpe, desgarbado y retraído, como los demás muchachos. Queríamos ser amables con él, pero no sabíamos cómo empezar. Entonces me acordé de la pipa y me pregunté si interpretaría el hecho de ofrecérsela como una muestra de cortesía.

Pero recordé que no llevábamos fuego, y me quedé triste y decepcionado. Sin embargo, él me miró, alegre y contento, diciendo:

—¿Fuego? Eso es fácil; yo os lo proporcionaré.

Me quedé tan asombrado que no pude ni hablar; porque yo no había dicho nada. Cogió la pipa y sopló su aliento sobre ella: el tabaco se puso al rojo y de él surgieron espirales de humo azul. Nos pusimos en pie, dispuestos a salir corriendo, que era lo normal; de hecho, corrimos unos pasos, a pesar de que él nos pedía con ternura que nos quedásemos y nos daba su palabra de que no nos haría daño alguno, que sólo quería ser amigo nuestro y estar acompañado. Así que nos detuvimos, con ganas de volver, llenos de curiosidad y asombro, pero temerosos de arriesgarnos. Él continuó persuadiéndonos, con esas maneras suaves y convincentes; y cuando vimos que la pipa no saltaba por los aires —que no pasaba nada—, recuperamos la confianza poco a poco, hasta que la curiosidad fue más fuerte que el miedo y nos atrevimos a volver; aunque despacio y dispuestos a salir huyendo al primer motivo de alarma.

Estaba empeñado en tranquilizarnos, y sabía cómo hacerlo: resultaba imposible

permanecer indeciso y asustadizo con una persona tan sincera, sencilla y sutil, que hablaba tan seductoramente como él; no, nos conquistó, y no pasó mucho tiempo antes de que nos sintiéramos satisfechos, cómodos, habladores y contentos de haber encontrado aquel nuevo amigo. Cuando la turbación hubo desaparecido por completo, le preguntamos cómo había aprendido a hacer algo tan extraño, y nos contestó que no lo había aprendido, que era algo innato en él, al igual que otras cosas… otras cosas curiosas.

—¿Qué cosas?

—Algunas; no sé cuántas.

—¿Nos dejarás ver cómo las haces?

—¡Sí! ¡Por favor! —dijeron los otros.

—¿No volveréis a salir corriendo?

—No, claro que no. Por favor, ¿lo harás?

—Sí, encantado; pero no olvidéis vuestra promesa.

Le dijimos que no lo haríamos, y él se acercó a un charco y regresó con un poco de agua en una taza que había hecho con una hoja; sopló sobre el agua y la lanzó fuera, convertida en un trozo de hielo con la forma de la taza. Estábamos asombrados y encantados, pero ya no teníamos miedo; nos alegrábamos de estar allí y le pedimos que continuase, que hiciera más cosas. Y lo hizo. Dijo que nos facilitaría cualquier tipo de fruta que quisiéramos, estuviese en temporada o no. Todos hablamos a la vez:

—¡Naranja!

—¡Manzana!

—¡Uvas!

—Las tenéis en los bolsillos —nos dijo; y era verdad. Además, eran de las mejores; nos las comimos y deseamos tener más, aunque nadie lo dijo en alto.

—Las encontraréis donde encontrasteis las otras —dijo—, y todo aquello que vuestro apetito requiera; no es necesario que nombréis lo que deseáis: mientras yo esté con vosotros, sólo tendréis que desearlo y aparecerá.

Y era verdad. Nunca hubo nada tan asombroso e interesante. Pan, pasteles, dulces, frutos secos, cualquier cosa que quisiéramos, aparecía. Él no comía nada, sólo se sentaba y charlaba, haciendo una cosa curiosa tras otra para divertirnos. Con arcilla, modeló una ardillita de juguete que salió corriendo árbol arriba, se sentó en una rama por encima de nuestras cabezas y empezó a reñirnos. Luego creó un perro —no mucho más grande que un ratón— que puso en un aprieto a la ardilla, saltando alrededor del árbol, ladrando alterado, tan vivo como cualquier otro perro. Asustó a la ardilla, la obligó a saltar de árbol en árbol y la siguió hasta que los dos se perdieron de vista en el bosque. Hizo pájaros de arcilla y los liberó: se fueron volando, cantando.

Por fin, reuní valor suficiente para preguntarle quién era.

—Un ángel —dijo, como si nada; liberó otro pájaro, dio unas palmadas y lo hizo volar.

Nos quedamos sobrecogidos al oírle aquello, y volvimos a sentir miedo; pero nos dijo que no debíamos asustarnos, que no tenía sentido recelar de un ángel y que, además, le caíamos bien. Continuó charlando con la misma sencillez y naturalidad de siempre; y mientras hablaba, fabricó una multitud de hombres y mujeres pequeñitos, del tamaño de un dedo, que se pusieron a trabajar diligentes y limpiaron y nivelaron un espacio de un par de metros cuadrados en la hierba, donde empezaron a levantar un castillito muy mono; las mujeres mezclaban la argamasa y la subían por el andamiaje en cubos sobre sus cabezas, como siempre han hecho nuestros obreros; y los hombres ponían las hiladas de albañilería: quinientas personitas de juguete moviéndose en masa con energía y trabajando ágilmente, limpiándose el sudor de sus rostros, naturales como la vida misma. El absorbente interés que nos llevaba a mirar cómo aquellas quinientas personitas hacían crecer el castillo paso a paso e hilada a hilada, dándole forma y simetría, hizo que la sensación de temor desapareciera por completo y nos sintiéramos cómodos y seguros otra vez. Preguntamos si nosotros también podríamos fabricar personas, y él contestó que sí: le dijo a Seppi que fabricara varios cañones para las murallas; a Nikolaus que hiciera algunos alabarderos, con sus petos, sus grebas y sus yelmos; y a mí me tocó fabricar la caballería, caballos incluidos; y mientras repartía las tareas nos llamó por nuestros nombres, aunque no nos dijo cómo los sabía. Entonces Seppi le preguntó cómo se llamaba y él, tranquilamente, contestó «Satán», extendió una viruta de madera y en ella recogió a una mujer que se caía del andamio, la volvió a dejar en su sitio y dijo:

—Hay que ser idiota para dar un paso atrás sin fijarse dónde se encuentra uno.

Nos dimos cuenta de repente —aquel nombre—, y se nos cayeron las figuras de las manos y se hicieron pedazos: un cañón, un alabardero y un caballo. Satán se rió y nos preguntó qué nos pasaba. Yo le dije:

—Nada, pero es que parece un nombre curioso para un ángel.

Me preguntó por qué.

—Pues porque es… es el nombre de él, ya me entiendes.

—Sí. Es mi tío.

Lo dijo sereno, pero a nosotros nos dejó sin respiración y con los corazones desbocados. Pareció no darse cuenta, y arregló nuestro alabardero y demás figuras sólo con tocarlas, entregándonoslas terminadas. Entonces dijo:

—¿Es que no lo recordáis? Él también fue un ángel.

—Sí, es verdad —dijo Seppi—. No lo había pensado.

—Antes de la Caída era intachable.

—Sí —dijo Nikolaus—, estaba libre de pecado.

—La nuestra es una buena familia —dijo Satán—, no la hay mejor. Él es el único miembro que ha pecado.

Es posible que no consiga hacer que nadie entienda lo emocionante de todo aquello. Provocaba esa clase de estremecimiento que nos recorre por completo cuando presenciamos algo tan extraño, mágico y sorprendente que nos produce un

júbilo lleno de espanto sólo por el hecho de estar vivos y poder verlo: miramos fijamente, se nos secan los labios y nos quedamos sin aire, pero por nada del mundo querríamos estar en ningún otro sitio, sólo allí. Me moría por hacer una pregunta —la tenía en la punta de la lengua y me costaba retenerla— pero me daba vergüenza preguntar; podría parecer una grosería. Satán dejó en el suelo un buey que había estado modelando, me miró sonriendo, y dijo:

—No sería una grosería y, aunque lo fuese, podría perdonártela. ¿Que si lo he visto? Millones de veces. Desde que yo era un niño pequeño de mil años, he sido uno de sus preferidos de entre todos los ángeles de nuestra sangre y linaje, por usar una expresión humana; sí, desde entonces hasta la Caída, que son ocho mil años, medidos según contáis el tiempo vosotros.

—¡Ocho mil!

—Sí —se volvió hacia Seppi y continuó, como si contestara a algo que Seppi estaba pensando—. Pues claro que parezco un chico, porque eso es lo que soy. Para nosotros, lo que vosotros llamáis tiempo es algo muy amplio; ha de transcurrir un período muy grande del mismo para que un ángel alcance la madurez.

Se me ocurrió una pregunta, y él se giró hacia mí y la contestó:

—Tengo dieciséis mil años, contando como lo hacéis vosotros.

Luego se volvió hacia Nikolaus y dijo:

—No, la Caída no me afectó; ni a mí ni al resto de la familia. Sólo a aquel con el que comparto nombre, ese que comió la fruta del árbol prohibido y luego sedujo con ella al hombre y a la mujer. Los demás seguimos sin conocer el pecado: no podemos cometerlo. Somos intachables y siempre permaneceremos así. No…

Dos de los hombrecitos discutían y, con el zumbido de sus vocecitas de abejorro, se maldecían y juraban; después vinieron los golpes y la sangre; luego se enzarzaron en una lucha a vida o muerte. Satán alargó la mano y los mató aplastándolos entre sus dedos, los lanzó lejos, se limpió la sangre de los dedos con su pañuelo, y continuó la frase donde la había dejado:

—No podemos hacer el mal; tampoco tenemos tendencia a hacerlo, porque no sabemos qué es.

Parecía un discurso un tanto extraño, dadas las circunstancias, pero casi ni nos dimos cuenta, tan conmocionados y afligidos estábamos por el injusto asesinato que había cometido; porque era asesinato: no podía llamársele de otra forma, y no tenía atenuante ni disculpa, ya que aquellos hombres no le habían hecho nada malo. Nos pusimos tristes, porque lo apreciábamos, lo teníamos por un ser noble, hermoso y magnánimo, y habíamos creído sinceramente que era un ángel; pero verle cometer tal crueldad lo rebajaba; y nosotros nos habíamos enorgullecido tanto de él. Continuó hablando como si nada hubiera pasado, contándonos sus viajes y las cosas interesantes que había visto en los mundos de nuestro sistema solar y en los de otros sistemas —muy lejanos, en lo más remoto del espacio—, y las costumbres de los inmortales que los habitan, dejándonos fascinados, hechizados, cautivados, a pesar de

la desgarradora escena que ahora se desarrollaba ante nuestros ojos; porque las esposas de los hombrecitos muertos habían encontrado los cuerpos, aplastados y deformados, y lloraban sobre ellos, entre sollozos y lamentos, y un sacerdote se arrodillaba, con las manos cruzadas sobre el pecho, orando; y grupos y más grupos de apenados amigos se arremolinaban a su alrededor, con las cabezas descubiertas e inclinadas en señal de reverencia, muchos de ellos con lágrimas en los ojos. Una escena a la que Satán no prestó atención hasta que el ruido de los llantos y las oraciones empezó a molestarle; entonces alargó el brazo, cogió el pesado tablón que hacía las veces de asiento en nuestro columpio, lo dejó caer y aplastó a toda aquella gente contra el suelo, como si fuesen moscas, y siguió hablando igual que antes.

¡Un ángel que mataba a un sacerdote! ¡Un ángel que no sabía hacer el mal y que sin embargo mataba, a sangre fría, a cientos de pobres e indefensos hombres y mujeres que no le habían hecho daño alguno! Nos ponía enfermos la visión de tan horrible acto, y pensar que ninguna de aquellas pobres criaturas estaba preparada —excepto el sacerdote—, porque ninguna de ellas había oído misa jamás, ni visto una iglesia. Nosotros éramos testigos: habíamos visto cometer aquellos asesinatos y teníamos el deber de contarlo, dejando que la ley siguiese su curso.

Pero él continuó hablando sin más, y volvió a hechizarnos con aquella música funesta de su voz. Hizo que lo olvidáramos todo: sólo éramos capaces de escucharlo, amarlo y ser sus esclavos, permitiendo que hiciera con nosotros lo que quisiera. Nos embriagó con la alegría de estar a su lado, de poder ver el cielo en sus ojos, y de sentir el éxtasis que recorría nuestras venas cuando su mano nos tocaba.

CAPÍTULO III

El forastero lo había visto todo, había estado en todas partes, lo sabía todo, y no olvidaba nada. Lo que otros debían estudiar, él lo aprendía de un vistazo; para él no existían las dificultades. Y hacía que las cosas tuvieran vida ante nuestros ojos con sólo hablar de ellas. Había visto la creación del mundo; y la de Adán; había visto a Sansón abalanzarse contra las columnas y derrumbar el templo sobre él; había presenciado la muerte de César; nos habló de la vida cotidiana en el cielo; había visto a los condenados retorcerse entre las rojas llamas del infierno; y nos hizo ver todas esas cosas a nosotros: fue como si estuviésemos allí mismo, observándolo todo con nuestros propios ojos. Además, las sentimos, pero nada nos indicó que para él fuesen más que un simple entretenimiento. Aquellas visiones del infierno, aquellos pobres bebés, mujeres, niñas, niños y hombres chillando y suplicando de dolor: nosotros no podíamos soportarlo, pero él se mostraba tan insensible como si se tratara de un grupo de ratas de juguete en medio de un fuego artificial.

Y siempre que hablaba de los hombres y las mujeres de la tierra, y de sus actos —incluso de los más grandiosos y sublimes— nos sentíamos avergonzados en secreto, porque su comportamiento dejaba claro que, para él, sus obras tenían muy poca importancia y resultaban insignificantes; a quien no supiera de qué hablaba, podría parecerle que se refería a las moscas. Incluso en una ocasión dijo —con estas mismas palabras— que la gente de aquí abajo le resultaba bastante interesante, a pesar de ser una panda de aburridos, ignorantes, superficiales, engreídos, enfermizos, raquíticos, mezquinos, pobres e inútiles. Lo dijo de una manera natural y sin encono, como cualquiera hablaría de ladrillos, estiércol, u otra cosa sin importancia y sin sentimientos. Me di cuenta de que no buscaba ofender, pero en mis pensamientos consideré que no resultaba de muy buena educación.

—¡Educación! —dijo— Pero si no es más que la verdad, y decir la verdad es de buena educación; los modales son una farsa. El castillo está terminado, ¿os gusta?

¡A quién no iba a gustarle! Mirarlo era una delicia, tan exquisitas se veían sus formas, tan ingeniosamente perfecto resultaba en todos los detalles, incluidas las banderitas que ondeaban en los torreones. Satán dijo que era el momento de situar la artillería en su sitio, de apostar a los alabarderos, y de desplegar la caballería. Nuestros hombres y caballos eran todo un espectáculo: desde luego no cumplían las expectativas; y es que, por supuesto, nosotros no sabíamos cómo hacer aquellas cosas. Satán dijo que eran los peores que había visto; y cuando los tocó y les dio vida, resultaba ridículo ver cómo se movían, porque sus piernas no eran del mismo largo. Se tambaleaban y vacilaban como si estuviesen ebrios, poniendo en peligro las vidas de quienes se hallaban a su alrededor, para finalmente caer y quedarse tumbados, indefensos y pataleando. Nos hizo reír a todos, aunque resultaba vergonzoso. Cargamos los cañones con tierra para disparar una salva, pero estaban tan torcidos y

tan mal hechos que todos estallaron al dispararlos, matando a algunos artilleros y lisiando a otros. Entonces Satán dijo que íbamos a sufrir una tormenta, y hasta un terremoto, si nos apetecía, pero sin que nos pasara nada, sin correr peligro. Nosotros quisimos salvar también a la gente, pero él nos dijo que no nos preocupáramos por ellos: que no importaban y que ya haríamos más, en cualquier momento, si los necesitábamos.

Una pequeña nube de tormenta comenzó a instalarse, negra, sobre el castillo, los rayos y truenos en miniatura empezaron a hacer de las suyas, y la tierra a temblar, el viento a soplar y resollar, la lluvia a caer, y la gente, en tropel, se metió en el castillo en busca de refugio. La nube era cada vez más negra e impedía ver el castillo con claridad; los rayos no dejaban de relampaguear: atravesaron el castillo y le prendieron fuego; las llamas brillaban rojas, abrasadoras, a través de la nube, y las personas salían disparadas, soltando alaridos, pero Satán las empujaba de nuevo adentro, sin hacer caso de nuestras súplicas, llantos y ruegos; y en medio de los bramidos del viento y las descargas de rayos y truenos, el polvorín saltó por los aires, el terremoto abrió una grieta en la tierra, y los restos ruinosos del castillo se precipitaron al abismo, que se los tragó y se cerró después, llevándose tantas vidas inocentes: ninguna de aquellas quinientas pobres criaturas logró escapar. Estábamos destrozados; no podíamos dejar de llorar.

—No lloréis —dijo Satán—, no valían nada.

—¡Pero se han ido al infierno!

—Eso no importa. Podemos crear muchos más.

De nada sirvió intentar conmoverlo: resultaba evidente que no tenía ningún tipo de sentimientos y no lo entendía. Rebosaba alegría, risueño, como si aquello fuese una boda en lugar de una masacre diabólica. Y se empeñaba en hacer que nos sintiéramos como él; y, claro, con su magia hizo realidad su deseo.



Los rayos atravesaron el castillo y le prendieron fuego.

No le suponía problema alguno: hacía con nosotros lo que deseaba. Al poco tiempo estábamos bailando sobre aquella tumba, mientras él tocaba un instrumento, desconocido y melodioso, que había sacado de su bolsillo; y la música… no existe música como esa, quizás tal vez en el cielo, y, según nos dijo, de allí procedía. Aquella música nos volvía locos de placer; no podíamos dejar de observarlo, y las miradas que brotaban de nuestros ojos procedían de nuestros corazones: su mudo discurso traslucía veneración. También la danza venía del cielo, y en ella se adivinaba la gloria del paraíso.

Al poco dijo que debía marcharse a hacer un recado. Pero sólo pensarlo nos resultaba insoportable y nos aferramos a él, rogándole que se quedara; aquello le gustó y nos lo hizo saber: dijo que no se iría aún, sino que esperaría un poco, que se sentaría para charlar unos minutos más. Nos explicó que Satán era su nombre verdadero y que sólo nosotros debíamos conocerlo, por lo que había elegido otro para que lo usáramos en presencia de terceros. Era un nombre corriente, como los de los hombres: Philip Traum.

¡Resultaba tan vulgar y mediocre para un ser como aquel! Pero la decisión era suya y no dijimos nada. Bastaba con que él lo quisiera.

Habíamos visto muchos prodigios aquel día; y empecé a pensar en cuánto

disfrutaría contándolos al llegar a casa, pero él leyó mis pensamientos y dijo:

—No, todo esto es un secreto entre los cuatro. No me importa que intentéis contarlo, si queréis, pero protegeré vuestras lenguas y de ellas no escapará nada relacionado con el secreto.

Fue una decepción, pero no podíamos hacer nada, y nos arrancó algún que otro suspiro. Continuamos charlando gratamente, mientras él leía nuestros pensamientos y los contestaba. Me pareció que aquella era la más prodigiosa de todas las cosas que hacía, pero interrumpió mis reflexiones al decir:

—No, sería un prodigio en ti, pero no lo es en mí. No soy tan limitado como tú. No estoy sujeto a la condición humana. Puedo ponderar y entender vuestras debilidades humanas, pues las he estudiado; pero no presento ninguna. Mi carne no es real, aunque al tacto parezca firme; mis ropas no son reales: soy un espíritu. Se acerca el padre Peter. —Miramos a nuestro alrededor, pero no vimos a nadie—. Aún no está a la vista, pero lo veréis dentro de poco.

—¿Lo conoces, Satán?

—No.

—¿Hablarás con él cuando llegue? No es ignorante y torpe, como nosotros, y le encantará charlar contigo. ¿Lo harás?

—En otro momento sí, pero no ahora. Enseguida tendré que ir a ocuparme del recado. Ahí lo tenéis; ya podéis verlo. Quedaos quietos y no digáis nada.

Levantamos la mirada y vimos al padre Peter, que se acercaba entre los castaños. Los tres estábamos sentados juntos, sobre la hierba, y Satán frente a nosotros, en el sendero. El padre Peter avanzaba despacio, con la cabeza gacha, pensando; se detuvo a un par de metros de nosotros, se quitó el sombrero, sacó su pañuelo de seda y se quedó allí, enjugándose el rostro; parecía que iba a hablarnos, pero no lo hizo. Al final murmuró: «No sé qué me ha traído hasta aquí. Me parece que estaba en mi estudio hace un minuto, pero supongo que llevaré una hora con mis ensoñaciones y habré recorrido todo el camino sin darme cuenta; y es que en estos tiempos difíciles ya no soy el que era». Luego continuó adelante, mascullando para sí, y atravesó a Satán como si allí no hubiera nada. Al verlo, contuvimos el aliento. Sentimos el impulso de gritar, como casi siempre hacemos cuando ocurren cosas sobrecogedoras, pero misteriosa mente algo nos lo impidió y permanecimos callados, aunque con la respiración acelerada. Cuando los árboles ya ocultaban al padre Peter, Satán habló:

—Os lo dije: sólo soy un espíritu.

—Sí, ahora lo hemos entendido —dijo Nikolaus—, pero nosotros no somos espíritus. Ha quedado claro que a ti no te vio, sin embargo ¿nosotros también éramos invisibles? Nos miró pero pareció no vernos.

—No, no podía ver a ninguno de nosotros, porque yo deseé que así fuera.

Casi resultaba increíble que estuviésemos viendo, de verdad, todas aquellas cosas asombrosas y fantásticas y que no fuese un sueño. Allí estaba sentado él, como cualquier persona —tan natural, sencillo y encantador—, charlando de nuevo, igual

que antes y… bueno, las palabras no consiguen hacer entender lo que sentíamos. Era éxtasis, y el éxtasis es algo que no puede expresarse con palabras. Es como la música: resulta imposible hablarle de música a otra persona y conseguir que la sienta. Había regresado al pasado, y lo hacía revivir ante nosotros. ¡Había visto tanto, tanto! Sólo mirarlo e intentar pensar cómo sería haber vivido semejantes experiencias nos dejaba asombrados.

Pero nos hacía sentir terriblemente superficiales: criaturas de un solo día, y de un día muy corto y miserable, además. No decía nada que pudiera levantar nuestro abatido orgullo; no, ni una palabra. Seguía hablando de los hombres con indiferencia, como quien habla de ladrillos, pilas de estiércol, y esas cosas. Resultaba evidente que no le importaban, ni los unos ni las otras. Estaba claro que no pretendía hacernos daño, como nosotros no buscamos insultar a un ladrillo cuando lo desdeñamos: los sentimientos de un ladrillo no nos preocupan; ni siquiera se nos ocurre pensar que pueda tenerlos.

Una vez que estaba amontonando a los más ilustres reyes, conquistadores, poetas, profetas, piratas y mendigos —una pila de ladrillos— me sentí obligado a decir algo en favor del hombre, y le pregunté por qué hacía tanta diferencia entre los hombres y él. Le causó problemas durante un momento: no entendía que pudiera hacerle semejante pregunta. Y luego dijo:

—¿La diferencia entre el hombre y yo? ¿La diferencia entre un mortal y un inmortal? ¿Entre una nube y un espíritu? —Cogió una cochinilla que se arrastraba sobre un trozo de corteza— ¿Cuál es la diferencia entre César y esto?

Yo dije:

—No se pueden comparar cosas que por su naturaleza y por el intervalo existente entre ellas resultan incomparables.

—Has respondido a tu propia pregunta —me dijo—. Yo te ampliaré la respuesta: el hombre está hecho de tierra, yo presencié su creación. Yo no estoy hecho de tierra. El hombre es un museo de enfermedades, albergue de impurezas; llega hoy y se va mañana; comienza siendo tierra y termina convertido en hedor. Yo pertenezco a la aristocracia de los imperecederos. Y el hombre tiene *sentido moral*. ¿Lo entiendes? Tiene sentido moral. Sólo eso ya es diferencia suficiente entre nosotros.

Se detuvo, como si no hubiera más que hablar. Lo lamenté porque entonces yo tenía una idea muy vaga de lo que era el sentido moral. Sólo sabía que estábamos orgullosos de tenerlo, y hablar de él de esa manera me hizo daño: me sentí como una joven segura de que sus mejores galas causan admiración, cuando oye a unos desconocidos burlarse de ellas. Durante un rato todos permanecimos en silencio y, al menos yo, me encontraba desanimado. Entonces Satán empezó a charlar de nuevo y al poco se lucía en un tono tan alegre y vivaz que recuperé el ánimo. Sus comentarios ingeniosos nos hicieron reír a carcajadas; como cuando nos contó aquella vez en la que Sansón ató antorchas a las colas de los zorros, los soltó entre las mieses de los filisteos, luego se sentó en la valla con tal ataque de risa que se daba golpes en los

muslos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, y, de tanta risa, perdió el equilibrio y se cayó; el recuerdo de aquella imagen lo hizo reír también, y pasamos un rato estupendo y divertido. Después dijo:

—Ahora me voy a hacer el recado.

—¡No! —dijimos todos— No te vayas, quédate con nosotros. No volverás.

—Volveré. Os doy mi palabra.

—¿Cuándo? ¿Esta noche? Dinos cuándo.

—No tardaré. Ya lo veréis.

—Nos caes bien.

—Y vosotros a mí. Y como prueba de ello, os mostraré algo digno de verse. Normalmente, cuando me voy, desaparezco sin más, pero ahora me desvaneceré para que veáis cómo lo hago.

Se puso en pie y terminó enseguida. Se fue diluyendo y aclarando hasta convertirse en una pompa de jabón, pero conservando su forma. A través de él se veían los arbustos igual que se ven las cosas a través de una pompa, y sobre él jugaban y destellaban los delicados colores iridiscentes de una pompa, además de esa cosa con forma de cristal de ventana que siempre se aprecia en la esfera de la burbuja. Todos hemos visto una pompa llegar a la alfombra y botar, ligera, dos o tres veces antes de estallar. Pues él hizo eso. Brincó, tocó la hierba, saltó, se alejó flotando, volvió a tocar el suelo, y así hasta explotar —¡chas!—, quedando su lugar vacío.

Fue una visión hermosa e inesperada. No dijimos nada, nos quedamos allí asombrados, soñando y parpadeando. Al final, Seppi se levantó y dijo, suspirando afligido:

—Supongo que nada de esto ha pasado de verdad.

Nikolaus susurró algo parecido.

Me sentí muy triste al oírles comentar eso, porque en mi cabeza se agazapaba el mismo miedo. Y entonces vimos al pobre padre Peter que regresaba, con la cabeza gacha, mirando al suelo. Cuando estaba muy cerca de nosotros, levantó la vista y dijo:

—¿Cuánto tiempo lleváis ahí, chicos?

—Un rato, padre.

—Entonces será desde que yo pasé, y quizás podáis ayudarme. ¿Habéis subido por el sendero?

—Sí, padre.

—Bien. Yo vine por el mismo camino. He perdido mi bolsa. No llevaba gran cosa en ella, pero ese poco es mucho para mí, ya que era cuanto tenía. Por casualidad, ¿no la habréis visto?

—No, padre, pero os ayudaremos a buscarla.

—Eso iba a pediros. ¡Vaya, si está aquí!

No nos habíamos dado cuenta, pero allí estaba, justo donde Satán se encontraba cuando empezó a desvanecerse, si es que se había desvanecido y no se trataba de un

engaño. El padre Peter la recogió y puso cara de sorpresa.

—Es mi bolsa —dijo— pero no lo que contiene. Está muy llena; la mía estaba vacía y era ligera; esta pesa.

La abrió; estaba tan llena de monedas de oro que ya no cabían más. Nos dejó mirar cuanto quisiéramos; y claro que miramos, porque nunca habíamos visto tanto dinero junto. Nuestras bocas se abrieron para decir: «¡Ha sido cosa de Satán!», pero de ellas no salió nada. Era cierto: no podíamos contar nada que Satán no quisiera que contáramos. Tal y como él había dicho.

—Chicos, ¿habéis sido vosotros?

Nos dio la risa. Y a él también, en cuanto comprendió lo descabellado de lo que había dicho.

—¿Quién ha estado aquí?

Nuestras bocas se abrieron para responder, y así se quedaron un momento, ya que no podíamos decir «nadie», pues no sería verdad, y las palabras adecuadas no parecían querer salir. Entonces se me ocurrió cuál podría ser la respuesta, y la dije:

—Ningún ser humano.

—Es verdad —afirmaron los otros, y ya no abrieron la boca.

—No lo es —dijo el padre Peter, y nos miró, severo—. Pasé por aquí hace un rato y no había nadie; pero alguien ha estado aquí desde entonces. No pretendo decir que dicha persona no haya podido pasar antes de que llegarais, y no digo que la hayáis visto, pero alguien pasó por aquí, de eso no hay duda. Por vuestro honor, ¿no habéis visto a nadie?

—A ningún ser humano.

—Es suficiente; sé que me estáis diciendo la verdad.

Se puso a contar el dinero allí mismo, nosotros de rodillas ayudándole, ansiosos, a formar con él pequeñas columnas.

—¡Hay más de mil cien ducados! —dijo—. Vaya, ojalá fueran míos, ¡los necesito tanto!

Se le quebró la voz y le temblaron los labios.

—Son vuestros, señor —gritamos todos a una—, hasta el último de ellos.

—No, no lo son. Míos son sólo cuatro ducados; ¡el resto…!

Se dejó llevar por sus sueños, pobrecito mío, y acariciando algunas de las monedas en sus manos, olvidó donde estaba, allí sentado, sobre sus talones, con su anciana cabeza canosa al descubierto; daba pena verlo.

—No —dijo despertando—, no es mío. No puedo explicar su procedencia. Creo que algún enemigo… debe tratarse de una trampa.

Nikolaus dijo:

—Padre Peter, a excepción del astrólogo, no tenéis enemigos en la aldea; tampoco Marget. Y ni medio enemigo que sea lo bastante rico como para gastarse mil cien ducados en jugaros una mala pasada. Decidme, ¿es así o no lo es?

No supo qué contestar a semejante razonamiento y eso lo animó.

—Pero es que no es mío; es imposible que sea mío.

Lo dijo melancólico, como quien no lamentaría que lo contradijeran, sino que se alegraría de ello.

—Es vuestro, padre Peter, y nosotros somos testigos. ¿No es así, chicos?

—Sí, y así lo declararemos.

—Benditos seáis, casi me tenéis convencido; de verdad. ¡Me bastaría con tener sólo cien ducados! La casa está hipotecada por esa cifra y si no pagamos mañana, nos quedaremos sin un techo sobre nuestras cabezas. Pero esos cuatro ducados son lo único que tenemos en el…

—Es vuestro, hasta la última moneda, y tenéis que aceptarlo. Nosotros os garantizamos que es lo que debéis hacer. ¿Verdad, Theodor? ¿Verdad, Seppi?

Los dos dijimos que sí, y Nikolaus volvió a meter el dinero en la vieja y raída bolsa, y obligó a su dueño a cogerla. Éste dijo que utilizaría doscientos ducados, ya que su casa era garantía suficiente para cubrir dicha cifra, que el resto lo pondría a producir hasta que su dueño legítimo lo reclamara, y que nosotros deberíamos firmar un papel en el que declararíamos cómo había encontrado el dinero; papel que él podría mostrar a los aldeanos como prueba de que no había superado sus problemas por medios fraudulentos.

CAPÍTULO IV

TODO EL MUNDO cotilleaba al día siguiente, cuando el padre Peter pagó a Solomon Isaacs en oro y le dejó el resto del dinero a plazo. Además, se produjo un cambio agradable: mucha gente se acercó a la casa para darle la enhorabuena, y cierto número de viejos amigos durmientes volvieron a mostrarse amables y acogedores. Y, por si todo eso fuera poco, invitaron a Marget a una fiesta.

Además, no había misterio. El padre Peter lo contó todo tal y como había ocurrido, y dijo que no podía explicarlo, que, por lo que él veía, era cosa de la providencia.

Uno o dos movieron la cabeza y dijeron en privado que más parecía cosa de Satanás; y la conjetura resultaba sorprendentemente buena para venir de aquella gente ignorante. Algunos zascandilearon con malicia a nuestro alrededor, para persuadirnos de que «les contásemos la verdad a ellos», prometiendo que no dirían nada, que sólo querían saberlo para satisfacción propia, porque todo aquel asunto les parecía muy curioso. Hasta hubo quien quiso comprar el secreto, darnos dinero a cambio; y si hubiésemos podido inventar algo que sirviera… pero no; no teníamos tanto ingenio, por lo que debimos dejar pasar la oportunidad, y fue una pena.

Aquel secreto lo llevábamos sin ningún problema, pero el otro, el grande, el magnífico, nos quemaba las entrañas; tantas ganas tenía de salir y nosotros de que saliera, para dejar atónita a la gente. Pero debíamos guardarlo en nuestro interior; mejor dicho: se guardaba él solo. Satán nos había dicho que así sería, y así era. Todos los días nos íbamos al bosque para estar solos y poder hablar de Satán; aquello era lo único en lo que pensábamos y que nos importaba. Lo buscábamos día y noche con la esperanza de que viniera, más impacientes a cada momento. Los demás chicos ya no nos interesaban, no compartíamos con ellos ni juegos ni aventuras. Nos parecían tan sosos, después de conocer a Satán; y sus asuntos tan insignificantes y vulgares comparados con las aventuras en la antigüedad y en las constelaciones, y con sus milagros, desvanecimientos, explosiones y esas cosas.

Durante el primer día nos ahogaba la ansiedad por un motivo, y no dejábamos de acudir a casa del padre Peter con cualquier pretexto para vigilar. Era por culpa de las monedas de oro: teníamos miedo de que se convirtieran en polvo, como el dinero de las hadas. Si eso ocurría… pero no ocurrió. Al final del día nadie se había quejado, estábamos seguros de que se trataba de oro auténtico, por lo que la ansiedad desapareció de nuestras mentes.

Había una pregunta que queríamos hacerle al padre Peter, por lo que fuimos a verlo la segunda tarde, un tanto retraídos. Después de haberlo echado a suertes, y tan de pasada como pude —aunque no tanto como quería porque no disimulaba bien—, le pregunté:

—¿Qué es el sentido moral, señor?

Nos miró sorprendido por encima de sus enormes gafas, y dijo:

—Pues es la facultad que nos permite distinguir el bien del mal.

Algo de luz arrojó, aunque no lo aclaró del todo, y yo me sentía un tanto defraudado, además de pasar vergüenza. Él esperaba que yo continuase, así que, a falta de otra cosa que decir, pregunté:

—¿Es valioso?

—¿Valioso? ¡Cielos, muchacho, es lo que diferencia al hombre de la bestia perecedera y lo convierte en heredero de la inmortalidad!

Esto no me dio pie a proseguir, así que los chicos y yo nos fuimos con esa sensación indefinida de estar llenos sin llegar a estar cebados. Ellos querían que yo se lo explicase, pero me sentía cansado.

Al pasar por el salón, Marget estaba a la espineta[1], enseñando a Marie Lueger. Así que uno de los alumnos desertores había vuelto; y era de los influyentes: los demás lo seguirían. Marget se puso en pie y se acercó corriendo, con lágrimas en los ojos, para darnos las gracias de nuevo —ya era la tercera vez— por haberlos salvado de acabar en la calle a ella y a su tío; y nosotros volvimos a decirle que no habíamos hecho nada. Pero ella era así: pensaba que nunca agradecía lo bastante cualquier cosa que alguien hiciera por ella; así que la dejamos expresar su opinión. Y al cruzar el jardín vimos sentado a Wilhelm Meidling, esperando, porque se acercaba el crepúsculo y le pediría a Marget que al terminar la clase diese un paseo con él por la ribera. Se trataba de un joven abogado al que no le iba mal, que se abría camino poco a poco. Marget le gustaba mucho, y él a ella. No la había abandonado, como los otros, sino que se había mantenido firme. Su lealtad no había pasado inadvertida para Marget y su tío. No poseía demasiado talento, pero era apuesto y bueno, y esos ya son dos talentos que ayudan mucho. Nos preguntó qué tal marchaba la clase y le contestamos que casi había acabado. Lo cual era posible: no sabíamos nada al respecto, pero nos pareció que la respuesta le agradaría. Le agradó, sí, y a nosotros no nos costó nada.

CAPÍTULO V

Y AL CUARTO DÍA EL ASTRÓLOGO descendió de su torre desmoronada, en lo alto del valle, hasta donde supongo habría llegado la noticia. Mantuvo una conversación en privado con nosotros, y le contamos lo que pudimos, porque le teníamos un miedo atroz. Se quedó reflexionando un rato y luego preguntó:

—¿Cuántos ducados habéis dicho?

—Mil ciento siete, señor.

Y entonces murmuró, como hablando para sí:

—Es algo excepcional. Sí, muy extraño. Una curiosa coincidencia.

Y se puso a hacer preguntas, volviendo otra vez al principio, y nosotros contestando. Al final, dijo:

—Mil ciento seis ducados. Es una gran suma.

—Siete —intervino Seppi para corregirlo.

—Ah, ¿así que siete? Claro que, un ducado más o menos no tiene importancia, pero antes afirmasteis que eran mil ciento seis ducados.

Decirle que estaba equivocado nos habría puesto en peligro, pero sabíamos que lo estaba. Nikolaus intervino:



Y al cuarto día el astrólogo descendió de su torre desmoronada.

—Pedimos disculpas por el error, pero queríamos decir siete.

—No tiene importancia, muchacho. Es sólo que me fijé en la discrepancia. Han pasado varios días y no se os puede pedir que os acordéis con precisión. Es fácil ser inexactos cuando ninguna circunstancia especial ha hecho que se os quede grabado el recuento del dinero.

—Pero sí que hubo una, señor —dijo Seppi, ansioso.

—¿Y cuál fue, hijo mío? —el astrólogo preguntó como si nada.

—Primero, todos contamos los montones de monedas, de uno en uno, y a todos nos dio lo mismo: mil ciento seis. Pero yo me había guardado una, por hacer la broma, al principio del recuento, y al final la saqué y dije: «Creo que nos hemos equivocado, hay mil ciento siete; contemos de nuevo». Lo hicimos y yo tenía razón, claro. Todos se quedaron atónitos. Entonces les expliqué lo que había pasado.

El astrólogo nos preguntó si había sido así y nosotros se lo confirmamos.

—Pues no hay más que hablar —dijo—. Ya sé quién es el ladrón. Muchachos, el dinero fue robado.

Y se marchó, dejándonos muy preocupados y preguntándonos qué querría decir. Al cabo de una hora nos enteramos; porque para entonces todo el pueblo sabía que habían arrestado al padre Peter por robarle al astrólogo una gran suma de dinero.

Todo el mundo sacó la lengua a paseo de inmediato: muchos dijeron que aquello no era propio del padre Peter y que debía ser un error; pero los demás movieron la cabeza y declararon que la miseria y la necesidad podían empujar al hombre que sufre a hacer casi cualquier cosa. En un único detalle no había diferencias: estaban todos de acuerdo en que el relato del padre Peter sobre cómo había llegado el dinero a sus manos resultaba prácticamente increíble, así de imposible parecía. Decían que de esa forma podría haber llegado a las manos del astrólogo, pero a las del padre Peter, ¡jamás! Entonces empezaron a desconfiar de nosotros. Éramos los únicos testigos del padre Peter, ¿cuánto nos habría pagado para que apoyásemos su fantástica historia? La gente nos decía esas cosas con total libertad y franqueza, y se burlaba de nosotros cuando pedíamos por favor que todos creyeran que habíamos dicho la verdad. Nuestros padres fueron los más duros. Dijeron que deshonrábamos a nuestras familias y nos ordenaron desdecirnos de nuestra mentira, por lo que su ira no tuvo límites cuando continuamos asegurando que decíamos la verdad. Nuestras madres lloraban y nos pedían que devolviésemos el soborno para recuperar la dignidad y salvar a nuestras familias de la vergüenza; querían que confesáramos como personas de honor. Al final estábamos tan preocupados y hostigados que intentamos contarlo todo, lo de Satán incluido, pero no, no quiso descubrirse. Nos pasábamos el tiempo deseando y esperando que Satán acudiera a librarnos de aquel problema, pero no había ni rastro de él.

Una hora después de la conversación que el astrólogo había mantenido con nosotros, el padre Peter estaba en la cárcel y el dinero precintado y en manos de los representantes de la ley. El dinero se encontraba en una bolsa, y Solomon Isaacs afirmó no haberla tocado desde el recuento; juró que se trataba del mismo dinero y que sumaba la cantidad de mil ciento siete ducados. El padre Peter pidió que lo juzgara un tribunal eclesiástico, pero nuestro otro sacerdote, el padre Adolf, dijo que un tribunal eclesiástico carecía de jurisdicción sobre un sacerdote relevado de sus funciones. El obispo lo confirmó. Estaba decidido: el caso se juzgaría ante un tribunal civil, pero aún faltaba tiempo para que éste se reuniera. Wilhelm Meidling sería el abogado del padre Peter y haría cuanto pudiera, por supuesto, pero en privado nos dijo que por una parte la debilidad del caso, y por otra todo el poder y los prejuicios no mejoraban las perspectivas.

Y así fue como la nueva felicidad de Marget tuvo una muerte rápida. Ningún amigo acudió a compadecerse de ella, aunque tampoco los esperaba; una nota sin firmar anuló su invitación a la fiesta. Ya no tenía alumnos a los que dar clase. ¿Cómo iba a mantenerse? En la casa podía quedarse, porque la hipoteca estaba pagada, a pesar de que el gobierno —y no el pobre Solomon Isaacs— de momento tenía el dinero en sus garras. La vieja Ursula, que era la cocinera, doncella, ama de llaves, lavandera y todo lo demás del padre Peter, y que había sido la niñera de Marget, dijo que Dios proveería. Pero lo dijo por pura costumbre, porque era una buena cristiana. Sin duda tenía la intención de ayudar a proveer, si encontraba la manera de hacerlo.

Los chicos queríamos ir a ver a Marget y ser amables con ella, pero nuestros padres tenían miedo de que la comunidad se ofendiera y no nos lo permitían. El astrólogo andaba por ahí poniendo a todo el mundo en contra el padre Peter, diciendo que era un ladrón sin remedio que le había robado mil ciento siete ducados de oro. Decía que precisamente por eso sabía que era un ladrón, porque aquella cifra exacta le faltaba a él, y el padre Peter decía que la había «encontrado».

La tarde del cuarto día después de la catástrofe, Ursula se presentó en nuestra casa pidiendo ropa para lavar y rogándole a mi madre que le guardase el secreto para proteger el orgullo de Marget, quien pondría fin a todo aquello si se enteraba; Marget no tenía suficiente para comer y empezaba a debilitarse. Ursula también estaba floja y se le notaba: se tomó la comida que le ofrecimos como una persona hambrienta, pero no la convencimos para que se llevara algo a casa, porque Marget nunca aceptaría limosna. Se llevó algunas piezas de ropa al arroyo, para lavarlas, pero desde la ventana comprobamos que no tenía fuerzas para manejar la paleta; por eso la llamamos y le ofrecimos algún dinero: le daba miedo aceptarlo por si Marget sospechaba. Al final lo cogió porque pensaba decirle que lo había encontrado en el camino. Con el fin de que aquello no fuese una mentira que dañase su alma, me pidió que lo tirara al suelo delante de ella; pasó a su lado, lo encontró y, entre exclamaciones de sorpresa y alegría, lo recogió y reanudó la marcha. Como el resto de la aldea, era capaz de decir mentiras rutinarias sin pensar y sin adoptar precauciones contra el fuego del infierno; pero esta mentira era de otra clase, y le parecía peligrosa porque no estaba acostumbrada a ella. Después de practicar durante una semana no le habría supuesto ningún problema. Así somos.

Yo estaba preocupado, ¿de qué iba a vivir Marget? Ursula no podía encontrar todos los días una moneda en el camino, quizás ni siquiera una segunda vez. Además, me daba vergüenza no haber estado cerca de Marget, cuando ella necesitaba tanto de sus amigos; pero eso era culpa de mis padres, no mía, y yo no podía evitarlo.

Caminaba yo muy abatido siguiendo el sendero cuando una sensación de hormigueo refrescante y jovial recorrió mi cuerpo, y mi alegría fue tanta que no se puede describir con palabras, porque gracias a aquella señal supe que Satán estaba cerca. Ya lo había notado antes. Enseguida apareció a mi lado y yo le conté mis preocupaciones y lo que les había pasado a Marget y a su tío. Mientras hablábamos, tomamos una curva y vimos a la vieja Ursula descansar a la sombra de un árbol; tenía un flaco gatito callejero en el regazo y le hacía caricias. Le pregunté de dónde lo había sacado y me dijo que era gata, que había salido del bosque y se había puesto a seguirla; que seguramente no tendría ni madre ni amigos, motivo por el cual se la llevaría a casa para cuidarla. Satán dijo:

—Tengo entendido que sois muy pobres, ¿por qué quieres añadir una boca más a las vuestras? ¿Por qué no se la das a algún rico?

Ursula se indignó y le dijo:

—Tal vez te gustaría a ti tenerla. Debes de ser rico, con tu atavío de calidad y tus

aires de caballero. —Luego sonrió y dijo—: Dársela a los ricos, ¡vaya idea! Los ricos sólo se preocupan de sí mismos. Los pobres son los que se compadecen de otros pobres, y los ayudan. Los pobres y Dios. Dios proveerá para esta gatita.

—¿Qué te hace pensar así?

Los ojos de Ursula centellearon de ira.

—¡Es que lo sé! —contestó— Ni un solo gorrión cae al suelo sin que Él lo sepa.

—Pero cae igual. ¿De qué sirve verlo caer?

La vieja Ursula abrió la boca, pero no consiguió que de ella saliera palabra alguna, tan horrorizada estaba. Al recuperarse, vociferó:

—¡Ocúpate de tus asuntos, mocoso, o te muelo a palos!

Yo no podía hablar del susto. Sabía que con sus ideas acerca de la raza humana, Satán no le daría importancia al hecho de matarla en el acto, porque había «muchas más»; sin embargo, mi lengua no se movió, no pude advertirla. Pero no pasó nada. Satán siguió tan tranquilo… tranquilo e indiferente. Supongo que se sentiría tan insultado por Ursula como el rey por un escarabajo pelotero. Al gritarle, la anciana se había puesto en pie con tanta energía como una joven. Ya hacía muchos años que no era capaz de semejante hazaña. Era la influencia de Satán. Cuando aparecía, era como una brisa fresca para los débiles y enfermos. Su presencia afectó incluso a la gatita enteca, que pegó un brinco y se puso a perseguir una hoja. Ursula se sorprendió y se quedó mirando a la criatura, moviendo la cabeza, pensativa, olvidada ya su ira.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó— Hace un rato no podía ni andar.

—¿Nunca habías visto una gata de esta raza? —preguntó Satán.

Ursula no tenía intención de ser amable con el forastero burlón, lo miró con brusquedad y replicó:

—Me gustaría saber quién te ha pedido que vengas a molestarme. ¿Qué sabrás tú de lo que yo he visto o dejado de ver?

—Nunca has visto una gatita a la que los pelos de la lengua le crezcan hacia fuera, ¿verdad?

—No. Y tú tampoco.

—Pues examina a esta y lo verás.

Ursula se había vuelto muy dinámica, pero la gatita aún más, por lo que no pudo atraparla y se rindió. Entonces dijo Satán:

—Dale un nombre y tal vez obedezca.

Ursula probó con varios nombres, pero la gatita no mostraba interés alguno.

—Llámala Agnes. Prueba con ese.

La criatura respondió al nombre y se acercó a ella. Ursula le examinó la lengua.

—¡Santo cielo, es verdad! —dijo— Nunca había visto una gata como esta. ¿Es tuya?

—No.

—Y entonces, ¿cómo sabías su nombre?

—Porque todos los gatos de esa raza se llaman Agnes; no responden a ningún

otro nombre.

Ursula estaba impresionada.

—¡Esto es de lo más sorprendente!

Entonces la sombra de una duda se reflejó en su rostro, porque su vena supersticiosa había despertado, y de mala gana dejó en el suelo a la criatura mientras decía:

—Supongo que debo dejar que se marche. No tengo miedo; no, no es eso exactamente, aunque el sacerdote… bueno, he oído que hay gente… y mucha gente, por cierto… Además, ahora ya está bien y podrá cuidarse sola —suspiró y se dio la vuelta para marcharse, mientras murmuraba—: Es tan bonita y me haría tanta compañía. La casa está tan triste y solitaria últimamente… La señorita Marget siempre afligida y el viejo amo encerrado en la cárcel.

—Da pena no quedarse con ella —dijo Satán.

Ursula se giró enseguida, como si estuviera esperando a que alguien la animara.

—¿Por qué? —preguntó con ansia.

—Porque esta raza trae suerte.

—¿Suerte? ¿De verdad? Joven, ¿estás seguro de eso? ¿Cómo trae suerte?

—Bueno, lo que sí trae es dinero.

Ursula parecía decepcionada.

—¿Dinero? ¿Un gato que trae dinero? ¡Vaya idea! Aquí sería imposible venderlo. Aquí la gente no compra gatos; hasta cuesta trabajo regalarlos.

Se dio la vuelta para marcharse.

—No me refiero a venderlo. Me refiero a que produzca una renta. Esta raza recibe el nombre de Gato de la Suerte. Su propietario encuentra cada mañana cuatro groschen de plata en su bolsillo.

Vi cómo asomaba la indignación al rostro de la anciana. La habían insultado. Aquel chico se burlaba de ella. Eso pensaba. Hundió las manos en sus bolsillos y se puso firmes para dejarle bien claro lo que pensaba. Estaba enfurecida, encolerizada. Abrió la boca y dejó escapar tres palabras de una frase mordaz… entonces se calló, y la ira de su rostro se tornó sorpresa, o admiración, o miedo, o lo que fuese, y despacio fue sacando las manos de los bolsillos, las abrió y las dejó abiertas. En una estaba la moneda que yo le había dado; y en la otra había cuatro groschen de plata. Se los quedó mirando un rato, quizás para ver si se desvanecían. Y entonces dijo, ferviente:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Me siento avergonzada y os pido perdón, gran señor y benefactor!

Se precipitó hacia Satán y le besó la mano una y otra vez, según la costumbre austríaca.

Seguramente en el fondo creía que era una gata-bruja o un ayudante del demonio; pero no importaba, así aún sería más capaz de cumplir con su promesa y proporcionar un buen sustento cotidiano a la familia, porque en cuestiones financieras hasta el más pío de nuestros campesinos confiaría antes en un acuerdo con el diablo que con un

arcángel. Ursula emprendió el camino a casa, con Agnes en los brazos, y yo dije que ojalá tuviera yo el privilegio de ver a Marget, como lo tenía ella.

Y entonces contuve el aliento, porque nos encontrábamos allí. Allí, en el salón, y Marget se hallaba frente a nosotros, mirándonos atónita. Estaba débil y pálida, pero yo sabía que, en presencia de Satán, ese estado no duraría; y así fue. Le presenté a Satán —es decir, a Philip Traum— y nos sentamos a charlar. No estábamos cohibidos. En nuestro pueblo éramos gente corriente, y cuando un forastero era agradable, enseguida nos hacíamos amigos. Marget preguntó cómo habíamos entrado sin que ella nos oyese. Traum dijo que la puerta estaba abierta, que la habíamos cruzado y esperado hasta que ella apareciera para recibirnos. No era verdad: no había puerta abierta; entramos atravesando la pared o el tejado, o chimenea abajo, o como fuera; pero no importaba, si Satán quería que una persona creyese algo en concreto, la persona lo creía, y Marget quedó satisfecha con la explicación. Además, una buena parte de sus pensamientos iba dedicada a Traum; no podía dejar de mirarlo, tan guapo era. Eso me producía satisfacción y orgullo. Esperaba que alardeara un poco, pero no lo hizo. Parecía interesado tan sólo en ser amable y contar mentiras. Dijo que era huérfano. Eso hizo que Marget se compadeciera de él. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dijo que no había llegado a conocer a su madre, que se había muerto cuando él era muy pequeño; y que su padre tenía muy mala salud y ninguna propiedad —de hecho, nada que tuviese valor en este mundo—, pero que tenía un tío con negocios en los trópicos, al que le iban muy bien las cosas y explotaba un monopolio, y que era ese tío quien lo mantenía. La simple mención de un tío bondadoso bastó para que Marget recordase al suyo, y sus ojos se empañaron de nuevo. Dijo que esperaba que sus tíos se conocieran algún día. Yo me estremecí. Philip dijo que él también lo esperaba; y yo volví a estremecerme.

—Podría ser —dijo Marget— ¿Viaja mucho vuestro tío?

—Sí, no para nunca; tiene negocios en todas partes.

Y así continuaron charlando, y la pobre Marget olvidó sus desdichas al menos durante un rato. Probablemente aquella fuera la única hora alegre y animada que había pasado últimamente. Me di cuenta de que Philip le gustaba: sabía que iba a ser así. Y cuando le dijo que estudiaba para el sacerdocio, percibí que aún le gustaba más. Y luego, al prometerle conseguir que la dejasen entrar en la cárcel para ver a su tío, la remató. Dijo que él haría un pequeño regalo a los guardias y que ella debía ir siempre tarde, después de anochecer, sin abrir la boca, pero «mostrad este papel al entrar, y volved a mostrarlo al salir»; garabateó unos símbolos muy raros en el papel y se lo dio. Ella no sabía cómo agradecérselo y empezó a desear que se pusiera el sol. Y es que en aquellos viejos y crueles tiempos, a los prisioneros no se les permitía ver a sus amigos, y a veces pasaban años entre rejas sin contemplar un solo rostro amable. Supuse que los símbolos del papel serían un encantamiento y que los guardias no sabrían lo que hacían, como tampoco lo recordarían después; y ciertamente así eran las cosas. Ursula asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—La cena está servida, señorita.

Entonces nos vio y se asustó; me hizo señas para que me acercara, fui y ella me preguntó si le habíamos hablado de la gata. Le dije que no y sintió alivio. Me pidió que no lo hiciéramos porque si la señorita Marget se enteraba, pensaría que se trataba de una gata del infierno, mandaría llamar a un sacerdote para que purificase sus dones y se quedarían sin rentas. Le prometí no decir nada y con eso le bastó. Empecé a despedirme de Marget, pero Satán me interrumpió y dijo, siempre tan cortés… bueno, no recuerdo las palabras exactas, pero más o menos se invitó a quedarse a cenar, y a mí también. Por supuesto, Marget se sintió terriblemente turbada, porque no tenía motivos para pensar que hubiese cena ni para alimentar a un pájaro enfermo. Ursula lo oyó y entró en la sala, nada contenta. Al principio se quedó atónita al ver a Marget tan sana y sonrosada, y lo dijo; luego habló en su lengua nativa, que era el bohemio, y, según me enteré después, dijo:

—Decidle que se marche, señorita Marget; no tenemos bastantes vituallas.

Antes de que Marget pudiese hablar, Satán tomó la palabra y contestó a Ursula en su propia lengua, lo cual la sorprendió; y a su ama también. Le dijo:

—¿No te vi hace un rato en el camino?

—Sí, señor.

—Me halaga, veo que me recuerdas. —Se acercó a ella y le susurró—: Te dije que era una gata de la suerte. No te preocupes; ella proveerá.

Esas palabras arrastraron consigo cualquier ansiedad que pudiera embargar a Ursula y en sus ojos brilló una sonrisa intensa y financiera. El valor de la gata aumentaba. Marget no podía hacer otra cosa que contestar a la invitación de Satán, y lo hizo como mejor sabía, con esa honestidad innata en ella. Dijo que tenía poco que ofrecer, pero que seríamos bienvenidos si queríamos compartirlo con ella.

Cenamos en la cocina y Ursula servía la mesa. En la sartén había un pez pequeño, crujiente, dorado, tentador, y era evidente que Marget no esperaba contar con una cena tan respetable. Ursula lo trajo y Marget lo dividió entre Satán y yo, rehusando probarlo ella; empezaba a decir que aquel día no le apetecía el pescado, pero no pudo terminar la frase. Y fue porque observó que en la sartén había aparecido otro pez. Su sorpresa resultaba evidente, pero no dijo nada. Seguramente tendría intención de consultarlo luego con Ursula. Hubo más sorpresas: carnes, caza, vinos y fruta, cosas que últimamente habían faltado en aquella casa. Pero Marget no decía nada, y ahora ya ni parecía sorprendida; todo ello debido a la influencia de Satán, claro. Satán no paraba de hablar, muy divertido, e hizo que el tiempo transcurriera placentera y alegremente; y aunque contó una buena cantidad de mentiras, no tenía nada de malo, porque sólo era un ángel y no sabía más. No distinguen el bien del mal. Yo lo sabía porque recordaba lo que él había dicho al respecto. Supo ganarse a Ursula. La elogió ante Marget, confidencialmente, pero hablando lo bastante alto para que Ursula lo oyese. Dijo que era una buena mujer y que un día esperaba poder reunirla con su tío. Al poco Ursula se hallaba caminando remilgadamente y sonriendo con afectación

como una jovenzuela ridícula, alisándose la falda y atusándose como una gallina vieja, mientras intentaba hacer ver que no oía nada de lo que decía Satán. Yo estaba avergonzado, porque ese comportamiento demostraba que éramos lo que Satán afirmaba: una raza tonta y superficial. Satán dijo que su tío recibía muchas visitas y que si hubiese una mujer inteligente presidiendo las celebraciones, el atractivo del lugar se multiplicaría por dos.

—Pero vuestro tío es un caballero, ¿no es cierto? —preguntó Marget.

—Sí —contestó Satán, indiferente—, algunos como cumplido hasta lo llaman príncipe; pero no es intolerante. Para él, el mérito personal lo es todo, y el rango, nada.

Yo tenía una mano relajada, colgando de la silla. Agnes se acercó y la lamió, y con ese acto, se me reveló un secreto. Intenté decir: «Todo es un error. Esta es una gata normal y corriente: los pelos de la lengua le crecen hacia dentro, y no hacia fuera». Pero las palabras no salieron, porque no podían. Satán me sonrió y yo lo entendí.

Cuando anocheció, Marget metió comida, vino y fruta en una cesta y salió corriendo en dirección a la cárcel; Satán y yo caminamos hacia mi casa. Iba yo pensando que me gustaría ver cómo era el interior de un presidio, Satán interceptó mi pensamiento y, al momento siguiente, estábamos en la cárcel. Nos encontrábamos en la cámara de las torturas, según dijo Satán. Allí estaba el potro —y los demás instrumentos—, y uno o dos faroles humeantes colgaban de los muros, logrando que aquel sitio resultara aún más sombrío y espantoso. Había personas —y verdugos—, pero como no nos hicieron caso, di por sentado que éramos invisibles. Vimos a un joven atado de pies y manos, y Satán me explicó que lo acusaban de herejía y que los verdugos estaban a punto de interrogarlo. Le dijeron que se declarara culpable, pero él contestó que no podía hacerlo, pues no era verdad. Entonces le fueron clavando una astilla tras otra bajo las uñas, mientras él chillaba de dolor. Satán ni se inmutó, pero yo no pude soportarlo y tuvo que sacarme rápidamente de allí. Estaba mareado, a punto de desmayarme, pero el aire fresco me hizo revivir y seguimos camino hacia mi casa. Dije que era una bestialidad.

—No, es un comportamiento humano. No deberías insultar a las bestias utilizando indebidamente esa palabra; no se lo merecen. —Y continuó hablando de la misma forma—: Es propio de tu raza miserable: siempre mintiendo, siempre atribuyéndose virtudes que no posee, siempre renegando de los buenos animales, que sí las tienen. Ninguna bestia comete una crueldad: eso es monopolio de aquellos que tienen sentido moral. Cuando una bestia causa dolor, lo hace inocentemente; no está mal, para ella el mal no existe. Y no causa dolor por el simple placer de causarlo: eso sólo lo hace el hombre. ¡Inspirado por ese infame sentido moral! Un sentido cuya función es distinguir entre el bien y el mal, con libertad para elegir cuál de los dos hacer. ¿Qué provecho puede sacar de eso? Siempre eligiendo, y nueve de cada diez veces prefiere el mal. El mal no debería existir; y sin el sentido moral no existiría. El hombre es una

criatura tan poco razonable que no es capaz de entender que el sentido moral lo degrada hasta el estrato más inferior de los seres animados, y que es una posesión despreciable. ¿Te encuentras mejor? Quiero enseñarte una cosa.

CAPÍTULO VI

AL MOMENTO NOS ENCONTRÁBAMOS en una villa francesa. Atravesamos una gran fábrica de algo, donde los hombres, las mujeres y los niños se afanaban entre el calor, la suciedad y una nube de polvo; iban vestidos con harapos y se encorvaban sobre su trabajo, porque estaban agotados y muertos de hambre, débiles y somnolientos. Satán dijo:

—Más sentido moral. Los propietarios son ricos y muy piadosos; pero los sueldos que les pagan a estos pobres hermanos suyos sólo les llegan para no caerse muertos de inanición. Trabajan catorce horas diarias, verano e invierno, desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche; también los niños pequeños. Y han de ir y volver andando hasta las pocilgas que habitan, situadas a varias millas de distancia, entre el barro, el granizo, la lluvia, la nieve, el aguanieve y las tormentas; todos los días, año tras año. Duermen cuatro horas. Se apiñan como perros, tres familias en un solo cuarto, en medio de una suciedad y un hedor inimaginables; llegan las enfermedades y caen como moscas. ¿Han cometido algún delito, esas cosas sarnosas? No. ¿Qué han hecho para recibir semejante castigo? Nada en absoluto, excepto haber nacido dentro de vuestra raza de necios. Ya has visto como tratan en prisión a un criminal; ahora ves como tratan a los inocentes y honestos. ¿Es razonable tu raza? ¿Salen mejor parados estos apestosos inocentes que aquel hereje? Desde luego que no. El castigo de aquel es superficial comparado con el de estos. Cuando nos marchamos, le dieron tormento en la rueda y lo destrozaron hasta que no fue más que una masa de carne y harapos; ahora está muerto y libre de tu preciada raza. Pero estos pobres esclavos llevan años muriéndose y algunos de ellos aún tardarán mucho en librarse de la vida. Es el sentido moral lo que enseña a los dueños de la fábrica la diferencia entre el bien y el mal; y ya ves el resultado. Se creen que son mejores que los perros. ¡Qué raza tan ilógica e irracional! ¡E indeciblemente miserable!

Entonces dejó a un lado toda seriedad y empezó a reírse de nosotros, a ridiculizar nuestro orgullo por las hazañas bélicas, por nuestros grandes héroes, nuestras famas imperecederas, nuestros poderosos reyes, nuestras aristocracias seculares, nuestra venerable historia. Se rió sin parar hasta poner enfermo a cualquiera que lo oyese. Al final se serenó un poco y dijo:

—Pero lo cierto es que no todo es ridículo. Surge cierto patetismo cuando recordamos lo breves que son vuestros días, lo pueriles que resultan vuestras pompas y lo poco que sois.

De repente, todo aquello desapareció de mi vista y supe lo que significaba. Al momento nos encontrábamos caminando en nuestra aldea; y hacia el río divisé las parpadeantes luces de *El ciervo de oro*. Luego, en la oscuridad, oí un grito de júbilo:

—¡Ha vuelto!

Era Seppi Wohlmeyer. Había sentido cómo le hervía la sangre y se le elevaba la

moral de una forma que sólo podía significar una cosa, por lo que supo que Satán estaba cerca, a pesar de que la oscuridad no permitía verlo. Se acercó a nosotros y continuamos caminando juntos, mientras brotaba de Seppi la alegría como el agua. Parecía el amante que recupera a la amada perdida. Seppi era un chico sagaz y animado, expresivo y entusiasta, que contrastaba con Nikolaus y conmigo. No paraba de hablar del último nuevo misterio: la desaparición de Hans Oppert, el gandul del pueblo. Dijo que la gente empezaba a sentir curiosidad. No habló de preocupación, sino de curiosidad, y eso ya resultaba indicativo. Hacía dos días que nadie había visto a Hans.

—No desde que hizo esa cosa tan bestial, ya sabéis —dijo.

—¿Qué cosa bestial? —era Satán quien preguntaba.

—Pues siempre está apaleando a su perro, que es un buen perro y su único amigo; que le es fiel, lo quiere y no le hace daño a nadie. Hace dos días estaba en plena faena, sin motivo, por puro placer, y el perro aullaba y suplicaba; Theodor y yo le suplicamos también, pero nos amenazó, volvió a golpear al perro con todas sus fuerzas, le sacó un ojo y luego nos dijo: «¡Hala! Espero que estéis satisfechos. Eso es lo que le habéis conseguido por meteros donde no os llaman». Y se rió, el muy bestia.

La voz de Seppi tembló de pena y de ira. Imaginé lo que iba a decir Satán, y lo dijo.

—Otra vez esa palabra mal usada, esa lamentable calumnia. Las bestias no se comportan así, sólo el hombre.

—Bueno, pues fue inhumano.

—No, no lo fue, Seppi. Fue humano, claramente humano. No resulta agradable oírte calumniar a los animales atribuyéndoles características de las que están libres y que sólo se encuentran en el corazón del hombre. Ningún animal está contaminado por esa enfermedad llamada sentido moral. Purifica tu lenguaje, Seppi; libéralo de esas expresiones mentirosas.

Habló con bastante severidad —tratándose de él— y yo lamenté no haber advertido a Seppi para que tuviera más cuidado con la palabra usada. Sabía cómo se estaba sintiendo: jamás querría ofender a Satán, antes preferiría ofender a todos sus parientes. Se produjo un silencio incómodo, pero pronto llegó el alivio, porque apareció aquel pobre perro, con el ojo colgando, y se fue derecho hacia Satán. Empezó a gemir y a quejarse, con voz quebrada, y Satán le respondía de la misma forma; quedaba claro que ambos hablaban en el lenguaje del perro. Nos sentamos sobre la hierba, a la luz de la luna, porque el cielo se iba despejando; Satán apoyó la cabeza del perro en su regazo y le colocó el ojo en su sitio; y el perro parecía tranquilo, meneaba la cola y lamía la mano de Satán; se notaba que estaba satisfecho, y eso fue lo que dijo. Yo sabía que lo estaba diciendo, aunque no podía entender las palabras. Los dos siguieron charlando un rato y luego Satán dijo:

—Dice que su amo estaba ebrio.

—Lo estaba, sí —contestamos nosotros.

—Y que una hora más tarde se cayó por el precipicio que hay detrás de la zona de pastoreo.

—Sabemos dónde está. Queda a tres millas de aquí.

—Y el perro ha ido muchas veces a la aldea, rogándole a la gente que se acercara hasta allí, sin embargo todos lo ahuyentaban y nadie le hizo caso.

Recordábamos haberlo visto, pero no entendíamos lo que quería.

—Sólo buscaba ayuda para el hombre que había abusado de él; y como no pensaba más que en eso, no ha comido nada, ni siquiera ha buscado alimento. Dos noches ha velado junto a su amo. ¿Qué opináis de vuestra raza? ¿Está el cielo reservado para ella, lo que excluye a este perro, como os cuentan vuestros maestros? ¿Puede vuestra raza añadir algo al conjunto de moral y magnanimidad de este perro?

Habló con la criatura, que se puso a saltar, ávida y feliz, aparentemente esperando órdenes, impaciente por ejecutarlas.

—Reunid algunos hombres y seguid al perro: él os llevará junto a esa carroña. Y que os acompañe un sacerdote para que se ocupe de él, porque la muerte anda cerca.

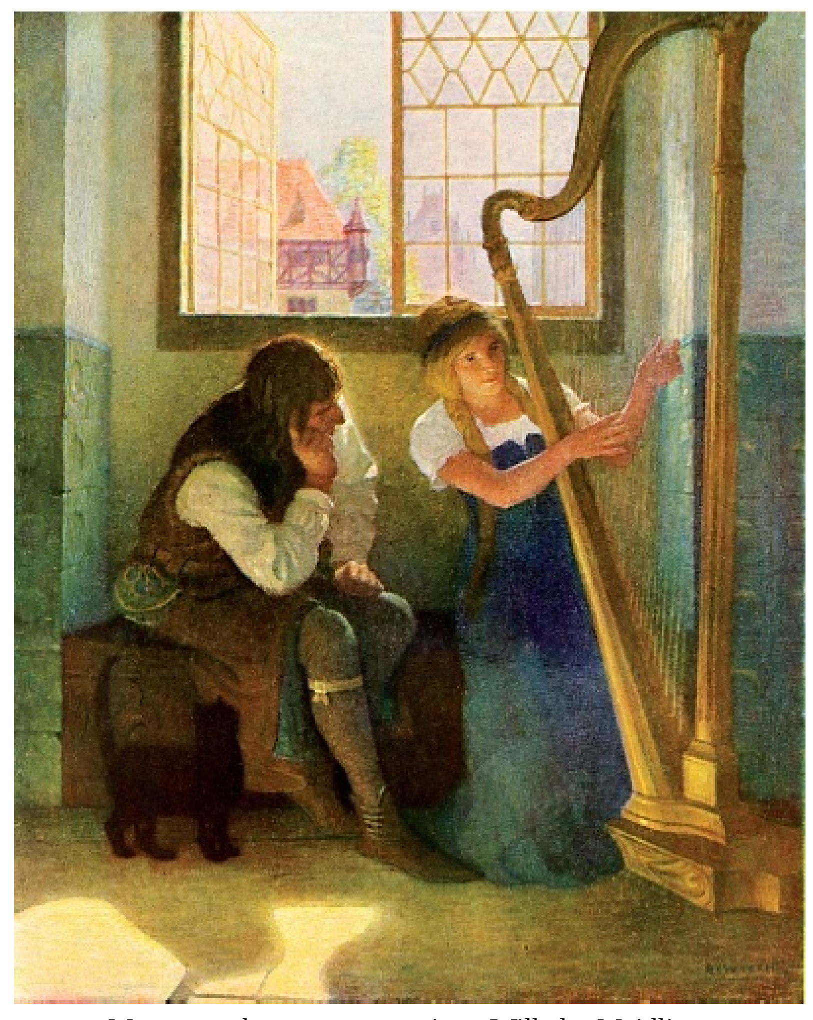
Al decir la última palabra desapareció, para decepción y pena nuestra. Avisamos a los hombres y al padre Adolf, y vimos morir al hombre. A nadie le importó, sólo al perro: lloraba apenado mientras lamía aquel rostro muerto, y resultaba imposible consolarlo. Lo enterramos donde estaba y sin ataúd, porque no tenía dinero ni más amigos que el perro. Si hubiésemos llegado una hora antes, el sacerdote habría tenido tiempo de enviar a aquella pobre criatura al cielo, pero había acabado en los fuegos del infierno, donde ardería para siempre. Qué lástima que en un mundo donde tanta gente tiene dificultades para llenar su tiempo no hubiese habido una mísera hora para aquella pobre criatura que tanto la necesitaba, y para quien habría supuesto la diferencia entre el júbilo eterno y el sufrimiento eterno. Nos daba una espantosa idea del valor de una hora, y pensé que jamás podría volver a malgastar una sin sentir miedo y remordimiento. Seppi estaba triste y afligido, y decía que debía merecer la pena ser perro y no correr un riesgo tan horrible. A aquel chucho nos lo llevamos a casa y nos quedamos con él. Seppi tuvo una buena idea mientras andábamos, que nos animó y nos hizo sentir mucho mejor. Dijo que el perro había perdonado al hombre que tan mal lo había tratado, y que tal vez Dios aceptara esa absolución.

La semana resultó muy aburrida, porque Satán no apareció, no había mucho que hacer, y no podíamos arriesgarnos a ir a ver a Marget, ya que por las noches brillaba la luna y nuestros padres podrían descubrirnos si lo intentábamos. Pero nos tropezamos con Ursula un par de veces, mientras paseaba por los prados que se extendían pasado el río para airear a la gata, y por ella supimos que todo iba bien. Vestía ropas nuevas y elegantes y tenía buen aspecto. Los cuatro groschen diarios llegaban sin falta, pero no era necesario gastarlos en comida, vino y cosas así, porque la gata se ocupaba de eso.

Marget llevaba bastante bien su abandono y su aislamiento, la verdad, y estaba contenta gracias a Wilhelm Meidling. Todas las noches pasaba una o dos horas en la

cárcel con su tío, al que había logrado engordar bastante gracias a la contribución de la gata. Pero sentía curiosidad por saber más cosas acerca de Philip Traum, y guardaba la esperanza de que yo volviera a llevarlo a su casa. Ursula también sentía curiosidad e hizo un montón de preguntas sobre su tío. Aquello hizo reír a los chicos, porque les había contado las bobadas que Satán le había estado metiendo en la cabeza. Pero no pudimos contentarla, pues teníamos las lenguas atadas.

Lo que sí hizo Ursula fue revelarnos una cosa: como ahora tenían dinero, había contratado un criado para que la ayudara en la casa y le hiciera recados. Intentó decírnoslo con naturalidad, como si nada, pero aquello la afectaba tanto y le parecía tan importante, que era incapaz de disimular su orgullo. Nos hizo gracia observar cómo disimulaba el placer que le producía tanta grandiosidad, pobrecita, pero cuando oímos el nombre del criado, dudamos de que hubiese sido prudente; porque aunque éramos jóvenes y, a veces, irreflexivos, en algunos asuntos teníamos intuición. El chico se llamaba Gottfried Narr, y era una criatura buena y algo torpe, incapaz de hacer daño y al que no se podía acusar de nada; pero estaba bajo sospecha, porque no habían pasado ni seis meses desde que una plaga social atacara a su familia: su abuela había sido quemada por bruja. Cuando una enfermedad como esa se mete en la sangre, no siempre se le puede poner remedio con una simple hoguera. Y este no era buen momento para que Ursula y Marget tratasen con un miembro de una familia en esa situación, ya que el miedo a las brujas había alcanzado, durante el año anterior, cotas tan elevadas que ni los más ancianos del pueblo recordaban cosa igual. Con sólo oír la palabra «bruja», el miedo nos hacía perder la razón. Y era natural porque en los últimos años habían aparecido más clases de brujas que nunca. En la antigüedad sólo lo eran las viejas, pero ahora las había de todas las edades, incluso niñas de ocho y nueve años; la cosa llegaba al extremo de que cualquiera podía acabar emparentado con el demonio: la edad y el sexo no tenían nada que ver. En nuestra pequeña región habíamos intentado erradicar a las brujas, pero cuantas más quemábamos, más aparecían para ocupar su lugar.



Marget estaba contenta gracias a Wilhelm Meidling.

En una ocasión, en un colegio para niñas a sólo diez millas del pueblo, las maestras descubrieron que la espalda de una de las alumnas estaba roja e inflamada, por lo que se asustaron mucho, creyendo que eran las marcas del diablo. La niña tenía miedo y les rogó que no la denunciaran, alegando que sólo eran picaduras de pulgas; pero claro, la cosa no podía quedar ahí. Examinaron a todas las niñas y, de un total de cincuenta, once estaban terriblemente marcadas; el resto, en menor medida. Se designó una comisión, pero las once sólo sabían llorar llamando a sus mamás y no confesaron. Luego las encerraron de una en una en la oscuridad y las dejaron a pan negro y agua durante diez días con sus noches. Para entonces estaban demacradas y medio locas: tenían los ojos secos y ya no lloraban más, se limitaban a quedarse sentadas, mascullando y sin querer comer. Entonces una de ellas confesó y contó que habían surcado el aire a menudo en sus escobas para acudir al aquelarre y que, en un lugar desolado en lo alto de las montañas, habían bailado, bebido y juergueado con varios cientos de brujas más y con el Maligno, y que todas se habían comportado de manera escandalosa, vilipendiando a los sacerdotes y blasfemando contra Dios. Eso fue lo que dijo, aunque no en forma narrativa, porque no era capaz de evocar ninguno de los detalles si antes no se los recordaba uno tras otro; de eso se ocupó la comisión, porque sus miembros sabían qué preguntas debían hacer, gracias a que se habían

redactado doscientos años antes para el uso de los cazadores de brujas. Preguntaban: «¿Hiciste esto y lo otro?», y ella siempre decía que sí y parecía cansada, agotada, sin interés. Y cuando las otras diez supieron que aquella había confesado, confesaron también y respondieron afirmativamente a las preguntas. Las quemaron a todas juntas en la hoguera, que era lo justo y lo correcto, y acudieron para verlo gentes de toda la región. Yo también fui, pero cuando advertí que una de ellas era una niña preciosa y encantadora con la que yo solía jugar, me dio una pena enorme verla allí, encadenada a la hoguera, con su madre llorando mientras la cubría a besos, colgada de su cuello, y decía: «¡Dios mío! ¡Dios mío!». Todo aquello me pareció tan espantoso que me marché.

Cuando quemaron a la abuela de Gottfried hacía un frío terrible. Se la acusó de haber curado graves dolores de cabeza masajeando el cuello y la cabeza del enfermo con sus dedos —como dijo ella—, aunque en realidad lo había hecho con la ayuda del demonio, como todo el mundo sabía. Iban a interrogarla, pero ella los detuvo y confesó directamente que su poder procedía del diablo. Así que decidieron quemarla en la plaza del mercado a la mañana siguiente, temprano. Primero llegó el encargado de hacer la hoguera, y la hizo. Luego llegó ella, acompañada de los guardias, que la dejaron allí para irse a buscar a otra bruja. Su familia no la acompañó. Si la muchedumbre se dejaba llevar, podrían acabar siendo insultados o incluso apedreados. Yo fui y le di una manzana. Estaba en cuclillas junto a la hoguera, calentándose mientras esperaba, y tenía los labios y las manos azules de frío. A continuación llegó un desconocido. Era un viajero que estaba de paso. Le habló con ternura y, al ver que nadie podía oírlo, sólo yo, le dijo que lo sentía por ella. Le preguntó si era cierto lo que había confesado, y ella le dijo que no. Él pareció sorprenderse y apenarse todavía más, y le preguntó:

—Entonces, ¿por qué confesaste?

—Soy vieja y muy pobre —contestó— y vivo de mi trabajo. No podía hacer otra cosa que confesar. Si no, podrían haberme soltado. Y eso acabaría conmigo, porque nadie iba a olvidar que había sido sospechosa de brujería, me quedaría sin trabajo y, fuera a donde fuese, azuzarían a los perros contra mí. En poco tiempo moriría de hambre. El fuego es mejor; todo acaba antes. Habéis sido buenos conmigo, los dos, y os lo agradezco.

Se arrimó aún más al fuego y extendió las manos para calentarlas, mientras los copos de nieve descendían, en silencio, suavemente, sobre su cabello gris, hasta dejarlo completamente blanco. La gente empezaba a llegar; alguien tiró un huevo que le dio en el ojo, se rompió y su contenido le embadurnó el rostro. Se rieron.

Yo le había contado a Satán lo de las once niñas y la anciana, pero ni se inmutó. Sólo dijo que era cosa de la raza humana y que lo que la raza humana hacía era irrelevante. Afirmó haber contemplado su creación; y que no estaba hecha de arcilla, sino de barro, o al menos una parte. Entendí a qué se refería: al sentido moral. Vio el pensamiento en mi mente, le hizo gracia y se rió. Después llamó a un buey que estaba

pastando, lo acarició, habló con él, y luego dijo:

—Mira, éste jamás haría enloquecer de hambre, miedo y soledad a unas niñas para luego quemarlas por confesar cosas inventadas y que nunca han ocurrido. Tampoco rompería los corazones de las ancianas pobres e inocentes, obligándolas a no confiar en su propia raza; ni las insultaría mientras agonizan. Porque no ha sido mancillado con el sentido moral, sino que es como los ángeles: no conoce el mal y nunca lo hace.

Por muy encantador que resultara, Satán podía ser cruelmente insultante cuando quería; y siempre quería cuando se trataba de la raza humana. La miraba por encima del hombro y jamás decía una palabra amable sobre ella.

Pero, como iba diciendo, a los chicos no nos parecía buen momento para que Ursula contratase a un miembro de la familia Narr. Y teníamos razón. Cuando la gente se enteró, naturalmente, se sintió indignada. Además, si Marget y Ursula no tenían comida ni para ellas, ¿de dónde salía el dinero necesario para alimentar una boca más? Eso quería saber todo el mundo. Y para enterarse, pasaron de evitar a Gottfried a buscar su compañía y mantener agradables conversaciones con él. Estaba encantado —no pensaba mal, no veía la trampa—, y hablaba inocentemente, tan discreto como una vaca.

—¡Dinero! —decía—, lo tienen a montones. Me pagan dos groschen a la semana, además de la comida y el alojamiento. Y viven de lo mejorcito que da la tierra, eso seguro; ni el propio príncipe podría mejorar su mesa.

El astrólogo se ocupó de transmitir al padre Adolf tan asombrosa afirmación el domingo por la mañana, después de misa. Éste se quedó muy afectado y dijo:

—Habrá que investigar.

Dijo que en el fondo de todo aquello podría haber brujería y aconsejó a los aldeanos que reanudaran el trato con Marget y Ursula de una forma reservada y discreta, manteniendo los ojos muy abiertos. Les aconsejó reservar sus opiniones y no despertar sospechas en aquel hogar. Al principio, los aldeanos eran reacios a entrar en un sitio tan aterrador, pero el sacerdote dijo que estarían bajo su protección mientras se hallasen allí y no sufrirían daño alguno, sobre todo si llevaban consigo unas gotas de agua bendita y tenían a mano los rosarios y las cruces. Aquello los satisfizo y aceptaron ir: la envidia y el rencor lograron que los más despreciables aún tuvieran más ganas de visitarlas.

Y así la pobre Marget volvió a tener compañía, por lo que se sentía más que feliz. Era como casi todo el mundo: humana; se alegraba cuando las cosas le iban bien y no se mostraba reacia a presumir un poco. Y se sentía humanamente agradecida porque el pueblo y sus amigos la trataban con cariño y le sonreían. Y es que de todas las dificultades, el desdén de los vecinos y la soledad del desprecio pueden ser las más difíciles.

Habían bajado la barrera y ya podíamos ir, cosa que hicimos —con nuestros padres y todo— día tras día. La gata hacía grandes esfuerzos. Proporcionaba lo mejor

de lo mejor a aquellas visitas, y en abundancia; incluso había algunos platos y unos cuantos vinos que no habían probado antes, y de los que no habían oído hablar, excepto indirectamente y a los criados del príncipe. Las vajillas también eran especiales.

Marget se preocupaba a veces y bombardeaba a Ursula con tantas preguntas que la hacía sentirse violenta. Pero Ursula se mantenía firme y siempre decía que era cosa de la providencia, sin hablar de la gata. Marget sabía que para la providencia no había nada imposible, pero no podía evitar las dudas respecto a que fuera ella la responsable de todo aquello; aunque no se atrevía a decirlo por miedo al desastre. Pensó en si sería cosa de brujería, pero desterró el pensamiento porque había sido antes de que Gottfried fuera a trabajar a la casa, y sabía que Ursula era pía y odiaba a las brujas. Cuando Gottfried llegó, la providencia se había consolidado en aquella casa, firmemente atrincherada, y recibía todos los agradecimientos. La gata no protestaba, al contrario, la experiencia ganada le permitía mejorar en calidad y abundancia.

En toda comunidad, grande o pequeña, siempre hay un porcentaje de personas que no son maliciosas ni desagradables por naturaleza, y que nunca hacen cosas mezquinas, a no ser que las domine el miedo, o cuando su propio interés corre grave peligro, o por algún otro motivo similar. Eseldorf contaba con su porcentaje de esa clase de gente y, en condiciones normales, se percibía su influencia benéfica y amable; pero no corrían tiempos normales —debido al pavor a las brujas—, por lo que no parecían quedarnos almas nobles y compasivas, por así decirlo. Todo el mundo vivía asustado por el inexplicable estado de cosas en casa de Marget, y nadie dudaba de que hubiera brujería detrás de todo aquello, por lo que el miedo anulaba su capacidad de razonar. Naturalmente, algunos se compadecían de Marget y de Ursula por el peligro que se cernía sobre ellas pero, también naturalmente, no lo decían; no habría resultado seguro. Así que los demás encontraron el camino libre, y nadie aconsejó a la joven ignorante y a la necia anciana, ni les advirtió que modificaran sus actividades. Nosotros, los chicos, queríamos avisarlas, pero dimos marcha atrás cuando llegó el momento, porque teníamos miedo. Descubrimos que no éramos lo bastante hombres, ni suficientemente valientes, para llevar a cabo una acción generosa si existía la posibilidad de que nos causara algún problema. Ninguno de nosotros confesó esa falta de carácter a los demás, sino que hicimos lo que hubiera hecho cualquiera: dejamos el asunto y hablamos de otra cosa. Yo sabía que nos sentíamos mal al comer y beber los manjares de Marget, rodeados de espías, y al alabarla y felicitarla junto con los demás, siendo testigos —con remordimiento— de lo imprudentemente feliz que era, sin decir ni una sola palabra que la pusiera en guardia. Y la verdad es que era feliz, se sentía orgullosa como una princesa y muy agradecida por volver a tener amigos. Pero aquellas gentes se pasaban el día vigilándola y contándole al padre Adolf todo lo que veían.

Sin embargo, éste no era capaz de verle ni pies ni cabeza a la situación. Tenía que

haber un mago en aquella casa pero ¿quién? A Marget no se la veía hacer manipulación alguna, ni a Ursula, y tampoco a Gottfried; y aun así los vinos y las exquisiteces no se acababan nunca, y no había invitado que pidiera alguna cosa y se quedara sin ella. Conseguir todo aquello era bastante normal entre las brujas y los magos —eso no era nada nuevo—, pero hacerlo sin encantamientos, o sin ruidos sordos, terremotos, relámpagos o apariciones, eso sí que era nuevo y completamente irregular. En los libros no venía nada parecido. Los hechizos siempre tenían algo de irreal. En un ambiente sin hechizar, el oro se tornaba polvo y los alimentos se consumían hasta desvanecerse. Pero esa prueba fallaba en este caso. Los espías le llevaban muestras; el padre Adolf rezaba ante ellas, las exorcizaba, pero de nada servía: seguían siendo reales y auténticas, sólo sucumbían a la putrefacción natural y en el plazo de tiempo acostumbrado.

El padre Adolf no sólo se sentía perplejo, también estaba indignado, ya que todas aquellas pruebas lo tenían casi convencido —en privado— de que en aquel asunto no había brujería. No estaba completamente convencido porque podría tratarse de un nuevo tipo de brujería. Había una forma de averiguarlo: si tan pródiga abundancia de alimentos no llegaba del exterior, sino que se generaba en la casa, sin duda era cosa de brujas.

CAPÍTULO VII

MARGET ANUNCIÓ LA CELEBRACIÓN de una fiesta e invitó a cuarenta personas, que citó para siete días más tarde. Aquella era una buena oportunidad. La casa de Marget se encontraba aislada y se la podía vigilar fácilmente. La vigilaron noche y día durante toda la semana. Los miembros de aquel hogar entraban y salían como siempre, pero no llevaban nada en las manos y ni ellos ni otros introdujeron nada en la casa. Eso se comprobó. Desde luego, no llevaron víveres para cuarenta personas. Y en caso de proporcionárseles algún alimento, tendría que haber sido elaborado en el interior. Cierto era que Marget salía todas las noches con una cesta, pero los espías aseguraban que siempre volvía con ella vacía.

Los invitados llegaron a mediodía y llenaron la estancia. Luego llegó el padre Adolf; y después de un rato, el astrólogo, que no había sido invitado. Los espías le habían dicho que a aquella casa no había entrado paquete alguno, ni por la puerta principal ni por la de atrás. Al pasar, comprobó que todos comían y bebían encantados, que el ambiente era alegre y divertido. Miró a su alrededor y constató que muchas de las exquisiteces cocinadas y todas las frutas, tanto las autóctonas como las de otras zonas, eran de naturaleza perecedera; y dio fe de su frescura y de que se hallaban en perfecto estado. Sin apariciones, sin encantamientos, sin relámpagos. Estaba decidido. Era brujería. Y no sólo eso, sino que era de una nueva clase: de una clase con la que ni siquiera habían soñado jamás. Se trataba de un poder portentoso, de un poder ilustre; y decidió descubrir su secreto. Su declaración resonaría en todo el mundo, penetraría hasta las tierras más remotas, el asombro paralizaría a todas las naciones, arrastraría con él su nombre y le proporcionaría celebridad perpetua. Se trataba de un golpe de suerte maravilloso, de un golpe de suerte magnífico. Sólo con pensar en la gloria de todo aquello le daban mareos.

Los que estaban en la casa le hicieron sitio. Marget, educadamente, le indicó dónde sentarse. Ursula ordenó a Gottfried que llevase una mesa especial para él. Luego ella misma la engalanó y le preguntó qué quería tomar.

—Tráeme lo que quieras —dijo él.

Los dos sirvientes sacaron provisiones de la despensa, junto con vino tinto y blanco: una botella de cada. El astrólogo, quien probablemente no había visto semejantes exquisiteces en su vida, se sirvió una copa de vino tinto, la bebió de un trago, se sirvió otra y se puso a comer con gran apetito.

Yo no esperaba ver a Satán, porque hacía más de una semana que no sabía nada de él, pero apareció en ese momento: lo supe por la sensación, aunque había gente por el medio y no podía verlo. Le oí pedir disculpas por importunar, y decir que se marchaba, pero Marget le rogó que se quedase; él dio las gracias y se quedó. Ella lo acompañó y le fue presentando a las jóvenes, a Meidling, y a algunos de los mayores; y entonces empezaron a oírse murmullos: «Es el joven forastero del que tanto hemos

oído hablar». «Vaya, vaya, sí que es guapo, ¿cómo se llama?». «Philip Traum». «¡Pues le queda bien!» (Verán, es que *Traum* significa «sueño» en alemán). «¿A qué se dedica?». «Dicen que se prepara para el sacerdocio». «Su rostro será su fortuna: algún día llegará a cardenal». «¿Dónde vive?». «Dicen que lejos, en algún lugar de los trópicos. Parece que allí tiene un tío rico». Etcétera. Enseguida se convirtió en el centro de todas las atenciones: todo el mundo quería conocerlo y hablar con él. Todos se dieron cuenta de que, súbitamente, allí se estaba muy bien, hacía fresco; y les sorprendió, porque afuera el sol calentaba igual que antes y en el cielo no había ni una sola nube, pero por descontado nadie sospechó el motivo.

El astrólogo había bebido su segunda copa, por lo que se sirvió la tercera. Al posar la botella la volcó por accidente. La levantó antes de que se derramara mucho vino y la sostuvo a la luz, diciendo:

—¡Qué pena! Es un vino digno de reyes.

Y se le iluminó el rostro con el júbilo del triunfo, o algo así, y pidió:

—¡Rápido! Tráeme un barreño.

Y se lo llevaron: uno de cinco litros. Tomó la botella de un litro y empezó a vaciarla en él; siguió decantándola, el líquido rojo borboteaba y manaba sobre el blanco barreño, mientras su nivel seguía subiendo y la gente miraba asombrada y contenía la respiración; hasta que el vino alcanzó el borde del barreño.

—Mirad la botella —dijo, mientras la sostenía en alto—: ¡Sigue llena!

Miré a Satán y, en ese momento, se desvaneció. Entonces el padre Adolf se puso en pie, sonrojado y nervioso, se santiguó y empezó a vociferar:

—¡Esta casa está embrujada y maldita!

La gente se puso a gritar y a chillar, mientras se apiñaba en la puerta.


El astrólogo vació todo el contenido del barreño en la botella.

—¡Convoco a sus habitantes, descubiertos, a…!

Se interrumpió de golpe. Se puso rojo, y luego morado, pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra más. Luego vi que Satán —una fina nube transparente— se disolvía en el cuerpo del astrólogo. A continuación el astrólogo levantó la mano y, con lo que parecía su propia voz, dijo:

—Alto, quedaos donde estáis. —Todos obedecieron— ¡Tráeme un embudo!

Ursula se lo llevó, temblorosa y asustada. Él lo introdujo en la botella, levantó el gran barreño y empezó a devolver el vino al recipiente del que había salido. La gente observaba atónita, porque sabía que la botella aún estaba llena. Vació todo el contenido del barreño en la botella, luego sonrió a los presentes, rió entre dientes y dijo, con indiferencia:

—Esto no es nada. Lo puede hacer cualquiera. Con mis poderes, yo puedo hacer muchas más cosas.

Se oyó un grito asustado: «¡Santo Dios! ¡Está poseído!», y todo el mundo se precipitó hacia la puerta, por lo que la casa pronto quedó vacía de todos los que no vivían en ella, a excepción de nosotros —los chicos— y Meidling. Los chicos conocíamos el secreto y lo habríamos contado de haber podido, pero no podíamos. Estábamos muy agradecidos a Satán por habernos proporcionado su ayuda cuando

tanto la necesitábamos.

Marget estaba pálida y lloraba; Meidling parecía petrificado; Ursula, lo mismo; pero Gottfried era el peor: no podía ni tenerse en pie, tal era el grado de su miedo. Porque procedía de una familia de brujas, claro, y para él sería terrible convertirse en sospechoso. Agnes entró haraganeando, al margen de todo, y quiso frotarse contra Ursula, buscando sus caricias; pero Ursula tuvo miedo y retrocedió ante ella, aunque haciendo ver que no buscaba despreciarla, porque sabía muy bien que crear tensiones con una gata como aquella sólo la perjudicaría. Sin embargo, los chicos cogimos a Agnes y le dimos mimos, porque Satán no habría sido su amigo si no tuviera una buena opinión de ella, y a nosotros eso nos bastaba. Parecía confiar en cualquier cosa que no tuviera sentido moral.

En el exterior, los invitados, aterrorizados, salieron corriendo en todas direcciones; y formaron semejante tumulto con sus carreras, sus sollozos, sus quejas y sus gritos, que pronto todos los habitantes de la aldea habían salido de sus casas para ver lo ocurrido, se aglomeraban en la calle y se abrían paso a empujones, dejándose llevar por los nervios y el miedo. Entonces el padre Adolf hizo acto de presencia, y se separaron en dos, como el mar Rojo, y por el pasillo que dejaban libre iba pasando el astrólogo, a grandes zancadas, mascullando, y por donde pasaba, el camino se llenaba de gente silenciosa en su asombro, los ojos fijos, casi sin poder respirar, y varias mujeres se desmayaron; y al alejarse él, la multitud se apiñaba y lo seguía a distancia, hablando nerviosamente y haciendo preguntas para averiguar la verdad. Averiguar la verdad y contársela a los demás mejorándola: y esas mejoras pronto hicieron que el barreño fuese un barril, cuyo contenido cabía en una única botella que, aún después de recibirlo, permanecería vacía.

Cuando el astrólogo llegó a la plaza del mercado, se acercó a un malabarista —fabulosamente vestido— que mantenía en el aire tres pelotas de latón, se las arrebató, miró a la multitud que se acercaba, y dijo:

—Este pobre payaso ignora su arte. Acercaos y veréis como lo domina un experto.

Y así diciendo, lanzó las pelotas una detrás de otra y las hizo girar en el aire, creando un óvalo ligero y brillante; y luego fue añadiendo una, y otra, y otra más y al poco —sin que nadie viera de dónde las sacaba—, con tanto añadir, añadir y añadir, con el óvalo cada vez más grande, sus manos se movían a tal velocidad que no eran más que una maraña borrosa, y no se distinguían; y los que pudieron contar, dijeron que había ochocientas pelotas en el aire. El enorme óvalo en movimiento se elevó seis metros en el aire y se convirtió en una visión reluciente, destellante, maravillosa. Luego cruzó los brazos y ordenó a las pelotas que continuasen girando sin su ayuda: y lo hicieron. Al cabo de un par de minutos, dijo «basta, es suficiente» y el óvalo se rompió y se deshizo, mientras las pelotas se dispersaban y rodaban por todas partes. Y cuando una de ellas se acercaba, la gente se apartaba con miedo, y nadie quería tocarla. Eso lo hizo reír, se burló de la multitud y los llamó cobardes y viejas.

Entonces se dio la vuelta, vio al funambulista y dijo que aquellos necios malgastaban su dinero todos los días para ver a un torpe e ignorante bellaco degradar aquel arte tan hermoso; que ahora iban a presenciar la obra del maestro. Y sin más, dio un salto en el aire y aterrizó de pie sobre la cuerda. Se puso a saltar recorriéndola de un extremo al otro sobre un solo pie, tapándose los ojos con las manos y, por si fuera poco, empezó a hacer saltos mortales —hacia delante y hacia atrás—, sumando un total de veintisiete.

La gente murmuraba, porque el astrólogo era mayor y sus movimientos siempre resultaban vacilantes, incluso a veces cojeaba, pero ahora se le veía ágil, y continuó con sus payasadas derrochando energía. Por último, se dejó caer al suelo con un ligero salto, salió andando, continuó camino arriba, tomó la curva y desapareció. Y aquella enorme, pálida, silenciosa y compacta multitud suspiró y sus miembros empezaron a mirarse a la cara unos a otros, como diciendo: «¿Ha pasado de verdad? ¿Lo viste tú también o sólo lo he soñado?». Luego empezaron a cuchichear y se fueron separando por parejas, caminando hacia sus casas, sin dejar de charlar estremecidos, con los rostros muy juntos, la mano del uno sobre el brazo del otro, y haciendo esos gestos que suele hacer la gente cuando algo le ha causado honda impresión.

Nosotros, los chicos, seguimos a nuestros padres, escuchando, intentando oír la mayor parte de lo que decían; y cuando se sentaron en nuestra casa para seguir charlando, aún los acompañábamos. Estaban tristes, porque sin duda —decían ellos— el desastre sobrevendría a la aldea después de aquel horrible azote de brujas y demonios. Mi padre recordó que el padre Adolf se había quedado mudo en el momento de la condena.

—Nunca antes se habían atrevido a ponerle la mano encima a un siervo ungido del Señor —dijo—; y no logro entender cómo han conseguido hacerlo esta vez, porque llevaba encima el crucifijo, ¿no?

—Sí —dijeron los otros—, nosotros lo vimos.

—Esto es grave, amigos, es muy grave. Siempre contábamos con una protección, pero ahora ha fallado.

Los otros asintieron con la cabeza, mientras se estremecían y murmuraban «ha fallado», «Dios nos ha abandonado».

—Es cierto —dijo el padre de Seppi Wohlmeyer—, no podemos pedir ayuda en ningún sitio.

—La gente se dará cuenta —afirmó el padre de Nikolaus, el juez— y la desesperación anulará su valor y sus energías. Nos ha tocado vivir tiempos muy malos.

Suspiró y Wohlmeyer añadió con voz preocupada:

—Esta historia se extenderá por todo el país, y la gente evitará nuestra aldea por ser del desagrado de Dios. *El ciervo de oro* pasará apuros.

—Eso es cierto, vecino —dijo mi padre—, todos sufriremos. Afectará a la

reputación de algunos, y al bolsillo de la mayoría. Y… ¡Santo cielo!…

—¿Qué pasa?

—Eso no haría más que rematarnos.

—Dínoslo… *¡Um Gottes Willen!*

—¡El interdicto!

Aquello los golpeó como un trueno y parecieron a punto de desmayarse de pavor. Luego el miedo a semejante calamidad les hizo recuperar el ánimo, dejaron de darle vueltas al asunto y empezaron a buscar maneras de impedirlo. Hablaron de esto, de aquello y de lo de más allá, y hablaron hasta que la tarde casi se había convertido en noche, y confesaron que, de momento, no conseguían tomar ninguna decisión. Así que se separaron apenados, con los corazones atormentados y llenos de presentimientos.

Mientras se despedían, me escabullí y puse rumbo hacia la casa de Marget, para ver qué estaba pasando allí. Por el camino vi a mucha gente, pero nadie me saludó. Eso podría parecer sorprendente, pero no lo era, porque estaban tan consternados por el miedo y el terror que no se hallaban en su sano juicio, o eso creo; blancos y demacrados, caminaban como los protagonistas de un sueño: con los ojos abiertos pero sin ver, los labios moviéndose pero sin emitir sonido alguno, y retorciéndose las manos de preocupación, sin darse cuenta.

En casa de Marget parecía que se celebraba un funeral. Wilhelm y ella permanecían sentados juntos, pero no decían nada, ni siquiera se daban la mano. Ambos rezumaban tristeza, y Marget tenía los ojos rojos de tanto llorar. Dijo:

—Le he estado pidiendo que se vaya, que no vuelva más y que se salve. No soportaría ser su asesina. Esta casa está hechizada y ninguno de sus habitantes se librará de la hoguera. Pero no quiere irse y se perderá con nosotros.

Wilhelm dijo que no se iría; que si ella corría peligro, él debía estar a su lado. Entonces ella empezó a llorar de nuevo y todo resultaba tan lúgubre que deseé no haber ido hasta allí. En ese momento llamaron a la puerta y entró Satán, sencillo, jovial, hermoso, y trajo con él ese ambiente de triunfo que todo lo cambió. No dijo ni una palabra acerca de lo que había ocurrido, ni de las horribles lágrimas que congelaban la sangre en los corazones de toda la comunidad, sino que empezó a charlar y parlotear sobre toda clase de cosas alegres y agradables; y luego de música: un golpe artero que despejó los restos de la depresión de Marget y le devolvió el ánimo y el interés. Nunca había oído a nadie hablar tan bien y con tantos conocimientos sobre el tema, y eso la alentó tanto y se sintió tan encantada que se le notaba en el rostro y también en sus palabras; y Wilhelm se dio cuenta y no le hizo tanta gracia como debería haberle hecho. Después Satán se desvió a la poesía y recitó un poco; lo hizo bien y Marget se mostró de nuevo encantada; y de nuevo a Wilhelm no le hizo tanta gracia como debería haberle hecho, y esta vez Marget se dio cuenta y sintió remordimientos.

Aquella noche me quedé dormido con una agradable música de fondo: el golpeteo

de la lluvia en la ventana y el ruido apagado de los truenos en la lejanía. Ya entrada la noche llegó Satán, me despertó y me dijo:

—Ven conmigo.

—¿Adónde iremos?

—Adonde sea, decídelo tú.

Entonces el sol resplandeció con fuerza y me dijo:

—Esto es China.

Aquello fue toda una sorpresa y me sentí ebrio de vanidad y regocijo al pensar que yo había llegado tan lejos, mucho más lejos que cualquiera de los habitantes de nuestra aldea, incluido Bartel Sperling, que tan orgulloso estaba de sus viajes. Sobrevolamos aquel imperio durante más de media hora y lo vimos entero. Impresionaba la cantidad de espectáculos que contemplamos; y algunos eran hermosos, otros demasiado horribles para pensarlo. Por ejemplo… aunque será mejor que eso lo explique más adelante, y también por qué Satán eligió China para aquella excursión, en vez de cualquier otro lugar; si lo hago ahora interrumpiría mi relato. Al final dejamos el revoloteo y paramos a descansar.

Nos sentamos sobre una montaña que dominaba un vasto paisaje de cordilleras, desfiladeros, valles, llanuras y ríos, con ciudades y aldeas que dormitaban bajo la luz del sol y un atisbo de mar azul en el extremo más alejado. Se trataba de una imagen sosegada, de ensueño, hermosa para la vista y reposada para el alma. Si pudiésemos realizar un cambio como ese cuando quisiéramos, sería más fácil vivir en el mundo, porque un cambio de escenario nos permite afrontar de otro modo las preocupaciones, y aparta las viejas y trilladas fatigas, tanto de la mente como del cuerpo.

Estuvimos charlando y a mí se me ocurrió intentar reformar a Satán y convencerlo para que llevara una vida mejor. Le hablé de todas esas cosas que había estado haciendo, y le rogué que fuera más considerado y que dejara de hacer infeliz a la gente. Le dije que sabía que no tenía intención de hacer daño, pero que debería pararse a pensar en las posibles consecuencias de sus actos antes de realizarlos con ese estilo tan impulsivo y al azar que lo caracterizaba; así no crearía tantos problemas. No le pareció mal que le hablara tan claro: se le veía divertido y sorprendido, y dijo:

—¿Cómo? ¿Que hago las cosas al azar? Pero si nunca lo hago. ¿Que me pare a pensar en las posibles consecuencias? ¿Y qué necesidad hay? Yo ya sé cuáles van a ser las consecuencias… siempre.

—Satán, entonces, ¿cómo has podido hacer esas cosas?

—Te lo diré, y a ver si puedes entenderlo. Perteneces a una raza singular. Cada hombre es una combinación de máquina del sufrimiento y máquina de la felicidad. Ambas funciones trabajan juntas en armonía, con exquisita y delicada precisión, según el principio del toma y daca. Por cada felicidad producida en el departamento correspondiente, el otro se prepara para modificarla con una pena o un dolor: o por

una docena. En la mayoría de los casos la vida del hombre se halla dividida, a partes iguales, entre la felicidad y la desdicha. Cuando no es así, la desdicha siempre predomina; nunca ocurre al revés. A veces el carácter y la naturaleza de un hombre son tales que su máquina de la infelicidad es capaz de ocuparse de casi todo. Un hombre así prácticamente se pasa la vida ignorante de lo que es la felicidad. Todo lo que toca, todo lo que hace le acarrea la desgracia. ¿Has visto gente así? Para esas personas la vida no es una ventaja, ¿no te parece? Sólo es un desastre. A veces, por una hora de felicidad, la maquinaria de un hombre le hace pagar con años de amargura. ¿No lo sabías? Ocurre de vez en cuando. Luego te daré uno o dos ejemplos. La gente de tu aldea no significa nada para mí; eso lo sabes, ¿verdad?

No quise parecer demasiado rotundo, por lo que contesté que lo sospechaba.

—Pues es cierto, no significan nada para mí. Porque es imposible. La diferencia entre ellos y yo es abismal, inconmensurable. Carecen de intelecto.

—¿Carecen de intelecto?

—Ni nada que se le parezca. En otro momento examinaré lo que el hombre llama su mente y te explicaré los detalles de dicho caos, entonces verás y comprenderás. Los hombres no tienen nada en común conmigo, no existe un punto de contacto; tienen sentimientos ridículos y ridículas vanidades, impertinencias y ambiciones; su ridícula e insignificante vida no es más que una risa, un suspiro y la extinción; y no tienen sentido. Sólo el sentido moral. Te mostraré lo que quiero decir. Aquí hay una araña roja que no es más grande que la cabeza de un alfiler. ¿Te imaginas a un elefante interesándose por ella? ¿Preocupado por si es feliz o no? ¿O si es rica o pobre, o si su amor es correspondido, o si su madre está sana o enferma, o si es admitida en sociedad, si sus enemigos acabarán con ella o sus amigos la traicionarán, si sus esperanzas se verán truncadas o fracasarán sus ambiciones políticas, si morirá en el seno de su familia o abandonada y despreciada en tierra extraña? Esas cosas jamás le importarán al elefante: para él no son nada; es incapaz de reducir su apoyo al tamaño microscópico necesario. Para mí el hombre es como la araña roja al elefante. El elefante no tiene nada en contra de la araña: no puede descender a niveles tan remotos. Yo no tengo nada en contra del hombre. El elefante es indiferente; yo soy indiferente. El elefante ni se molestaría en gastarle una mala jugada a la araña: si supiera lo que es, le haría un favor, siempre y cuando no le costara nada, ningún esfuerzo. Yo he hecho favores a los hombres, pero no les he jugado malas pasadas.

»El elefante vive un siglo, la araña roja un día; en poder, intelecto y dignidad, la distancia que separa a ambas criaturas es sencillamente astronómica. Y aún así, en estas cualidades —como en todas—, el hombre es muchísimo más inferior a mí que la arañita al elefante.

»La mente del hombre —torpe, lenta y trabajosamente— va relacionando pequeñas nimiedades y obtiene un resultado… cuando lo obtiene. ¡Mi mente crea! ¿Comprendes lo que es eso? Crea cualquier cosa que desee, y en un momento. Crea sin materia. Crea fluidos, sólidos, colores —cualquier cosa, todo—, de la nada etérea

que se llama pensamiento. El hombre imagina un hilo de seda, imagina una máquina para hacerlo, imagina una imagen y luego, invirtiendo semanas de trabajo, la borda sobre cañamazo con el hilo. Yo pienso en el resultado final y, en un momento, lo tienes delante, creado.

»Yo pienso en un poema, en música, en las fichas de una partida de ajedrez —en lo que sea— y aparece. Esa es la mente inmortal, no hay nada fuera de su alcance. Nada puede obstruir mi visión: para mí las piedras son transparentes y la oscuridad es como el día. No necesito abrir un libro; traslado todo lo que contiene a mi mente con sólo mirarlo, a través de la tapa; y ni aunque pasara un millón de años olvidaría una sola palabra de él, ni en qué lugar del libro está cada cosa. En la cabeza del hombre, pájaro, pez, insecto, o cualquier otra criatura no ocurre nada que se me pueda ocultar. Con una simple mirada, penetro en el cerebro del erudito, y los tesoros que él tardó sesenta años en acumular son míos. Él puede olvidar, y olvida, pero yo retengo.

»Por tus pensamientos percibo que estás comprendiendo muy bien lo que digo. Sigamos. Determinadas circunstancias podrían hacer que al elefante le gustase la araña —suponiendo que consiguiera verla—, pero no podría amarla. Su amor es para los suyos, para sus iguales. El amor de un ángel es sublime, adorable, divino, sobrepasa la imaginación del hombre, va mucho más allá. Pero queda limitado a su propio y augusto orden. Si recayese sobre uno de vuestra raza un único instante, lo consumiría hasta convertirlo en cenizas. No, no podemos amar al hombre, pero podemos sentir una indiferencia inofensiva hacia él; a veces incluso puede caernos bien. Los chicos y tú me caéis bien, me gusta el padre Peter; y por vuestro bien hago todas estas cosas con los aldeanos.

Vio el sarcasmo en mi cabeza y se explicó mejor.

—He obrado el bien para los aldeanos, aunque pueda no parecerlo. Tu raza no distingue la buena suerte de la mala. Siempre las confunde. Y eso es porque no puede ver el futuro. Lo que ahora hago por los aldeanos, un día dará buenos frutos; en algunos casos, para ellos; en otros, para generaciones venideras. Nadie sabrá que yo fui la causa, pero no por eso dejará de ser verdad. Entre vosotros, los chicos, tenéis un juego que consiste en poner en pie una hilera de ladrillos, cada uno separado por unos centímetros; empujáis un ladrillo, éste derriba a su vecino, el vecino hace caer al siguiente, y así sucesivamente hasta que cae toda la hilera. Eso es la vida humana. El primer acto de un niño derriba el primer ladrillo, y el resto seguirá inexorablemente. Si pudieses ver el futuro —como puedo yo— verías todo lo que va a ocurrirle a esa criatura. Porque nada puede cambiar el orden de su vida después de que el primer acontecimiento la haya determinado. Es decir, nada la cambiará, porque cada acto indefectiblemente engendra otro acto, que a su vez engendra otro, y así hasta el final; y el profeta puede mirar hacia delante y ver el momento exacto en el que cada acto nacerá, de la cuna a la sepultura.

—¿Ordena Dios el curso de cada vida?

—¿Si lo predetermina? No. Lo determinan las circunstancias y el entorno del

hombre. Su primer acto determina el segundo y todos los que seguirán después. Pero supongamos —sólo por suponer— que el hombre se saltara uno de esos actos; uno aparentemente insignificante, por ejemplo; supongamos que se había decidido que determinado día, a cierta hora, minuto, segundo y fracción de segundo, el hombre iría al pozo, pero no va. El curso de la vida de ese hombre cambiaría por completo desde ese momento; desde entonces hasta la tumba sería totalmente distinto al curso que su primer acto de niño le había asignado. De hecho, podría ser que, si hubiese ido al pozo, acabara su vida en un trono y que, al omitirlo, el curso de su vida lo llevase a la pobreza y a la tumba del mendigo. Por ejemplo: si en cualquier momento —digamos en su niñez— Colón se hubiese saltado el eslabón más insignificante de la cadena de actos planeada e inevitable debido a su primer acto infantil, el resto de su vida habría sido diferente, y habría sido sacerdote, para morir poco conocido en un pueblo italiano, y América no habría sido descubierta hasta dos siglos más tarde. Yo lo sé. Dejar de cumplir con cualquiera de los mil millones de actos de la cadena de Colón habría cambiado su vida por completo. Yo he examinado sus mil millones de cursos posibles y sólo en uno de ellos se produce el descubrimiento de América. Vosotros no sospecháis que todos vuestros actos son igualmente importantes, pero así es: cazar una determinada mosca es tan importante para vosotros en relación con vuestro destino como cualquier otro acto determinado.

—¿Como la conquista de un continente, por ejemplo?

—Sí. Pero ningún hombre se salta un eslabón, eso nunca ha pasado. Incluso cuando intenta decidir si hacer una cosa o no, eso en sí ya es un eslabón, un acto, y ocupa un lugar concreto de la cadena; y cuando por fin decide un acto, eso también es lo que tenía que hacer sin falta. Entenderás ahora que un hombre nunca perdería un eslabón de su cadena. No puede. Aunque se concentrara en intentarlo, ese plan sería un eslabón inevitable: un pensamiento que debía ocurrírsele en ese preciso momento, y que ha sido convertido en realidad por el primer acto de su infancia.

¡Parecía tan deprimente!

—Es prisionero de por vida —dije, muy triste— y no puede liberarse.

—No, él solo no puede escapar a las consecuencias de su primer acto infantil. Pero yo sí puedo liberarlo.

Lo miré ansioso.

—He cambiado los cursos de las vidas de algunos de tus aldeanos.

Intenté darle las gracias, pero me resultó difícil y lo dejé estar.

—Haré algunos cambios más. ¿Conoces a la pequeña Lisa Brandt?

—Sí, todo el mundo la conoce. Mi madre dice que es tan dulce y encantadora que no hay ninguna niña como ella. Dice que la aldea entera estará orgullosa de ella cuando crezca; y que será su modelo a seguir, como ya lo es ahora.

—Yo cambiaré su futuro.

—¿Para mejor? —pregunté.

—Sí. Y cambiaré el futuro de Nikolaus.

Esta vez me alegré y dije:

—No necesito preguntar al respecto; sin duda con él serás generoso.

—Esa es mi intención.

Y enseguida me puse a construir el gran futuro de Nicky en mi imaginación, y ya lo había convertido en famoso general y *hofmeister* de la corte, cuando me di cuenta de que Satán estaba esperando a que yo le escuchara de nuevo. Me daba vergüenza haberle revelado mis mezquinas fantasías, y esperaba algún sarcasmo por su parte, pero no lo hubo. Continuó con su tema:

—La duración de la vida de Nicky es de sesenta y dos años.

—¡Qué bien! —dije.

—Y la de Lisa, treinta y seis. Pero, como te he dicho, cambiaré sus vidas y esas duraciones. Dentro de dos minutos y cuarto, Nikolaus se despertará y verá que la lluvia, empujada por el viento, entra en la habitación. Estaba decidido que se diera la vuelta y siguiera durmiendo. Pero yo he decidido que antes se levante y cierre la ventana. Esa nadería cambiará el curso de su vida para siempre. Por la mañana se levantará dos minutos después de lo que la cadena de su vida había programado. Como consecuencia de ello, a partir de ese momento nada de lo que le ocurra tendrá que ver con su vieja cadena. —Sacó su reloj y se quedó mirándolo unos minutos, luego dijo—: Nikolaus se ha levantado para cerrar la ventana. Su vida ha cambiado, ha dado comienzo su nuevo curso. Habrá consecuencias.

Aquello me espeluznó; me pareció muy raro.

—De no haber sido por este cambio, ciertas cosas habrían ocurrido dentro de doce días. Por ejemplo, Nikolaus habría salvado a Lisa de morir ahogada. Habría llegado al lugar en el momento exacto —a las diez y cuatro minutos, el instante acordado hace tanto tiempo—, la profundidad de las aguas no sería grande, por lo que el éxito habría estado asegurado. Pero ahora llegará varios segundos más tarde. Lisa, en su lucha, se habrá desplazado a aguas más profundas. Él hará lo posible, pero ambos morirán ahogados.

—¡Oh, Satán! ¡Oh, Satán mío! —grité, mientras las lágrimas se asomaban a mis ojos— ¡Sálvalos! No dejes que eso ocurra. No puedo ni pensar en perder a Nikolaus, es mi querido compañero de juegos y amigo; y piensa en la pobre madre de Lisa.

Me agarré a él mientras le rogaba e imploraba, pero no se conmovió. Me hizo sentar de nuevo y me dijo que debía escuchar hasta el final.

—He cambiado la vida de Nikolaus y eso ha cambiado la de Lisa. Si no lo hubiese hecho, Nikolaus habría salvado a Lisa, después se habría resfriado a causa de la mojadura. A eso le seguiría una de esas escarlatinas tan absurdas y devastadoras de vuestra raza, con unas secuelas terribles. Durante cuarenta y seis años yacería en su lecho como un tronco, paralítico, sordo, mudo, ciego y rezando noche y día para recibir la bendición de la muerte. ¿Quieres que le devuelva esa vida?

—¡Oh, no! ¡Por nada del mundo! Por caridad, por piedad, déjalo estar.

—Así es mejor. No podría haber cambiado un eslabón mejor en su vida y hacerle

un favor mayor. Tenía mil millones de cursos posibles, pero ninguno de ellos merecía la pena ser vivido; todos estaban repletos de desgracias y desastres. De no haber sido por mi intervención, dentro de doce días habría realizado su hazaña —hazaña que duraría seis minutos en total— y recibido, como única recompensa, esos cuarenta y seis años de penas y sufrimientos de los que te he hablado. Es uno de los casos en los que pensaba hace un rato cuando dije que, a veces, una acción que brinda a quien la realiza una hora de felicidad y autocomplacencia se paga —o castiga— con años de sufrimiento.

Me pregunté de qué salvaría a la pobrecita Lisa su temprana muerte. Él contestó a mi pensamiento:

—De diez años de dolores y lenta recuperación de un accidente, y luego de diecinueve años de profanación, vergüenza, depravación y crimen, que acabarían en las manos del verdugo. Dentro de doce días morirá; su madre le salvaría la vida si pudiera. ¿Acaso no soy yo más bondadoso que su madre?

—Sí, claro que sí. Y más sensato.

—Dentro de poco se juzgará el caso del padre Peter. Será absuelto gracias a las pruebas irrebatibles de su inocencia.

—Pero, Satán, ¿cómo puede ser? ¿Lo crees así de verdad?

—Lo sé, sí. Recuperará su buen nombre y el resto de su vida será feliz.

—Lo creo. La recuperación de su buen nombre tendrá ese efecto.

—Su felicidad no se deberá a ese motivo. Ese día cambiaré su vida, por su bien. Nunca sabrá que su buen nombre le ha sido restituido.

Con humildad, pensé que me gustaría conocer los detalles, pero Satán no le hizo caso a mi pensamiento. A continuación me puse a pensar en el astrólogo y me pregunté dónde estaría.

—En la luna —dijo Satán, con un ligero sonido que me pareció una risita—. Además, lo tengo en su cara oculta. No sabe dónde se encuentra y no lo está pasando muy bien. Pero no es un sitio tan malo para él, con lo que le gusta estudiar las estrellas. Pronto lo necesitaré. Entonces lo traeré de vuelta y volveré a poseerlo. Tiene una vida larga, cruel y odiosa por delante, pero haré que eso cambie, porque no le guardo rencor y estoy dispuesto a ser amable con él. Creo que lo enviaré a la hoguera.

¡Tenía un concepto tan curioso de la amabilidad! Pero así están hechos los ángeles y otra cosa no saben. No se comportan como nosotros; además, los seres humanos no les importan; les parecen unos engendros. Me resultó extraño que hubiese enviado al astrólogo tan lejos; podría haberlo dejado en Alemania, donde habría estado más a mano.

—¿Lejos? —preguntó Satán— Para mí ningún lugar está lejos: la distancia no existe. El sol se halla a menos de cien millones de millas de aquí, y la luz que ahora cae sobre nosotros ha tardado ocho minutos en llegar; pero yo puedo realizar ese viaje —o cualquier otro— en una fracción de tiempo tan pequeña que ningún reloj es capaz de medirla. Sólo tengo que pensar en el viaje y ya está consumado.

Estiré la mano y dije:

—La luz cae sobre ella; piensa que es una copa de vino, Satán.

Lo hizo. Me bebí el vino.

—Rompe la copa —me dijo.

La rompí.

—¿Lo ves? Es real. Los aldeanos pensaron que las pelotas de latón eran cosa de magia y tan efímeras como el humo. Tenían miedo de tocarlas. Sois un grupo de lo más curioso, los de tu raza. Pero en marcha, que tengo cosas que hacer. Te acompañaré a tu cama.

Dicho y hecho. Luego se fue; pero su voz llegó hasta mí a través de la lluvia y la oscuridad:

—Sí, díselo a Seppi, pero a nadie más.

Era la respuesta a mi pensamiento.

CAPÍTULO VIII

EL SUEÑO NO LLEGABA. Y no era porque me sintiera orgulloso de mis viajes y nervioso por haber cruzado el mundo hasta llegar a China, además de despreciar a Bartel Sperling «el viajero», como se llamaba a sí mismo mientras nos miraba por encima del hombro, porque había estado una vez en Viena y era el único chico de Eseldorf que había viajado y visto las maravillas del mundo. En otro momento eso me habría mantenido despierto, pero entonces no me afectaba. No, en mi mente sólo cabía Nikolaus, mis pensamientos sólo eran para él y los buenos tiempos que habíamos compartido jugando y retozando en el bosque, en los campos, en el río, durante los largos días de verano; y patinando y deslizándonos sobre el hielo en invierno, cuando nuestros padres pensaban que estábamos en la escuela. Y ahora él iba a abandonar esa joven vida, los inviernos y veranos llegarían y se irían y los demás jugaríamos y vagaríamos por ahí como siempre, pero su lugar estaría vacío; ya no lo veríamos más. Mañana no sospecharía nada, se comportaría como siempre, y a mí me iba a extrañar oír su risa y verlo hacer cosas triviales y frívolas, porque para mí sería un cadáver, con manos como la cera y ojos apagados, y vería el sudario rodeando su rostro. Tampoco iba a sospechar él al día siguiente, ni al otro; pero, entretanto, su pequeño puñado de días se consumiría y el horror estaría cada vez más cerca, mientras su destino lo iba cercando, sin que nadie lo supiera; únicamente Seppi y yo. Doce días, sólo doce días. Pensarlo era un espanto. Me di cuenta de que en mis pensamientos no lo llamaba por sus diminutivos —Nick y Nicky—, sino que me refería a él con su nombre completo y con reverencia, como se habla de los muertos. Además, a medida que los recuerdos ocupaban mi mente con un incidente tras otro de nuestra camaradería, me fijé en que, sobre todo, se trataba de casos en los que yo le había perjudicado o dañado, por lo que me reprendía y me llenaba de reproches; mi corazón se rompía de remordimientos, como suele pasar cuando recordamos nuestra mezquindad con aquellos amigos que se han ido al otro lado y deseamos recuperarlos —aunque sólo sea un momento— para ponernos de rodillas y decirles «ten piedad y perdóname».

En una ocasión, cuando teníamos nueve años, recorrió casi dos millas para hacerle un recado al frutero, quien como recompensa le regaló una manzana espléndida. Corría hacia su casa con ella, loco de asombro y placer, cuando se encontró conmigo y me dejó mirarla, sin imaginar siquiera una traición. Pero yo salí corriendo con la manzana en la mano, comiéndomela mientras corría, y él detrás de mí, rogando. Cuando por fin me alcanzó, le entregué el carozo, lo único que quedaba, y me reí. Se dio la vuelta, llorando, y me dijo que había pensado dársela a su hermanita. Aquello me afectó, porque la niña se recuperaba lentamente de una enfermedad, y aquel habría sido un momento de orgullo para él, al ver su alegría y su sorpresa y recibir sus caricias. Pero me daba vergüenza decir que me daba vergüenza,

por lo que me limité a responder con algo grosero y mezquino, dando a entender que no me importaba; él no contestó con palabras, pero mientras se daba la vuelta para regresar a su casa su rostro reflejaba una mirada herida; volvería a surgir frente a mí muchas veces en la noche durante los años posteriores, para avergonzarme de nuevo con su reproche. Poco a poco se fue desvaneciendo en mi mente, hasta desaparecer, pero ahora había regresado y muy nítida.

Una vez en la escuela, cuando teníamos once años, volqué mi tintero y estropeé cuatro cuadernos de caligrafía, corriendo el peligro de recibir un grave castigo. Pero le eché la culpa a él y él se llevó los azotes.

Y el año pasado lo había engañado en un trueque, al cambiarle un anzuelo grande, que estaba prácticamente partido, por tres pequeños pero nuevos. El primer pez que pescó rompió el anzuelo, pero él no sabía que yo era el culpable y rechazó que le devolviera uno de los pequeños —que mi conciencia me había obligado a ofrecerle —, alegando «un trato es un trato; el anzuelo era malo, pero eso no es culpa tuya».

No, no podía dormir. Aquellos agravios, ruines y mezquinos, me recriminaban y me torturaban con un dolor mucho más agudo que el que se siente cuando se ha agraviado a una persona viva. Nikolaus estaba vivo, pero no importaba; para mí era como si ya hubiese muerto. El viento seguía gimiendo en el alero y la lluvia golpeaba la ventana.

Por la mañana fui a buscar a Seppi y se lo conté. Nos encontrábamos junto al río. Sus labios se movieron pero no dijo nada, aturdido, confuso, y con el rostro muy blanco. Permaneció así varios minutos, los ojos llenándosele de lágrimas; luego se dio la vuelta, yo me agarré de su brazo y caminamos juntos, pensando, pero sin hablar. Cruzamos el puente y atravesamos los prados, subimos la colina y nos adentramos en el bosque; por fin brotaron las palabras, que fluyeron libremente: todas se referían a Nikolaus, recordando la vida que habíamos compartido con él. De vez en cuando, Seppi decía como para sí:

—¡Doce días! ¡Menos de doce días!

Decidimos que debíamos estar con él todo el tiempo, quedarnos tanto con él como fuera posible: los días eran muy valiosos. Sin embargo, no corrimos en su busca. Sería como encontrarse con un muerto y nos daba miedo. No lo dijimos, pero eso era lo que sentíamos. Por eso, para nosotros supuso una conmoción tomar una curva y encontrarnos con Nikolaus cara a cara. Él gritó, alegre:

—¡Hola! ¿Qué os pasa? ¿Habéis visto un fantasma?

No podíamos hablar, pero tampoco tuvimos ocasión; él estaba dispuesto a hacerlo por todos nosotros, porque acababa de ver a Satán y estaba muy animado. Satán le había hablado de nuestro viaje a China, y él le había pedido a Satán que lo llevara también de viaje, cosa que Satán le había prometido. Tenía que ser a un lugar lejano, asombroso y muy bonito. Nikolaus le había pedido, además, que nos llevara a nosotros, pero él le había dicho que no, que ya nos llevaría en otra ocasión, pero no en esa. Satán iría a buscarlo el día 13 y Nikolaus ya estaba contando las horas, de

pura impaciencia.

Se trataba del día nefasto. Nosotros también contábamos las horas.

Recorrimos muchas millas, siempre siguiendo senderos que desde pequeños habían sido nuestros preferidos, siempre hablando de los viejos tiempos. Nikolaus aportaba toda la alegría; nosotros no conseguíamos sacarnos de encima la depresión. Nos dirigíamos a Nikolaus con un tono extrañamente tierno y amable, deseando que se diera cuenta; y le agradaba; y constantemente le mostrábamos deferencia con pequeñas muestras de cortesía y le decíamos «espera, que ya lo hago yo»; eso también le agradaba. Le regalé siete anzuelos —todos los que tenía— y le obligué a aceptarlos; Seppi le dio su navaja nueva y una peonza pintada de rojo y amarillo, para expiar las estafas a las que lo había sometido antes —como supe después— y que probablemente Nikolaus ya ni recordaría. Aquellos detalles lo conmovieron y nos dijo que jamás habría pensado que lo queríamos tanto; el orgullo que aquello le producía y el agradecimiento que mostraba nos llegaron al corazón, porque no los merecíamos. Cuando por fin nos despedimos, estaba radiante y nos confesó que nunca había pasado un día tan feliz.

Mientras caminábamos hacia casa, Seppi dijo:

—Siempre lo hemos apreciado, pero nunca tanto como ahora que vamos a perderlo.

Al día siguiente —y los demás— pasamos todo nuestro tiempo libre con Nikolaus, y le añadimos tiempo que robamos (él también) a nuestro trabajo y demás deberes, lo que nos costó a los tres severas regañinas y varias amenazas de castigo. Todas las mañanas dos de nosotros nos despertábamos sobresaltados y estremecidos, diciendo, a medida que los días volaban: «Sólo faltan nueve días»; «sólo ocho», «sólo siete». El cerco siempre reduciéndose. Nikolaus siempre alegre y feliz, y siempre desconcertado porque nosotros no lo estábamos. Se esforzó al máximo tratando de inventar maneras de alegrarnos, pero su éxito quedaba deslucido porque se daba cuenta de que nuestro regocijo no tenía base, y que nuestras risas se topaban con algún obstáculo antes de salir, que las dañaba y las convertía en suspiros. Intentó averiguar qué pasaba para poder ayudarnos a solucionar el problema o hacerlo más llevadero al compartirlo con nosotros, lo que nos obligó a contar muchas mentiras para engañarlo y apaciguarlo.

Pero lo más angustioso de todo era que siempre estaba haciendo planes, y a menudo para después del día 13. Cuando eso ocurría, nuestra alma se deshacía en gemidos. Él sólo pensaba en encontrar la manera de dominar nuestra depresión y animarnos. Al final, cuando únicamente le quedaban tres días de vida, tuvo la idea perfecta y se puso muy contento: un baile con juegos para chicos y chicas celebrado en el bosque, en el lugar donde habíamos conocido a Satán, y que tendría lugar el día 14. Resultaba espantoso, porque aquel sería el día de su entierro. No podíamos arriesgarnos a protestar; sólo habríamos provocado un «¿por qué?» al que éramos incapaces de responder. Quería que le ayudáramos a invitar a los asistentes, y así lo

hicimos: a un amigo que se muere nada se le puede negar. Pero fue terrible, porque en realidad los estábamos invitando a su entierro.

Fueron once días espantosos; y sin embargo —con toda una vida transcurrida entre aquella época y la actual—, para mí siguen siendo un recuerdo agradable y muy hermoso. En verdad fueron días de compañerismo con la sagrada muerte de uno de nosotros, y no he conocido compañerismo más próximo ni más preciado. Nos aferrábamos a las horas y los minutos, contándolos mientras transcurrían, despidiéndonos de ellos con ese dolor y sentimiento de pérdida que experimenta el avaro cuyo tesoro es expoliado moneda a moneda por los ladrones, sin que él pueda hacer nada por evitarlo.

Cuando llegó la noche del último día nos quedamos fuera hasta muy tarde. Seppi y yo tuvimos la culpa. No éramos capaces de despedirnos de Nikolaus, por lo que era muy tarde cuando lo dejamos frente a su puerta. Aún nos entretuvimos un rato, escuchando; y ocurrió aquello que temíamos. Su padre le propinó el castigo prometido y nosotros oímos los alaridos de nuestro amigo. Pero sólo escuchamos un momento, luego salimos corriendo, llenos de remordimientos por haber provocado tal situación. Y sintiéndolo por su padre. Sólo podíamos pensar: «Si él supiera, ¡si él supiera!».

Por la mañana, Nikolaus no se reunió con nosotros en el lugar acordado, así que fuimos a su casa para ver qué pasaba. Su madre nos dijo:

—A su padre se le ha agotado la paciencia con tantos tejemanejes y no consiente más. La mitad de las veces que necesitamos a Nick, no aparece; y luego resulta que ha andado zascandileando con vosotros dos. Anoche su padre le dio una azotaina. Siempre me ha disgustado eso, y muchas veces le he rogado que lo dejara y se ha salvado, pero en esta ocasión el hijo se cansó de suplicarme, porque yo también había perdido la paciencia.

—Ojalá lo hubiera salvado esta última vez —dije, con voz temblorosa—; algún día al recordarlo se le romperá el corazón.

Ella estaba planchando, y me daba parcialmente la espalda. Se dio la vuelta con cara asustada o asombrada y me preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

Yo no estaba preparado y no supe qué decir. Fue un momento difícil, porque ella seguía mirándome. Pero Seppi estaba alerta y contestó:

—Pues que el recuerdo sería más agradable, ya que el motivo por el que anoche nos quedamos hasta tan tarde fue que Nikolaus se puso a contarnos lo buena que es usted con él y que nunca lo azotaban cuando estaba usted cerca para evitarlo. Tenía tantas ganas de hablar, y nosotros estábamos tan interesados, que no nos dimos cuenta de lo tarde que era.

—¿Eso dijo? ¿De verdad? —Y se llevó el mandil a los ojos.

—Puede preguntárselo a Theodor; él le dirá lo mismo.

—Es un buen niño, un encanto, mi Nick —dijo ella—. Siento haber dejado que lo

azotaran. No volverá a ocurrir. Y pensar que mientras anoche estuve aquí sentada, esperándolo nerviosa y enfadada, él estaba hablando bien de mí y demostrándome su amor. Santo cielo, si pudiésemos saber las cosas… entonces nunca nos equivocaríamos; pero sólo somos unas pobres y estúpidas bestias que avanzan como pueden y siempre se equivocan. Jamás podré pensar en la noche de ayer sin sentir remordimientos.

Lo mismo que todos: parecía que en aquellos días miserables nadie era capaz de abrir la boca sin decir algo que nos estremeciera. «Avanzaban como podían» y no sabían qué cosas tan ciertas y tristes comentaban por casualidad.

Seppi preguntó si Nikolaus podía salir con nosotros.

—Lo siento —contestó la madre—, pero es imposible. Para castigarlo aún más, su padre no le permite salir hoy de casa.

¡Había esperanza! Lo vi en los ojos de Seppi. Pensamos: «Si no puede salir de casa, no podrá ahogarse». Seppi preguntó, para asegurarse:

—¿Tiene que quedarse en casa todo el día, o sólo por la mañana?

—Todo el día. Y es una pena, porque hace un día precioso, y él no está acostumbrado a no salir. Pero está entretenido preparando la fiesta, y tal vez le baste con eso. Espero que no se sienta muy solo.

Seppi vio en su mirada algo que lo envalentonó para preguntar si podíamos subir y ayudarle a pasar el rato.

—¡Pues claro! —contestó con ganas— Eso sí que es ser buenos amigos, pudiendo salir a divertiros al aire libre, en el campo y en el bosque. Sois muy buenos chicos, he de reconocerlo, aunque no siempre encontráis la mejor manera de demostrarlo. Llevaos estos pasteles para vosotros y dadle este a él, de parte de su madre.

Lo primero en lo que nos fijamos al entrar en el cuarto de Nikolaus fue en la hora: las diez menos cuarto. ¿Podía ser verdad? ¡Sólo le quedaban unos minutos de vida! Sentí que se me encogía el corazón. Nikolaus se levantó de un salto y nos recibió encantado. Estaba muy animado, preparando su fiesta, y no se había sentido solo.

—Sentaos —nos dijo—, mirad lo que he estado haciendo. He terminado una cometa que os va a encantar. Se está secando en la cocina. Voy a buscarla.

Se había gastado sus ahorrillos en baratijas de toda clase para entregar como premios en los juegos, y las tenía colocadas en orden sobre la mesa. Nos dijo:

—Miradlas a gusto mientras le pido a mi madre que, si aún no se ha secado lo bastante, le pase una plancha a la cometa.

Salió a paso ligero y bajó las escaleras con estrépito, silbando.

No miramos las cosas; no lográbamos interesarnos por nada que no fuera el reloj. Nos quedamos sentados mirándolo fijamente, en silencio, escuchando su tictac, y cada vez que el minutero saltaba, nosotros asentíamos: un minuto menos de una carrera a vida o muerte. Por fin, Seppi tomó aire con fuerza y dijo:

—Las diez menos dos minutos. Siete minutos más y habrá pasado el momento de

su muerte. ¡Theodor, se va a salvar! ¡Se va a…!

—¡Calla! ¡Qué angustia! Tú mira el reloj y calla.

Cinco minutos más. Jadeábamos de tensión y nervios. Tres minutos más y se oyó una pisada en la escalera.

—¡Salvado!

Y nos pusimos de pie mirando a la puerta.

Entró la madre con la cometa.

—¿A que es preciosa? —preguntó— Y no os imagináis lo mucho que ha trabajado en ella… creo que desde que amaneció. Cuando llegasteis la acababa de terminar. —La puso de pie apoyada en la pared y se alejó para verla bien— Él mismo hizo los dibujos y creo que son muy buenos. La iglesia no le ha que dado muy bien, eso es cierto, pero mirad el puente: cualquiera lo reconocería en un minuto. Me pidió que la subiera. ¡Cielos! Son la diez y siete minutos y aún tengo que…

—Pero ¿dónde está él?

—¿Él? Volverá enseguida. Ha salido un minuto.

—¿Ha salido?

—Sí. Justo cuando bajó llegó la madre de la pequeña Lisa diciendo que no sabía dónde se había metido la niña y, como la vi un poco preocupada, le dije a Nikolaus que no tuviera en cuenta las órdenes de su padre y que saliera a buscarla. Pero ¡si os habéis puesto blancos! Creo que estáis enfermos. Sentaos, os traeré algo. Ese pastel no os ha caído bien. Es algo pesado, pero pensé que…

Desapareció sin haber terminado la frase, y nosotros nos precipitamos a la ventana trasera para mirar en dirección al río. Una multitud se arremolinaba al otro lado del puente, y la gente se acercaba allí corriendo desde todas partes.

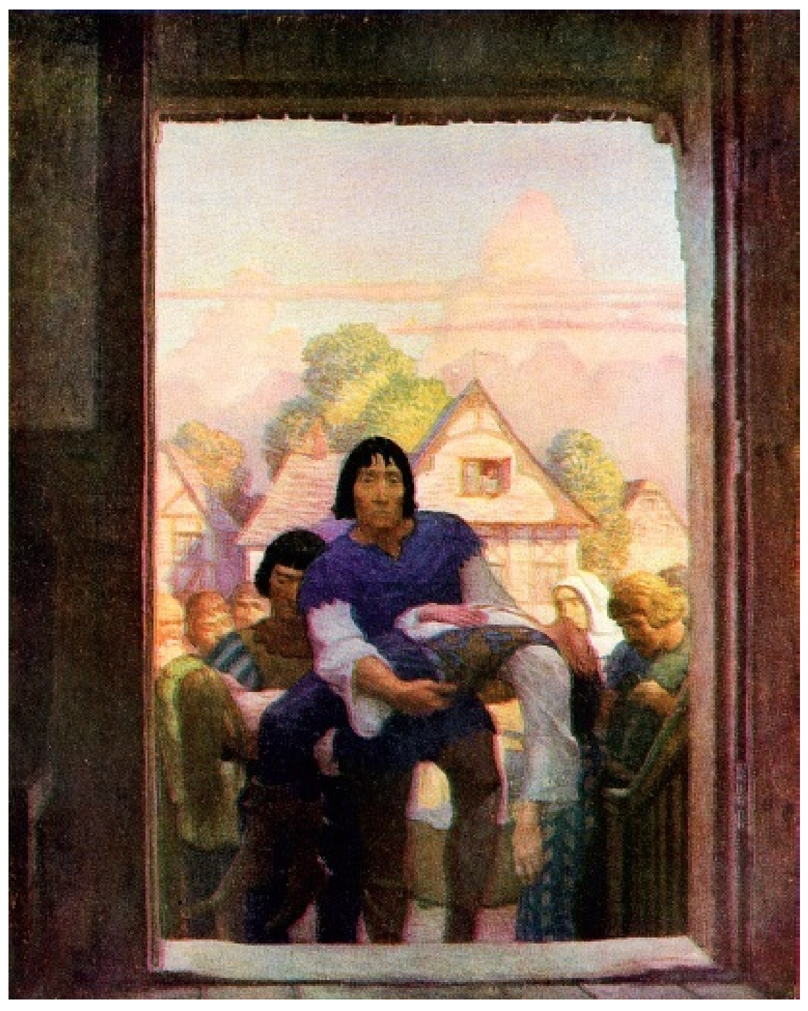
—¡No hay nada que hacer! ¡Pobre Nikolaus! ¿Por qué tuvo que dejarlo salir de casa?

—Vamos —dijo Seppi medio sollozando—, date prisa, no podemos encontrarnos con ella. Dentro de cinco minutos lo sabrá.

Pero no íbamos a poder escapar. Nos interceptó al pie de las escaleras, con los curativos en las manos, y nos mandó sentar y tomárnoslos. Aguardó a ver el efecto y no la convenció, por lo que nos hizo esperar más tiempo, sin dejar de echarse en cara a sí misma habernos dado el pastel.

Y acabó ocurriendo lo que tanto temíamos. Afuera se oyeron pisadas y arrastrar de pies, y una multitud entró solemne en la casa, con las cabezas descubiertas, para depositar los dos cuerpos ahogados sobre una cama.

—¡Dios mío! —gritó aquella pobre madre, cayó de rodillas, abrazó a su hijo muerto y empezó a cubrir de besos su rostro mojado—. Yo lo mandé ir, y le he provocado la muerte. Si hubiera obedecido, dejándolo en casa, esto no habría ocurrido. Me lo merezco, anoche fui cruel con él, y él me pedía —a mí, su propia madre— que lo ayudara.



Afuera se oyeron pisadas y una multitud entró solemne en la casa.

Y así continuó, mientras todas las mujeres lloraban, se compadecían de ella e intentaban consolarla, pero no podía perdonarse a sí misma y no admitía consuelo, sin parar de decir que si ella no lo hubiese enviado a la calle, aún estaría vivo, que ella era la causa de su muerte.

Lo que demuestra lo necias que son las personas cuando se culpan por cualquier cosa que hayan hecho. Satán lo sabe, y él dijo que no ocurre nada que nuestro primer acto no haya planificado y convertido en inevitable. Así, por nuestra cuenta, no podemos alterar el programa, ni hacer nada que rompa un eslabón. Después se oyeron gritos, y *Frau* Brandt entró abriéndose camino y arremetiendo contra la gente, con la ropa desordenada y el pelo suelto, y se arrojó sobre su hija muerta entre gemidos, besos, súplicas y palabras tiernas; poco a poco se puso en pie, casi exhausta de tantas efusiones y apasionados sentimientos, apretó el puño y lo levantó hacia el cielo, su rostro, arrasado de lágrimas, se endureció y dejó ver su resentimiento mientras decía:

—Durante casi dos semanas he tenido sueños, presentimientos, advertencias de que la muerte golpearía a aquello que más quiero; y día y noche, noche y día, me he arrastrado en el polvo ante Él, rogándole para que se compadeciera de mi pobre niñita y la salvara del mal. ¡Y esta es Su respuesta!

Bueno, la había salvado del mal, pero ella no lo sabía.

Se limpió las lágrimas de ojos y mejillas y se quedó un rato mirando a la niña y acariciándole la cara y el cabello. Luego volvió a hablar en un tono más amargo:

—Pero en Su duro corazón no hay misericordia. No volveré a rezar.

Apretó a su hija muerta contra su pecho y se la llevó, mientras la muchedumbre se apartaba para dejarle paso, muda de horror ante las terribles palabras que acababa de escuchar. ¡Pobre mujer! Es tal y como dijo Satán, no sabemos distinguir la buena suerte de la mala y siempre confundimos la una con la otra. Desde entonces, muchas veces he oído a la gente rezarle a Dios para que salvara la vida de algún enfermo, pero yo nunca lo he hecho.

Al día siguiente se celebraron los dos funerales a la vez, en nuestra pequeña iglesia. Todo el mundo estaba presente, incluidos los invitados a la fiesta. Satán también; lo cual parecía apropiado, ya que los funerales se celebraban gracias a sus esfuerzos. Nikolaus había abandonado este mundo sin recibir la absolución, y se hizo una colecta para las misas que lo sacarían del purgatorio. Sólo se reunieron dos tercios del dinero necesario, y los padres decidieron intentar pedirlo prestado, pero Satán lo proporcionó. En privado nos contó que el purgatorio no existía, pero que había contribuido para salvar a los padres y amigos de Nikolaus de vivir preocupados y angustiados. Nos pareció que era un buen detalle por su parte, aunque nos dijo que el dinero no le costaba nada.

En el cementerio, el cuerpo de la pequeña Lisa fue embargado por un carpintero al que la madre debía cincuenta groschen por un trabajo realizado el año anterior. Ella nunca había podido pagar la deuda, y ahora tampoco. El carpintero se llevó el cadáver a casa y lo mantuvo cuatro días en su sótano, mientras la madre lloraba e imploraba todo el tiempo, alrededor de la casa; luego lo enterró en el corral de su hermano, sin ceremonias religiosas. La madre se volvió loca de dolor y vergüenza, abandonó su trabajo y se pasaba el día en las calles del pueblo, maldiciendo al carpintero y blasfemando contra las leyes del emperador y de la Iglesia; daba pena verla. Seppi le pidió a Satán que interfiriera, pero él dijo que el carpintero y los demás eran miembros de la raza humana y se comportaban bastante bien para esa especie de animal. Que interferiría si viese a un caballo comportándose de ese modo, y que nosotros debíamos avisarlo si descubríamos a un caballo portándose como un hombre, para que él pudiera evitarlo. Pensamos que era puro sarcasmo porque, por supuesto, no existía tal caballo.

Al cabo de unos días comprendimos que no soportábamos la desgracia de aquella pobre mujer, y le rogamos a Satán que examinara los posibles cursos de su vida, para ver si podía cambiarla por una nueva y mejor. Nos dijo que, tal y como estaba ahora, el curso más largo le permitiría vivir cuarenta y dos años, y el más corto, veintinueve, y que ambos estaban repletos de pesar, hambre, frío y dolor. La única mejora que podría hacer era permitir que se saltara un eslabón en tres minutos; y nos preguntó si debería hacerlo. Teníamos tan poco tiempo para decidirlo que perdimos la cabeza con los nervios y, antes de que pudiéramos recuperarnos, nos dijo que el tiempo se

acababa en cuestión de segundos. Y entonces dijimos, con voz entrecortada:

—¡Hazlo!

—Está hecho —dijo—. Iba a doblar una esquina. La he hecho dar la vuelta. Eso ha cambiado el curso de su vida.

—¿Y qué pasará entonces, Satán?

—Ya está pasando. Está hablando con Fischer, el tejedor. En su ira, Fischer hará inmediatamente lo que jamás habría hecho, de no haber sido por este encuentro. Él estaba presente cuando ella, sobre el cadáver de su hija, pronunció aquellas blasfemias.

—¿Y qué hará?

—Lo está haciendo ahora. La está traicionando. Dentro de tres días, ella acabará en la hoguera.

No podíamos hablar; nos habíamos quedado helados de espanto, porque si no hubiésemos manipulado el curso de su vida, se habría librado de aquel destino tan horrible. Satán interceptó nuestros pensamientos y dijo:

—Lo que estáis pensando es estrictamente propio del ser humano, es decir, una necedad. La mujer es una privilegiada. Muera cuando muera, irá al cielo. Gracias a su muerte temprana, disfrutará de veintinueve años más de cielo de los que le correspondían, y se libra de veintinueve años de sufrimiento en la tierra.

Un momento antes estábamos amargamente decididos a no volver a pedirle a Satán ningún favor para nuestros amigos, ya que parecía no conocer más forma de ser amable con alguien que matándolo; pero la situación había cambiado por completo, y ahora estábamos encantados por lo que habíamos hecho, y sólo pensar en ello nos llenaba de felicidad.

Al poco empecé a preocuparme por Fischer y pregunté, tímido:

—¿Este episodio cambia el curso de la vida de Fischer, Satán?

—¿Que si lo cambia? Sin duda. Y por completo. Si no se hubiese tropezado con *Frau* Brandt hace un rato, moriría el año que viene, a los treinta y cuatro años. Ahora vivirá hasta los noventa, y la suya será una vida bastante próspera y cómoda, para ser una vida humana.

Nos pusimos muy contentos y sentimos orgullo por lo que habíamos hecho por Fischer, y esperábamos que Satán compartiera esos sentimientos; pero no mostró señal alguna, y eso nos inquietó. Aguardamos a que hablara, pero no lo hizo; y para aliviar nuestra preocupación tuvimos que preguntarle si había algún defecto en la buena suerte de Fischer. Satán meditó la respuesta un momento y luego dijo, vacilante:

—Bueno, lo cierto es que se trata de un asunto delicado. Según sus posibles cursos de vida anteriores, iba a ir al cielo.

Nos quedamos horrorizados.

—¡Oh, Satán! ¿Y según este?

—Vamos, no os angustiéis tanto. Sinceramente intentabais hacerle un favor; que

eso os sirva de consuelo.

—Oh, Señor, Señor, eso no puede consolarnos. Debiste decirnos qué estábamos haciendo, y no habríamos actuado como lo hicimos.

Pero no le afectó. Él nunca había sentido dolor o tristeza, y no sabía lo que eran, como se sabe cuando se experimenta algo. El único conocimiento que tenía de ellos era teórico, es decir, intelectual. Y, por supuesto, eso no sirve. Si no es por medio de la experiencia, esas cosas se ignoran o se conocen de forma superficial. Hicimos lo posible por hacerle comprender lo horrible que era aquello y cómo nos ponía en peligro a nosotros, pero no daba muestras de entenderlo. Dijo que no le parecía importante a donde fuera Fischer; que en el cielo no lo iban a echar de menos, porque allí «había de sobra». Intentamos hacerle ver que no se trataba de eso; que era Fischer, y no otros, quien debería decidir si eso era importante o no. Pero no sirvió de nada. Dijo que Fischer no le importaba, que había muchos más Fischers.

Al minuto siguiente, Fischer pasó por enfrente, y al verlo nos dieron mareos, porque recordamos que estaba condenado, y por culpa nuestra. ¡Y él totalmente ignorante de lo que le había ocurrido! Su paso flexible y su actitud despierta indicaban que estaba satisfecho consigo mismo por habérsela jugado a la pobre *Frau* Brandt. No dejaba de mirar por encima de su hombro, expectante. Y al poco apareció *Frau* Brandt, detenida por los guardias y cubierta de cadenas. Una multitud la seguía, burlándose de ella y gritándole «¡blasfema, hereje!»; algunos eran vecinos y amigos de épocas más felices. Otros intentaban golpearla, y los guardias no se tomaban tantas molestias como debieran para intentar protegerla.

—¡Detenlos, Satán!

Se nos había escapado antes de recordar que no podía interrumpirlos sin cambiar todas sus vidas posteriores. Sopló una pequeña bocanada sobre ellos y empezaron a tambalearse, vacilaron e intentaron agarrarse al aire; luego se separaron y salieron corriendo en todas direcciones, retorciéndose como si sufrieran un dolor intolerable. Con aquel pequeño soplo había roto una costilla a cada uno de ellos. No pudimos evitar preguntarle si había cambiado el curso de sus vidas.

—Sí, por completo. Algunos han ganado años, otros los han perdido. Unos pocos saldrán beneficiados de distinta manera por el cambio, pero sólo esos pocos.

No preguntamos si le habíamos llevado la suerte del pobre Fischer a alguno de ellos. No queríamos saberlo. Creíamos firmemente que Satán deseaba hacernos favores, pero estábamos perdiendo la confianza en su juicio. Fue por entonces cuando nuestra ansiedad —cada vez mayor— por que repasara el curso de nuestras vidas y sugiriera alguna mejora empezó a desvanecerse, dejando sitio a otros intereses.

Durante un día o dos, el pueblo estuvo alborotado, sin parar de hablar acerca del caso de *Frau* Brandt y el misterioso desastre que se había abatido sobre la multitud; y el día de su juicio, el lugar estaba repleto de gente. Resultó sencillo condenarla por sus blasfemias, ya que volvió a pronunciar tan terribles palabras y se negó a retirarlas. Cuando se le advirtió de que ponía su vida en peligro, les dijo que podían

arrebatársela, que no la quería, que prefería vivir entre demonios profesionales, perdida, que con aquellos imitadores de la aldea. La acusaron de haber roto todas aquellas costillas por arte de magia y le preguntaron si era una bruja. Ella contestó, desdeñosa:

—No. Si yo tuviera ese poder, ¿seguiría vivo alguno de vosotros, benditos hipócritas? No; os mataría a todos de un solo golpe. Pronunciad vuestra sentencia y acabad conmigo; estoy harta de vuestra compañía.

Así que la declararon culpable y fue excomulgada y aislada de las alegrías del cielo, y condenada a los fuegos del infierno; después la vistieron con una túnica de basto paño y se la entregaron al brazo laico de la ley, que la condujo hasta la plaza del mercado, mientras la campana tañía solemne. La vimos encadenada al palo de la hoguera y advertimos la primera nube de humo azulado que se elevó en el aire. Luego su endurecido gesto se relajó, miró hacia la multitud que se apiñaba frente a ella y dijo, con afecto:

—Un día jugamos juntos, en tiempos pasados, cuando éramos criaturas pequeñas e inocentes. Y por eso os perdono.

Nos alejamos en ese momento y no vimos cómo el fuego la consumía, pero a pesar de taparnos los oídos oímos sus gritos. Cuando llegó el silencio, supimos que estaba en el cielo, aunque había sido excomulgada; y nos alegramos de su muerte, sin sentirnos culpables por haberla provocado.

Un día, poco después de aquello, Satán volvió a aparecer. Siempre estábamos pendientes de su regreso, porque la vida nunca resultaba inactiva si él andaba cerca. Se nos acercó en aquel lugar del bosque donde lo habíamos visto la primera vez. Como éramos niños, queríamos divertirnos y le pedimos que nos mostrara algo.

—Muy bien —dijo—, ¿os gustaría ver un relato del progreso de la raza humana? ¿El desarrollo de ese producto al que llama civilización?

Le dijimos que sí.

Y con sólo pensarlo, cambió aquel lugar por el Jardín del Edén, y vimos a Abel rezando ante su altar; apareció Caín, caminando hacia él con su garrote; pero parecía que no nos veía, porque si no llego a retirar el pie me lo habría pisado. Habló con su hermano en un idioma que no entendimos; luego se fue poniendo violento y amenazador, y supimos lo que iba a ocurrir; y miramos hacia otro lado para no verlo; pero oímos el estallido de los golpes, los alaridos y gemidos; entonces se hizo el silencio y vimos a Abel que yacía sobre su sangre y exhalaba el último suspiro, mientras Caín aguardaba de pie a su lado, mirándolo vengativo y sin arrepentirse.

La visión se desvaneció y fue surgiendo una larga serie de guerras, asesinatos y masacres desconocidas. Después vinieron el Diluvio, y el Arca, zarandeada por las aguas tormentosas, en la distancia las elevadas montañas, que se veían veladas y oscuras a través de la lluvia. Y dijo Satán:

—El progreso de vuestra raza no ha resultado satisfactorio. Ahora tendrá otra oportunidad.

Cambió la escena y vimos a Noé debilitado por el vino.

Luego llegaron Sodoma y Gomorra y «el intento por descubrir dos o tres personas respetables en ellas», según lo describió Satán. Después Lot y sus hijas en la cueva.

A continuación aparecieron las guerras hebraicas, y vimos a las víctimas masacrar a los supervivientes y a su ganado, y salvar a las jóvenes que estaban vivas y repartírselas.

Luego vino Jael; y la vimos entrar en la tienda y atravesar con un clavo la sien de su huésped dormido; y nos encontrábamos tan cerca que, cuando la sangre empezó a manar, corrió formando una hilera roja a nuestros pies; y podríamos habernos mojado las manos en ella, de haberlo querido.

Después vimos las guerras egipcias, las guerras griegas, las guerras romanas, la tierra espeluznantemente empapada en sangre; y presenciamos las traiciones de los romanos a los cartagineses, y el repugnante espectáculo de la masacre de aquel valiente pueblo. También vimos a César invadir Bretaña, «no porque aquellos bárbaros le hubieran hecho mal alguno, sino porque quería sus tierras y deseaba otorgar las bendiciones de la civilización a sus viudas y huérfanos», como nos explicó Satán.

Y entonces nació la cristiandad. Vimos pasar ante nuestros ojos las edades de Europa, y contemplamos a la cristiandad y a la civilización recorrer esas edades cogidas de la mano «dejando tras de sí hambre, muerte, desolación, y otras muestras del progreso de la raza humana», según comentó Satán.

Y siempre guerras, y más guerras, y aún más guerras: en Europa, en el mundo. «A veces por el interés privado de las familias reales», como nos aclaró Satán, «o para aplastar a una nación débil; pero nunca el agresor dio comienzo a una guerra por motivos decentes: no existe una guerra tal en la historia de la raza».

—Y ahora —dijo Satán— que ya habéis visto vuestro progreso hasta el presente —no me negaréis que, a su modo, resulta asombroso—, tenéis que ver el futuro.

Nos mostró matanzas más terribles en la destrucción de vidas, más devastadoras por sus máquinas de guerra, que cualquiera de las que habíamos visto.

—Percibiréis —dijo— que vuestro progreso ha sido continuado. Caín asesinó con un garrote; los hebreos mataban con jabalinas y espadas; los griegos y los romanos añadieron armaduras protectoras y las bellas artes de la organización militar y la táctica; los cristianos han aportado las armas de fuego y la pólvora; dentro de pocos siglos habrán mejorado hasta tal punto la eficacia letal de sus armas de matanza, que la humanidad confesará que sin la civilización cristiana, la guerra habría seguido siendo algo insignificante y sin importancia hasta el final de los tiempos.

Y empezó a reírse con gran insensibilidad, y a burlarse de la raza humana, aunque sabía que lo que había estado diciendo nos llenaba de vergüenza y nos hería. Sólo un ángel podría comportarse de ese modo; porque el sufrimiento no significa nada para ellos; no saben lo que es, sólo de oídas.

Más de una vez habíamos, Seppi y yo, intentado convertirlo, con humildad y

pudor; y al haber permanecido él en silencio, nos habíamos sentido animados. Por eso ahora nos decepcionaba su forma de hablar, ya que demostraba que no lo habíamos convencido. Sólo de pensarlo nos entristecimos, y supimos cómo debían sentirse los misioneros al ver truncadas sus esperanzas. No dijimos nada de nuestra congoja, porque sabíamos que aquel no era momento para continuar con nuestra labor.

Satán siguió con sus crueles risas hasta que se cansó, y luego dijo:

—Es un progreso excepcional. En quinientos o seiscientos años, cinco o seis civilizaciones importantes han surgido, prosperado, inspirado asombro al mundo entero, decaído y desaparecido; y ninguna de ellas, excepto la última, inventó una forma adecuada y aplastante de matar a la gente. Hicieron lo posible —ya que matar es la principal ambición de la raza humana, y el primer incidente de su historia— pero sólo la civilización cristiana ha logrado un triunfo del que enorgullecerse. Dentro de dos o tres siglos se reconocerá que todos los asesinos competentes son cristianos; entonces el mundo pagano aprenderá de la cristiandad, pero no su religión, sino sus armas. Los turcos y los chinos las comprarán para matar con ellas a los misioneros y a los conversos.

Para entonces su teatro volvía a funcionar, y ante nuestros ojos discurrieron nación tras nación, durante dos o tres siglos: grandioso desfile, infinito desfile; haciendo estragos, luchando, revolcándose en mares de sangre, ahogándose en el humo de las batallas, a través del cual las banderas destellaban y se precipitaban las rojas llamaradas de los cañones. Y siempre oíamos el estrépito de las armas y los gritos de los que morían.

—¿Y todo esto para qué? —preguntó Satán con esa risa entre dientes suya, tan cruel— Para nada. No ganáis nada. Siempre acabáis donde habíais empezado. Durante un millón de años la raza se ha propagado monótonamente, representando una y otra vez su aburrido disparate. ¿Con qué fin? ¡No hay quien lo sepa! ¿Quién se beneficia de eso? Nadie, excepto un grupo de reyezuelos y nobles que os desprecian; que se sentirían profanados si los tocaseis; que os darían con la puerta en las narices si osarais llamar a ella; por quienes os esclavizáis, lucháis, morís, y no sólo no sentís vergüenza por ello, sino que os enorgullecéis; cuya existencia es un insulto perpetuo para vosotros, del que os da miedo quejaros; que son mendigos financiados por vuestras limosnas, aunque ante vosotros se dan aires de benefactores frente el pordiosero; que se dirigen a vosotros en el lenguaje que el amo usa con su esclavo, y reciben respuesta en el que el esclavo emplea con su amo; a los que rendís culto con la boca, mientras que en el fondo de vuestros corazones —si los tenéis— os despreciáis por ello. El primer hombre era un hipócrita y un cobarde, cualidades que aún no se han perdido en su linaje; son los cimientos sobre los que se han levantado todas las civilizaciones. ¡Brindemos por su perpetuación! ¡Brindemos por su aumento! ¡Brindemos por…!

Entonces advirtió en nuestras caras lo mal que nos sentíamos, interrumpió su frase, dejó de reírse y cambió su forma de comportarse. Dijo con delicadeza:

—No, brindaremos por nuestra salud y nos olvidaremos de la civilización. El vino que ha venido del espacio hasta nuestras manos porque yo lo he deseado es terrenal, y también sirve para este nuevo brindis; pero deshaceos de las copas. Brindaremos con unas que jamás han visitado este mundo.

Obedecimos, alargamos las manos y recogimos las nuevas copas mientras descendían. Eran unas copas torneadas y muy hermosas, fabricadas con un material del que no teníamos conocimiento. Parecían estar siempre moviéndose, parecían estar vivas: y sin duda sus colores se movían. Brillaban mucho, destellaban y presentaban todas las tonalidades, que nunca estaban quietas, sino que fluían de un lado a otro en suntuosas oleadas que se encontraban y rompían, provocando delicados estallidos de hermosos colores. Parecían ópalos desplazados por las olas, sus espléndidos fuegos relampagueando al sol. Pero eso no era nada comparado con el vino. Lo bebimos y sentimos un éxtasis desconocido y hechizante, como si el cielo se introdujera en nuestro interior; los ojos de Seppi se llenaron de lágrimas y dijo, entregado:

—Algún día estaremos allí, y entonces…

Miró furtivamente a Satán, y creo que esperaba que Satán dijera: «Sí, algún día estaréis allí», pero Satán parecía estar pensando en otra cosa y no dijo nada. Eso me hizo sentir fatal, porque sabía que él lo había oído; no se le escapaba nada, se mencionase o no. El pobre Seppi parecía angustiado, y no terminó la frase. Las copas se elevaron y el cielo se abrió para admitirlas —un trío de radiantes parhelios— y desaparecieron. ¿Por qué no se quedaron? Parecía un mal augurio y me entristeció. ¿Volvería a ver la mía alguna vez? ¿Y Seppi la suya?

CAPÍTULO IX

EL DOMINIO DE SATÁN sobre el tiempo y la distancia resultaba asombroso. No existían para él. Decía que eran inventos humanos, algo artificial. A menudo acudimos con él a los rincones más alejados del globo, en los que permanecimos semanas y meses; aunque, por regla general, fuera sólo estábamos una fracción de segundo. Un día, cuando los nuestros se hallaban terriblemente afligidos porque la comisión para asuntos de brujería tenía miedo de actuar contra el astrólogo y los habitantes de la casa del padre Peter —o, en realidad, contra cualquiera que no fuese pobre o tuviera amigos—, perdieron la paciencia y se dedicaron a buscar brujas entre los suyos, por lo que empezaron a perseguir a una dama que —todos lo sabían— tenía por costumbre curar a las personas usando métodos diabólicos, como bañarlas, lavarlas y alimentarlas, en lugar de sangrarlas y purgarlas, mediante las atenciones de un barbero-cirujano, como era debido. Ella echó a correr calle abajo, perseguida por las maldiciones y los aullidos de la multitud, e intentó buscar refugio en las casas, pero todas las puertas estaban cerradas. La persiguieron durante más de media hora, mientras nosotros los seguíamos para verlo, hasta que al final, exhausta, cayó al suelo y la atraparon. La arrastraron hasta un árbol, lanzaron una cuerda por encima de una de sus ramas y empezaron a hacerle un nudo corredizo, mientras otros la retenían y ella lloraba e imploraba; su hija pequeña también lloraba, presenciando todo aquello, pero sin atreverse a decir o hacer nada.

Colgaron a la dama y yo le arrojé una piedra, aunque en el fondo de mi alma me compadecía de ella. Pero todos tiraban piedras y cada uno vigilaba a su vecino, por lo que, de no haberme portado como los demás, se habrían dado cuenta y sospechado de mí. Satán se rió a carcajadas.

Todos los que estaban cerca de él se volvieron a mirarlo, asombrados y descontentos. Aquel era un mal momento para reírse, ya que sus modales desenvueltos y burlones, junto con su música sobrenatural, lo habían hecho sospechoso a ojos de toda la aldea y muchos, en privado, se habían vuelto contra él. El enorme herrero atrajo la atención, elevando la voz para que todos pudieran oírle, y dijo:

—¿De qué te ríes? ¡Responde! Es más, haz el favor de explicarnos a todos por qué no has tirado piedra alguna.

—¿Estás seguro de que no he arrojado ninguna piedra?

—Sí. No te servirá de nada intentar librarte: no te he quitado ojo de encima.

—Yo también te he visto —gritaron dos más.

—Tres testigos —dijo Satán—. Mueller, el herrero; Klein, el ayudante del carnicero; Pfeiffer, el oficial del tejedor. Tres mentirosos del montón. ¿Alguno más?

—No importa si hay más o no, y no importa lo que opines de nosotros: con tres basta para ajustarte las cuentas. Demuestra que has arrojado una piedra o lo pasarás

mal.

—¡Tiene razón! —gritó la multitud, y todos se acercaron lo más posible al centro de interés.

—Y antes responderás a mi pregunta —gritó el herrero, encantado de sí mismo por ser el portavoz del público y el héroe del momento—, ¿de qué te ríes?

Satán sonrió y respondió, encantado:

—De ver a tres cobardes apedrear a una dama moribunda, estando los tres tan cerca de la muerte.

Fue fácil percibir cómo se encogía de miedo la supersticiosa multitud, y cómo contuvo el aliento ante sobresalto tan repentino. El herrero, bravucón, dijo:

—¡Bah! ¡Qué sabrás tú de eso!

—¿Yo? Todo. Soy adivino de profesión, y he leído las manos de los tres —y de algunos otros— cuando las alzasteis para apedrear a la mujer. Uno de vosotros morirá de mañana en ocho días; otro morirá esta noche; al tercero sólo le quedan cinco minutos de vida. ¡Y ahí tenéis el reloj!

Causó sensación. Los rostros de la multitud palidecieron y, mecánicamente, se giraron hacia el reloj. El carnicero y el tejedor parecían enfermos, pero el herrero se armó de valor y dijo, animado:

—No falta mucho para que se cumpla la primera predicción. Si fallas, joven, no vivirás ni un solo minuto más. Eso te lo prometo.

Nadie dijo nada: todos miraban el reloj en el más absoluto de los silencios, lo que resultaba impresionante. Cuando hubieron pasado cuatro minutos y medio, el herrero jadeó de repente, se echó la mano al corazón, dijo: «¡Me falta el aire! ¡Dejadme sitio!», y empezó a venirse abajo. La gente retrocedió, sin que nadie fuese capaz de ayudarle, él cayó pesadamente al suelo y se murió. Los aldeanos lo miraron, luego a Satán, después se miraron entre ellos; y sus labios se movieron, pero sin producir palabra alguna. Entonces dijo Satán:

—Tres vieron que yo no había arrojado piedras. Tal vez haya alguno más: que hable.

A todos les entró el pánico y, aunque nadie le respondió, muchos empezaron a acusarse entre sí con violencia, diciendo: «Tú dijiste que no había tirado la piedra», a lo que les contestaban: «¡Eso es mentira! ¡Haré que te tragues esas palabras!». Y en un instante reinó el desorden más ruidoso e incontenible, en medio del cual se agredían los unos a los otros. Sólo había una persona indiferente: la dama muerta que colgaba de la horca, con sus problemas olvidados y su alma en paz.

Nos marchamos de allí, pero yo estaba intranquilo, porque me decía a mí mismo: «Les dijo que se reía de ellos, pero era mentira: se reía de mí».

Eso le hizo reír de nuevo y me dijo:

—Sí, me reía de ti, porque por temor a lo que otros pudieran contar de ti apedreaste a una mujer, aunque tu corazón se rebelaba; pero también me reía de los demás.

—¿Por qué?

—Porque estaban en el mismo caso que tú.

—¿Cómo?

—Había allí sesenta y ocho personas y, de ellas, sesenta y dos tenían tantas ganas como tú de tirar una piedra.

—¡Satán!

—Es verdad. Conozco tu raza. Está formada por borregos. La gobiernan minorías, pocas veces —o nunca— lo hacen las mayorías. Reprime sus sentimientos y creencias y sigue al puñado que más ruido hace. A veces el grupo ruidoso tiene razón, otras no; pero no importa, la multitud lo sigue. La gran mayoría de la raza —ya sea salvaje o civilizada— es de natural bondadoso y se horroriza al pensar en hacer daño, pero en presencia de la minoría agresiva y despiadada no se atreve a imponerse. ¡Piénsalo! Una criatura bondadosa observa a otra y se asegura de ayudarle a cometer iniquidades que repugnan a ambas. Como experto, sé que noventa y nueve de cada cien de los miembros de tu raza se oponían firmemente a la matanza de brujas cuando aquella locura dio comienzo, hace tanto, gracias a un puñado de dementes piadosos. Y sé que, aún hoy, después de generaciones de prejuicios heredados y necias enseñanzas, sólo una persona de cada veinte se esfuerza de verdad por hostigar a las brujas. Sin embargo, en apariencia, todo el mundo odia a las brujas y quiere matarlas. Algún día se alzará un grupito del otro lado y hará más ruido —tal vez incluso lo consiga un solo hombre de voz rotunda y fuerte determinación—, logrando que, en cuestión de una semana, todos los borregos giren en redondo y lo sigan a él, de manera que la caza de brujas llegue a su fin.

»Las monarquías, las aristocracias y las religiones clavan sus cimientos en ese terrible defecto de tu raza: la desconfianza del individuo hacia su vecino, y su deseo —por seguridad o comodidad— de quedar bien ante el prójimo. Esas instituciones durarán siempre, y siempre prosperarán, y siempre os oprimirán, ofenderán y degradarán, porque siempre seréis esclavos de las minorías. No ha existido nunca un país en el que la mayoría de sus gentes en el fondo fuese leal a ninguna de dichas instituciones».

No me gustaba oír cómo llamaba borregos a los de nuestra raza y dije que no estaba de acuerdo.

—Pero es verdad, cordero —dijo Satán—. Mira cómo os portáis en la guerra, ¡vais como borregos y hacéis el ridículo!

—¿En la guerra? ¿Cómo?

—Nunca ha habido una justa, ni honorable, por parte del instigador de la guerra. Puedo ir un millón de años por delante, y esta regla no variará ni en media docena de ocasiones. El grupito ruidoso —como siempre— exigirá la guerra. El púlpito, con recelo y cautela, al principio se opondrá; la apática masa de la nación se frotará los ojos aletargados, intentará comprender por qué debería haber guerra, y dirá, seria e indignada: «Es injusta y deshonrosa, y no resulta necesaria». Entonces el puñado

gritará más alto. Unos cuantos hombres justos del otro bando expondrán argumentos y razones contra la guerra, de forma oral y escrita, y al principio todos los escucharán y aplaudirán. Pero no durará mucho: los otros gritarán más que ellos y las audiencias antibélicas serán cada vez menores y perderán popularidad. Al poco presenciaremos una cosa curiosa: cómo se expulsa a pedradas a los oradores de la tribuna, y cómo la libertad de expresión muere a manos de hordas de hombres furiosos que, en el fondo de su alma, piensan igual que los oradores apedreados —como antes— pero no se atreven a decirlo. Y entonces la nación al completo —incluso el púlpito— entonará el grito de guerra, y se desgañitará, llevándose por delante a cualquier hombre honrado que ose abrir la boca, por lo que al final esas bocas dejarán de abrirse. A continuación los estadistas inventarán mentiras despreciables, y echarán la culpa a la nación que es atacada; y todo el mundo se alegrará de esas falsedades tranquilizadoras de conciencias, las estudiarán diligentes, y se negarán a examinar cualquier cosa que las refute; y así, poco a poco, se convencerán de que la guerra es justa, y darán gracias a Dios por lo bien que duermen después de este proceso de grotesco autoengaño.

CAPÍTULO X

PASARON DÍAS Y MÁS DÍAS, y ni rastro de Satán. Sin él nos aburríamos. Pero el astrólogo, que había regresado de su excursión a la luna, se paseaba por la aldea, desafiando a la opinión pública, recibiendo una pedrada en la espalda de vez en cuando, siempre que alguno de los que odiaban a las brujas encontraba la oportunidad de tirar la piedra y esconderse luego. Mientras, dos cosas habían influenciado positivamente a Marget: que Satán —indiferente a ella— hubiese dejado de ir a su casa tras una o dos visitas, la había herido en su orgullo, por lo que se había impuesto la tarea de desterrarlo de su corazón. Los informes de la disipación de Wilhem Meidling, que Ursula le llevaba de vez en cuando, le provocaban remordimientos: los celos por culpa de Satán eran la causa. De manera que al incidir en ella a la vez esos dos asuntos, le aportaron beneficios: su interés por Satán se enfriaba sin pausa, y su interés por Wilhem crecía al mismo ritmo. Lo único que faltaba para completar su conversión era que Wilhem se armara de valor e hiciera algo que provocase comentarios favorables e inclinase al público hacia él.

Y llegó la oportunidad. Marget le envió recado pidiéndole que defendiera a su tío en el juicio, ya próximo, y él se sintió muy satisfecho, dejó de beber y comenzó a prepararse con diligencia. De hecho, con más diligencia que esperanza, ya que el caso no resultaba prometedor. Mantuvo muchas entrevistas en su despacho con Seppi y conmigo, y trilló nuestro testimonio a conciencia, con la esperanza de hallar algún valioso grano entre la barcia, pero por supuesto la cosecha fue pobre.

¡Si por lo menos apareciera Satán! Eso era lo que yo pensaba constantemente. Él podría inventar alguna forma de ganar el caso; porque había dicho que lo ganarían, así que sin duda él sabría cómo hacerlo. Pero los días iban pasando, y él sin llegar. Por supuesto, yo no dudaba de la victoria, ni de que el padre Peter fuera feliz el resto de su vida, porque Satán lo había dicho; pero lo cierto es que me sentiría mucho más cómodo si él apareciera y nos contara cómo manejar el asunto. Ya era hora de que el padre Peter cambiara de rumbo y se dirigiera hacia su felicidad: todo indicaba que el encarcelamiento lo estaba agotando y la ignominia le resultaba una carga demasiado pesada, por lo que si no le llegaba pronto alivio podría morir a causa de tanta desgracia.

Por fin llegó el día del juicio, y acudieron gentes de todas partes para presenciarlo; entre ellos, muchos forasteros que habían recorrido distancias considerables. Sí, ya estaba allí todo el mundo, excepto el acusado. Se hallaba demasiado débil para soportar la tensión. Pero Marget se encontraba presente, y mantenía las esperanzas y el ánimo tanto como podía. El dinero también estaba allí. Lo vaciaron sobre la mesa, y todos los que contaban con dicho privilegio pudieron manosearlo, acariciarlo y examinarlo.

El astrólogo subió al estrado. Para la ocasión se había puesto su mejor túnica y su

mejor sombrero.

PREGUNTA.— ¿Afirmáis que este dinero es vuestro?

RESPUESTA.— Sí.

P. — ¿Cómo lo conseguisteis?

R.— Encontré la bolsa en el camino al regresar de un viaje.

P. — ¿Cuándo?

R.— Hace más de dos años.

P. — ¿Qué hicisteis con él?

R.— Me lo llevé a casa y lo oculté en un lugar secreto de mi observatorio, con la intención de encontrar a su propietario, si podía.

P. — ¿Procurasteis encontrarlo?

R.— Investigué concienzudamente durante varios meses, pero no encontré nada.

P. — ¿Y después?

R.— Pensé que no tendría sentido continuar buscando y decidí utilizar el dinero para terminar el ala de la inclusa que conecta con el priorato y el convento. Así que lo retiré de su escondite y lo conté para ver si faltaba algo. Entonces…

P. — ¿Por qué os detenéis? Proseguid.

R.— Lamento tener que decir esto, pero justo al terminar, cuando ya devolvía la bolsa a su sitio, levanté la cabeza y allí estaba el padre Peter, detrás de mí.

Algunos murmuraron: «¡Qué mala pinta!», y otros contestaron: «¡Pero si es un mentiroso!».

P. — ¿Y eso os inquietó?

R.— No. En aquel momento no le di importancia, porque el padre Peter solía venir a verme sin anunciarse para que le ayudara a cubrir sus necesidades.

Marget se puso roja como la grana al oír cómo acusaban a su tío —falsa y descaradamente— de mendigar, sobre todo cuando lo hacía alguien a quien él siempre había denunciado por farsante, e iba a hablar, pero se dio cuenta a tiempo de donde estaba y se contuvo.

P. — Continuad.

R.— Al final tuve miedo de aportar el dinero a la inclusa, y decidí esperar un año más, para continuar investigando. Cuando me enteré del hallazgo del padre Peter me alegré, y no sospeché nada. Un día o dos después, al llegar a casa y descubrir que mi dinero ya no estaba, seguí sin sospechar, hasta que tres circunstancias relacionadas con la buena suerte del padre Peter me parecieron demasiada coincidencia.

P. — Por favor, explicaos.

R.— El padre Peter había encontrado su dinero en un sendero, y yo el mío en un camino. El hallazgo del padre Peter se componía exclusivamente de ducados de oro, como el mío. El padre Peter encontró mil ciento siete ducados, exactamente como yo.

Con esto terminó su testimonio y lo cierto es que dejó muy impresionado a todo el mundo; se apreciaba fácilmente.

Wilhem Meidling le hizo varias preguntas, luego nos llamó a nosotros —los chicos— y contamos lo nuestro. La gente se rió y nosotros nos avergonzamos. Además, nos sentíamos mal porque Wilhem estaba desesperado y se le notaba. Hacía todo cuanto podía, pobrecito, pero no tenía nada a su favor, y si había algún tipo de compasión en la sala, resultaba obvio que no iba dirigida hacia su cliente. Al tribunal y a la gente podría resultarles difícil creer la versión del astrólogo, teniendo en cuenta su carácter, pero era casi imposible creer la del padre Peter. Ya nos sentíamos bastante mal, pero cuando el abogado del astrólogo dijo que le parecía mejor no hacer preguntas, porque nuestra historia resultaba un tanto delicada y sería cruel por su parte crear más tensiones, todo el mundo rió disimuladamente, y aquello fue casi excesivo para nosotros. Luego hizo un pequeño discurso sarcástico, le sacó tanto jugo a nuestro relato, lo ridiculizó tanto, lo hizo parecer tan pueril, tan imposible y tan necio, que hizo llorar a todo el mundo de la risa. Al final Marget no pudo seguir manteniendo el ánimo y rompió a llorar; yo lo sentí mucho por ella.

Pero entonces vi algo que me devolvió el coraje: ¡Satán estaba de pie junto a Wilhem! ¡Y vaya contraste! Satán parecía tan seguro, sus ojos y su rostro traslucían tanto ánimo, y Wilhem se veía tan deprimido y desanimado. Nosotros ya nos sentíamos mejor, creyendo que testificaría, convenciendo al tribunal y al público de que lo negro era blanco, y lo blanco, negro, o cualquier otro color que se le antojase. Miramos a nuestro alrededor para ver qué efecto tenía sobre los forasteros presentes, porque era hermoso —en realidad era imponente—, pero nadie se fijaba en él. Entonces supimos que era invisible.

El abogado realizaba su alegato, y mientras hablaba, Satán comenzó a fundirse con Wilhem. Se metió dentro de él y desapareció. Entonces se produjo un cambio, cuando su temple asomó a los ojos de Wilhem.

El abogado terminó muy serio, con dignidad. Señaló las monedas y dijo:

—El amor al dinero es la raíz de todo mal. Ahí está, la vieja tentación, nuevamente manchada con la vergüenza de su última victoria: la deshonra de un sacerdote de Dios y de sus dos pobres y jóvenes cómplices del delito. Si pudiese hablar, se vería obligado a reconocer que, de todas sus conquistas, esta ha sido la más vil y la más conmovedora.

Se sentó. Wilhem se puso en pie y dijo:

—Del testimonio del denunciante deduzco que encontró el dinero en un camino hace más de dos años. Corregidme, señor, si os he entendido mal.

El astrólogo dijo que había entendido correctamente.

—Y que el dinero así hallado nunca había salido de sus manos, desde entonces hasta una fecha determinada: el último día del año pasado[2]. Corregidme, señor, si me equivoco.

El astrólogo asintió. Wilhem se dirigió al tribunal y dijo:

—Si demuestro que este dinero no es aquel dinero, entonces, ¿no es de él?

—Por supuesto que no; pero esto va contra las normas. Si teníais un testigo tal, era vuestro deber haber advertido de ello y traerlo para…

Se interrumpió y procedió a consultar con los otros jueces. Mientras, el otro abogado se puso en pie, nervioso, y empezó a protestar para que no se permitiera la presentación de ningún nuevo testigo a aquellas alturas del caso.

Los jueces decidieron que el argumento era justo y debería tenerse en cuenta.

—Pero no se trata de un nuevo testigo —dijo Wilhem—. Ya ha sido examinado en parte. Me refiero a las monedas.

—¿Las monedas? ¿Qué pueden decir las monedas?

—Pueden decir que no son las monedas que estuvieron en posesión del astrólogo. Pueden decir que no existían aún el pasado diciembre. Pueden decirlo por su fecha de acuñación.

¡Y tanto que sí! En la sala se palpaba la emoción mientras el abogado y los jueces cogían las monedas, las examinaban y se asombraban. Y todo el mundo admiraba la inteligencia de Wilhem, al habérsele ocurrido una idea tan acertada. Por fin se reinstauró el orden y el juez dijo:

—Todas las monedas, excepto cuatro, llevan fecha del año en curso. Este tribunal declara su apoyo sincero al acusado y su más profundo pesar porque él —un hombre inocente—, debido a un desafortunado error, haya sufrido la inmerecida humillación de ser encarcelado y juzgado. El caso queda sobreseído.

Así que después de todo, el dinero hablaba, aunque aquel abogado había creído que no. Se levantó la sesión y casi todos se precipitaron a darle la mano a Marget y a felicitarla; y luego a dársela a Wilhem y elogiarlo. Satán había abandonado el cuerpo de Wilhem y andaba por la sala, muy interesado, mientras la gente lo traspasaba de un lado y del otro, sin saber que estaba allí. Wilhem no era capaz de explicar por qué había pensado en lo de la fecha de las monedas en el último momento, y no antes. Contó que se le había ocurrido sin más, de repente, como una inspiración, y que lo había dicho enseguida, sin dudar, porque, aunque no había examinado las monedas, de alguna forma sabía que era verdad. Fue muy sincero, y propio de él; otro habría dicho que ya lo había pensado antes y que lo guardaba como sorpresa.

Ya se había apagado un poco; no mucho, pero se notaba que no mostraba esa mirada luminosa que había tenido cuando Satán estaba dentro de él. A punto estuvo de recuperarla un momento, cuando Marget se acercó a elogiarlo y a darle las gracias, y él advirtió lo orgullosa que estaba de él. El astrólogo se marchó insatisfecho y maldiciendo; y Solomon Isaacs recogió el dinero y se lo llevó: era del padre Peter

para siempre.

Satán se había ido. Supuse que se habría desvanecido hasta la cárcel para darle la buena nueva al prisionero; y en eso tenía yo razón. Marget y el resto nos apresuramos llenos de alegría hacia allí en cuanto pudimos.

Pero lo que Satán había hecho era lo siguiente: se había aparecido ante aquel pobre prisionero, exclamando: «El juicio ha terminado y quedáis marcado como ladrón para siempre, por veredicto del tribunal».

El susto destruyó la razón del anciano. Cuando llegamos, diez minutos más tarde, desfilaba pomposamente arriba y abajo, dando órdenes a este carcelero o guardia, a aquel y al de más allá, llamándolos gran chambelán, príncipe Esto y príncipe Aquello, y almirante de la flota, mariscal de campo al mando, con grandilocuencia y feliz como un pájaro. ¡Creía que era el emperador!

Marget se arrojó a sus brazos y lloró, y lo cierto es que todos estábamos conmovidos hasta la angustia. Reconoció a Marget, pero no entendía por qué lloraba. Le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo:

—No lo hagas, querida. Recuerda que hay testigos y eso no es propio de una princesa heredera. Cuéntame qué te pasa, lo arreglaremos; no hay nada que el emperador no pueda hacer. —Entonces miró a su alrededor y vio a la anciana Ursula acercar su mandil a los ojos. Se quedó atónito y le dijo—: ¿Y a vos qué os pasa?

Entre sollozos, consiguió emitir alguna palabra para explicar que la afligía verlo «así». Él reflexionó un momento y luego murmuró, como para sí mismo:

—Curiosa anciana la duquesa viuda, tiene buenas intenciones pero siempre anda lloriqueando y nunca es capaz de explicar por qué. Podría ser que no lo supiera ni ella. —Se fijó en Wilhelm—. Príncipe de la India —dijo—, adivino que sois vos lo que preocupa a la princesa heredera. Sus lágrimas deben secarse. No seguiré interponiéndome entre los dos: que comparta vuestro trono, y entre los dos, heredareis el mío. Bueno, jovencita, ¿lo he hecho bien? Ya puedes sonreír, ¿no es así?

Le dio unas palmaditas a Marget y la besó, y estaba tan contento consigo mismo y con todo el mundo que no sabía cómo demostrárnoslo, por lo que se puso a repartir reinos y esas cosas a diestro y siniestro, y lo menos que recibimos fue un principado. Por fin, cuando lo convencieron para volver a casa, desfiló de manera imponente; y cuando las multitudes que esperaban a lo largo del camino vieron cuánto le satisfacía que lo vitoreasen, lo complacieron al máximo en su deseo, y él respondió con saludos condescendientes y magnánimas sonrisas, a menudo extendiendo una mano y diciendo: «¡Bendito seáis, pueblo mío!».

La imagen más lastimosa que he visto nunca. Y Marget y la anciana Ursula llorando todo el camino.

De camino a casa me encontré con Satán y le reproché que me hubiese engañado con aquella mentira. No se sintió avergonzado, sino que dijo, natural y sereno.

—Estás equivocado. Era la verdad. Dije que sería feliz el resto de sus días, y lo será, porque siempre creerá que es el emperador, y el orgullo y la alegría que eso le

produce perdurarán hasta el fin. Ahora es, y lo seguirá siendo, la persona más plenamente feliz del imperio.

—¡Pero, el método empleado, Satán! Ese método. ¿No podías haberlo hecho sin privarlo de la razón?

Resultaba difícil irritar a Satán, pero aquello lo consiguió.

—¡Mira que eres borrico! —me dijo— ¿Eres tan poco observador que no has comprendido que la cordura y la felicidad forman una combinación imposible? Ningún hombre cuerdo puede ser feliz, porque para él la vida es real, y ve lo espantosa que resulta. Sólo los locos pueden ser felices, y de esos, no muchos. Los pocos que se tienen por reyes o dioses son felices, los otros no lo son más que el resto. Claro que ningún hombre está por completo en sus cabales, en ningún momento, pero me he estado refiriendo a casos extremos. A este hombre le he arrebatado esa cosa sin valor que la raza tiene por mente; he sustituido su vida de latón por una ficción de plata dorada. Ya ves el resultado ¡y lo criticas! Dije que lo haría feliz para siempre, y he cumplido. Le he dado la felicidad usando el único medio posible con su raza, ¡y no estás satisfecho! —exhaló un suspiro de desánimo y dijo—: Me parece a mí que esta raza es difícil de contentar.

Otra vez en las mismas. No parecía conocer la forma de hacerle un favor a alguien, si no era matándolo o volviéndolo loco. Me disculpé tan bien como pude; pero en mi interior no tenía buen concepto de sus procedimientos… en aquel momento.

SATÁN ESTABA ACOSTUMBRADO a decir que nuestra raza llevaba una vida de autoengaño continuado e ininterrumpido. Que, desde la cuna a la tumba, se defraudaba a sí misma con farsas e ilusiones que tomaba por realidades, por lo que toda su vida era una pura patraña. De la veintena de buenas cualidades que se imaginaba tener y de las que se enorgullecía, a duras penas poseía una. Se tenía por oro puro, no siendo más que latón. Un día, cuando estaba en ese plan, mencionó un detalle: el sentido del humor. Yo entonces osé discrepar. Dije que lo poseíamos.

—¡Ya habló la raza! —dijo—. Siempre dispuesta a reclamar como propio aquello que no posee, y a tomar su onza de trama de latón por una tonelada de oro en polvo. Tenéis una percepción infame del humor, nada más; la poseen una multitud de los vuestros. Dicha multitud aprecia el lado cómico de mil cosas superficiales y de mala calidad, principalmente claras incongruencias: lo grotesco, lo absurdo, provocadores de la risotada. Las diez mil comicidades de primera calidad que existen en el mundo están vedadas a su tenue visión. ¿Llegará un día en el que la raza detectará la gracia de esas niñerías, se reirá de ellas y, al hacerlo, las destruirá? Porque tu raza, en su pobreza, cuenta —sin duda— con un arma realmente efectiva: la risa. El poder, el dinero, las convicciones, las súplicas, las persecuciones —que pueden convertirse en una farsa colosal— las presionan un poco, las van debilitando, siglo a siglo, pero sólo

la risa puede hacerlas pedazos y átomos al estallar. Contra el ataque de la risa nada resiste. Siempre estáis alborotando y peleando con vuestras otras armas. ¿Alguna vez usáis esta? No, dejáis que se oxide. Como raza, ¿la habéis utilizado alguna vez? No; carecéis de juicio y de valor.

En ese momento estábamos viajando y nos detuvimos en una pequeña ciudad de la India, donde nos quedamos mirando un rato a un malabarista que hacía sus trucos delante de un grupo de nativos. Eran extraordinarios, pero yo sabía que Satán podía hacerlo mejor, y le pedí que presumiera un poco; él aceptó. Se convirtió en un nativo con turbante y calzones y tuvo el detalle de concederme —de forma temporal— la capacidad de entender el lenguaje.

El malabarista mostró una semilla, la cubrió con tierra en una maceta pequeña, colocó un harapo sobre la maceta y, al cabo de un minuto, el pedazo de tela empezó a elevarse. En diez minutos había crecido medio metro. Retiró la tela y dejó a la vista un árbol pequeño, con hojas y frutos maduros. Nos comimos la fruta y estaba buena. Pero Satán dijo:

—¿Por qué cubres la maceta? ¿No puedes hacer que el árbol crezca a la luz del sol?

—No —dijo el malabarista—, eso nadie puede hacerlo.

—No eres más que un aprendiz; no conoces tu oficio. Dame la semilla. Te lo demostraré —tomó la semilla y dijo—: ¿Qué saldrá de ella?

—Es una semilla de cerezo, por lo que saldrá un cerezo, claro.

—No, eso es una nadería; cualquier novato puede hacerlo. ¿Quieres que haga brotar un naranjo?

—¡Oh, sí! —y el malabarista se rió.

—¿Y que de él nazcan otras frutas, además de las naranjas?

—¡Si es deseo de Dios! —y se rieron todos.

Satán puso la semilla en el suelo, la cubrió con un poco de tierra y dijo:

—¡Crece!

Brotó un tallo diminuto y empezó a crecer. Creció tan rápido que en cinco minutos era un árbol enorme, bajo cuya sombra nos sentábamos. Se produjo un murmullo de asombro; entonces todos miraron hacia arriba y contemplaron una imagen hermosa y muy rara, porque las ramas estaban cargadas de frutos de muchas clases y colores: naranjas, uvas, plátanos, melocotones, cerezas, albaricoques, etcétera. Trajeron cestas y comenzaron a descargar el árbol; la gente se arremolinaba alrededor de Satán y le besaba la mano, lo alababa y lo llamaba príncipe de los malabaristas. La noticia se extendió por el pueblo y todo el mundo llegó corriendo para ver aquella maravilla, sin olvidarse de llevar cestas. El árbol no decepcionó a nadie: tan rápido como le arrancaban las frutas, producía más. Se llenaron decenas y cientos de cestas, pero las frutas no se acababan. Por fin, apareció un extranjero vestido de lino blanco, con salacot, que exclamó enfadado:

—¡Fuera de aquí! Marchaos todos, perros. El árbol está en mis tierras y es de mi

propiedad.

Los nativos dejaron las cestas y le mostraron su respeto, humildes. Satán también le mostró respeto, tocándose la frente con los dedos, al estilo nativo, y le dijo:

—Por favor, deje que disfruten durante una hora, señor; sólo eso, no más. Después puede prohibirles el paso, y seguirá teniendo más fruta de la que tanto usted como todo este estado serían capaces de comer en un año.

Aquello enfadó muchísimo al extranjero, que le gritó:

—¿Quién eres tú, vagabundo, para decirle a tus superiores lo que deben o no deben hacer?

Y golpeó a Satán con su bastón, completando aquel error con una patada.

Las frutas se pudrieron en las ramas, y las hojas se marchitaron y cayeron. El extranjero miró las ramas desnudas con cara de quien se encuentra sorprendido y nada satisfecho. Satán dijo:

—Cuide muy bien del árbol, porque su salud y la de usted están ligadas. Jamás volverá a dar fruto, pero si lo cuida, vivirá mucho tiempo. Riegue sus raíces una vez cada hora, todas las noches; y hágalo usted. No deben hacerlo sus criados, y tampoco servirá de nada hacerlo de día. Si deja de regarlo una sola vez en una sola noche, el árbol morirá, y usted con él. No vuelva nunca más a su país, porque no llegaría vivo; no acepte compromisos de placer o de negocios que le obliguen a abandonar su casa de noche: no puede arriesgarse; no alquile ni venda esta propiedad: sería poco juicioso.

El extranjero era orgulloso y no suplicó, pero tenía cara de querer hacerlo. Mientras miraba atónico a Satán, nos desvanecimos y aterrizamos en Ceilán.

Me daba pena aquel hombre. Sentía que Satán no se hubiese portado como siempre, matándolo o volviéndolo loco. Habría sido más misericordioso. Satán escuchó mi pensamiento y dijo:

—Lo habría hecho, de no ser por su esposa, que no me ha ofendido. Ella viaja en estos momentos, para reunirse con él, desde el país de origen de los dos, Portugal. Se encuentra bien, pero no le queda mucho tiempo de vida, y estaba deseando verlo y convencerlo para que regresara con ella el próximo año. Morirá sin saber que él no puede abandonar aquel sitio.

—¿Él no se lo dirá?

—¿Él? No le confiará ese secreto a nadie; pensará que podría revelarlo en sueños, y que algún criado portugués podría oírlo.

—¿Ninguno de aquellos nativos entendió lo que le dijiste?

—Ninguno, pero él siempre temerá que alguno pudiera haberlo hecho. Ese miedo lo torturará, ya que ha sido un amo muy duro con ellos. En sus sueños los verá talando el árbol. Eso amargará sus días… yo ya me he ocupado de sus noches.

Me afligió, aunque no demasiado, ver la maliciosa satisfacción que le aportaban sus planes con aquel extranjero.

—¿Cree lo que le has dicho, Satán?

—Él pensaba que no. Pero el hecho de que nos desvaneciéramos le ha afectado. Que hubiese un árbol donde antes no lo había, también. La curiosa y descabellada variedad de las frutas, el repentino marchitamiento, todo eso le ha afectado. Que piense lo que quiera, que razone como le plazca, pero una cosa es cierta: regará el árbol. Aunque, de aquí a que caiga la noche, comenzará el nuevo curso de su vida con una precaución muy natural, tratándose de él.

—¿Cuál?

—Avisará a un sacerdote para que expulse al diablo del árbol. Sois una raza tan graciosa, y ni siquiera lo sospecháis.

—¿Se lo contará al sacerdote?

—No. Le dirá que un malabarista de Bombay lo creó, y que quiere que expulse de él al diablo del malabarista, para que pueda crecer y volver a dar fruto. Los encantamientos del sacerdote fracasarán. Entonces el portugués renunciará a ese plan y preparará la regadera.

—Pero el sacerdote quemará el árbol. Yo lo sé. No permitirá que siga en pie.

—Sí, y en cualquier punto de Europa también quemaría al hombre. Pero en la India la gente es civilizada y no pasan esas cosas. El hombre echará al sacerdote y cuidará del árbol.

Reflexioné un rato y luego dije:

—Satán, creo que le has dado una vida muy dura.

—Relativamente. No debemos confundirla con unas vacaciones.

Revoloteamos de sitio en sitio por todo el mundo, como ya habíamos hecho antes, mientras Satán me mostraba cientos de maravillas: casi todas ellas reflejaban, de alguna forma, las debilidades y lo superficial de nuestra raza. Ahora ya lo hacía cada pocos días, aunque no por malicia —de eso estoy seguro—, sino porque parecía divertirlo e interesarle, como una colección de hormigas divierte e interesa al naturalista.

CÁPITULO XI

SATÁN CONTINUÓ CON SUS VISITAS durante más de un año, pero al final venía menos a menudo, y luego estuvo mucho tiempo sin aparecer. Eso siempre me hacía sentir solitario y melancólico. Me parecía que estaba perdiendo el interés por nuestro diminuto mundo y que, en cualquier momento, suspendería sus visitas para siempre. Cuando un día, por fin, vino a verme, me sentí lleno de alegría, pero sólo durante un rato. Había venido a despedirse, me dijo, aquella sería la última vez. Dijo que tenía en marcha investigaciones y proyectos en otros rincones del universo, que lo mantendrían ocupado durante más tiempo del que yo podría esperar.

—¿Así que te vas para no volver nunca?

—Sí —me dijo—. Hemos sido camaradas mucho tiempo, y ha resultado agradable para los dos; pero ahora debo irme, y ya no volveremos a vernos.

—En esta vida, Satán, pero ¿y en la otra? Seguro que en la otra nos veremos.

Y entonces, muy tranquilo y serio, pronunció la extraña respuesta:

—No existe otra.

Una sutil influencia tocó mi alma desde la suya, trayendo con ella la imprecisa y tenue —aunque dichosa y optimista—, sensación de que aquellas increíbles palabras podrían ser verdad, que incluso *debían* ser verdad.

—¿Nunca lo habías sospechado, Theodor?

—No. ¿Cómo iba a sospecharlo? Pero si eso es verdad…

—Es verdad.

Una explosión de agradecimiento brotó en mi pecho, aunque una duda la frenó antes de que pudiera expresarla en palabras, y dije:

—Pero… pero hemos visto esa vida futura; la hemos visto en toda su realidad, así que…

—Era una visión, no existía.

Casi no podía respirar, debido a la enorme esperanza que luchaba en mi interior.

—¿Una visión? ¿Una vi…?

—*La vida en sí es sólo una visión, un sueño*.

Fue como una descarga eléctrica. ¡Dios mío! ¡Aquel mismo pensamiento se me había ocurrido mil veces en mis meditaciones!

—Nada existe; todo es un sueño. Dios, el hombre, el mundo, el sol, la luna, la infinidad del espacio: un sueño, todo es un sueño; no existen. *¡Nada existe, excepto el espacio vacío… y tú!*

—¡Yo!

—Y tú no eres tú: no tienes cuerpo, ni sangre, ni huesos, sólo eres un pensamiento. Yo tampoco existo; sólo soy un sueño —tu sueño—, una criatura de tu imaginación. En un momento lo habrás comprendido y entonces me harás desaparecer de tus visiones, y me disolveré en la nada de la que me hiciste nacer.



La vida en sí es sólo una visión, un sueño.

»Ya estoy pereciendo, me consumo, fallezco. Dentro de poco te encontrarás solo en un espacio sin límites, para vagar por sus soledades infinitas sin amigo o camarada alguno, porque seguirás siendo un *pensamiento*, el único pensamiento existente y, debido a tu naturaleza, inextinguible, indestructible. Pero yo, tu pobre servidor, te he revelado a ti mismo y te he liberado. ¡Que sueñes otros sueños, y mejores!

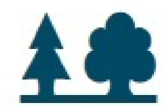
»¡Es curioso que no lo hubieras sospechado hace años, hace siglos, eras, eones!, porque has existido, sin compañía, a través de toda la eternidad. Resulta curioso, sí, que no hubieras sospechado que tu universo y sus contenidos sólo eran sueños, visiones, ficción. Curioso, porque son franca e histéricamente descabellados, como todos los sueños: un Dios capaz de hacer a sus hijos tanto buenos como malos y que, sin embargo, prefiere hacerlos malos; que podría haber hecho que todos fueran felices y que, sin embargo, no hizo feliz a ninguno; que les hizo apreciar su amarga vida y que, sin embargo, tacaño, se la corta en seco; que dio a sus ángeles la felicidad eterna, inmerecida, y que, sin embargo, exigió a sus otros hijos que se la ganaran; que concedió a sus ángeles vidas regaladas y que, sin embargo, maldijo a sus otros hijos con terribles desgracias y enfermedades del cuerpo y del alma; que predica justicia e inventó el infierno; que predica reglas de oro y perdón multiplicado por setenta veces siete e inventó el infierno; que predica moral a los demás sin tener él ninguna; que

censura los crímenes, pero él los comete todos; que creó al hombre sin que nadie se lo pidiera, y luego pretende quitarse de encima la responsabilidad de los actos del hombre pasándosela a él, en lugar de dejarla —honradamente— donde debería estar, en sus propios hombros; y por último, que con una estupidez enteramente divina, invita a ese pobre esclavo maltratado a adorarlo…

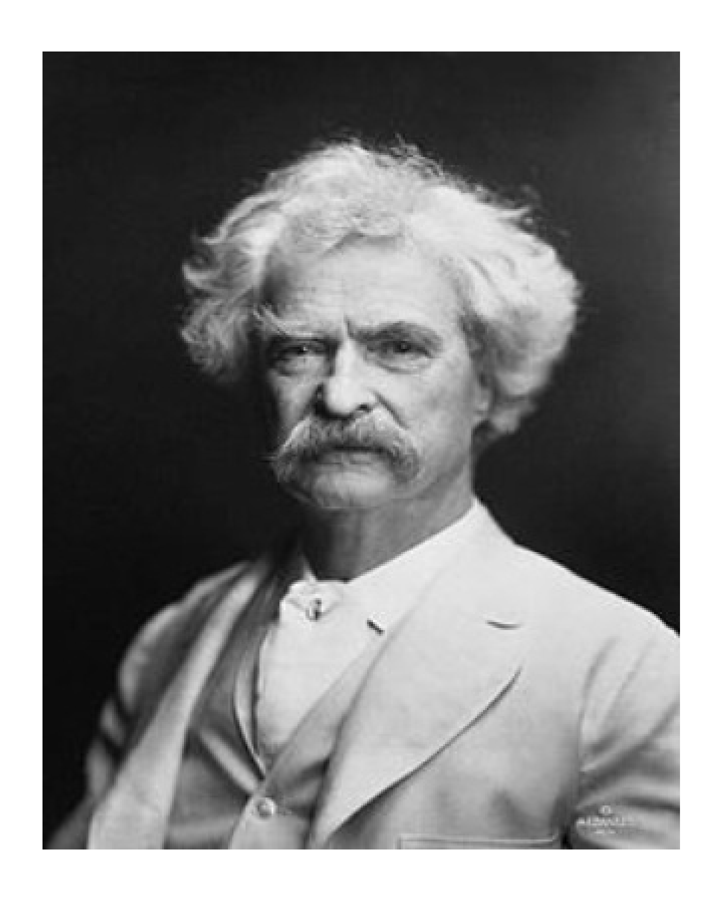
»Ahora comprendes que todas esas cosas son imposibles, excepto en un sueño. Comprendes que son verdaderas locuras, además de infantiles, las necias creaciones de una imaginación que no es consciente de sus engendros. Resumiendo: que son un sueño, y tú eres su creador. Los indicios del sueño están presentes: deberías haberlos reconocido antes.

»Es verdad todo aquello que te he revelado: no existe Dios, ni el universo, ni la raza humana, ni la vida terrenal, ni el cielo, ni el infierno. Todo es un sueño; un sueño grotesco y descabellado. Nada existe, excepto tú. Y tú sólo eres un pensamiento: un pensamiento vagabundo, un pensamiento inútil, un pensamiento sin hogar, deambulando, desolado, en la eternidad desierta».

Se desvaneció, dejándome horrorizado; porque yo sabía —lo había comprendido— que todo lo que me había dicho era verdad.







Mark Twain nació en 1835 con el nombre de Samuel Langhorne Clemens en Florida, EE UU, y murió en 1910. Escritor y aventurero incansable, encontró en su propia vida la inspiración para sus obras literarias. Creció en Hannibal, pequeño pueblo ribereño del Mississippi, lugar que inspiraría sus obras más conocidas, *Las aventuras de Huckleberry Finn* y *Tom Sawyer*, que es, sin duda, su obra maestra, e incluso una de las más destacadas de la literatura norteamericana, por la que ha sido considerado el Dickens estadounidense.

El inmenso éxito de estas obras ha hecho que el resto de su obra pase más en sordina y no sea reconocida como merece, en particular su espléndida novela sobre Juana de Arco, de la que él mismo dijo: «Estoy plenamente convencido de que Juana de Arco, el último de mis libros, es el que he logrado plenamente».

Notas

[1] Marget, que antes tocaba el arpa, cambia ese instrumento por la espineta. Volverá al arpa unas páginas más adelante. (Todas las notas son de la traductora.) <<

[2] Hay una discordancia en las fechas. Mark Twain comienza la novela en invierno, Satán se aparece en mayo y el padre Peter encuentra el dinero en esa misma fecha, aunque ahora confiesa en el juicio que lo halló el último día del año; es decir, en invierno. <<